

GONZALO JIMÉNEZ SÁNCHEZ

**ENCUENTRO CON
VULCANO**



COLECCION TELAR DE YEPES

Nacido en Peñaranda de Bracamonte, Gonzalo Jiménez, sacerdote, profesor y educador, ha repartido su vida entre el Colegio Diocesano de Ávila y la Residencia Universitaria Tomás Luis de Victoria en Salamanca, dedicado en ambas ciudades a la tarea educativa entre estudiantes de enseñanza media y universitarios, con quienes convive desde hace tiempo. La cercanía al mundo de los jóvenes le ha dado esa apertura y sentido de la actualidad, que siempre se descubre en sus escritos. Sus estudios de teología y filosofía disciplina esta última en la que es doctor, le proporcionan solidez y capacidad de reflexión más allá de la simple descripción literaria de hechos y acontecimientos. El esfuerzo de escribir libros de texto comprensible para alumnos de pocos años, dentro del espacio limitado de sus páginas, ha impuesto a su prosa una cierta precisión y exactitud en el uso de la palabra, así como una imprescindible selección de términos. Todo ello da a su estilo narrativo un sentido especial de inmediatez, de belleza sobria y de riqueza expresiva, que son sin duda sus mejores cualidades.

Gonzalo Jiménez ha cultivado hasta ahora diversos géneros literarios, como la poesía, el teatro, la narración, la crítica de arte y el estudio erudito, siempre con brillantez y con rigor. Recordemos que en 1984 recibió el premio "Teatro Breve" por su obra Teresa de Jesús; una vocación; y en 1989 el de poesía "Ciudad de Ávila" por Luna pálida.

Por lo que se refiere al ensayo, nuestro autor ha publicado este mismo año de 1998 en la Editorial Universitas de la Universidad Pontificia el estudio monográfico El problema de España: Rodríguez Méndez, una revisión dramática de los postulados del 98, donde analiza con seriedad y rigor la trayectoria dramática de Rodríguez Méndez, un autor especialmente interesante no sólo por sus innegables valores literarios y la fuerza dramática de sus obras, sino también por sus provocadoras ideas y propuestas, particularmente oportunas en este centenario del tan traído y llevado 98.

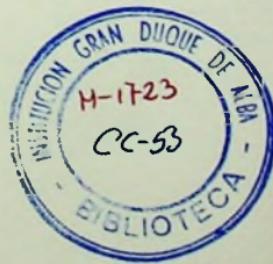
Por lo que se refiere al estilo del autor en su obra narrativa, quien se adentre en las páginas que ahora tiene delante descubrirá su gran versatilidad literaria, la capacidad innegable que tiene para adaptar el relato a la circunstancia narrada, el manejo airoso y suelto de los más diversos géneros literarios y una inmensa ternura, perceptible siempre entre líneas, a favor del hombre y la mujer concretos, una ternura y un cariño de fondo, que le nacen, como él mismo confiesa paladinamente en alguna de las narraciones de este libro, de esa dimensión de Dios, la que más le atrae y le fascina, su amor y misericordia sin límites. Estilo limpio, alta calidad literaria y humana, prosa rica y variada, historias verdaderas -en el más profundo sentido de la palabra verdad- y un valioso contacto con el ser humano de ayer, de hoy y de siempre, todo esto espera a quien se adentre en los apasionantes relatos de esta obra.

José Manuel Sánchez Caro

C BU 821.134.2-3



Institución Gran Duque de Alba





Institución Gran Duque de Alba

GONZALO JIMÉNEZ SÁNCHEZ

ENCUENTRO CON VULCANO



Institución Cervantes de Alba

CONSEJO DE REDACCIÓN:

Carmelo Luis López (Director)

Tomás Sobrino Chomón (Subdirector)

Jacinto Herrero Esteban

José M.º Muñoz Quirós

Luis Garcinuño González (Secretario)

Dibujos: Eduardo Palacios Horcajada

I.S.B.N.: 84-89518-46-7

Dep. Legal: AV-251-1998

Imprime: Imprenta C. de Diario de Ávila, S.A.

(IMCODÁVILA, S.A.)

Ctra. a Valladolid, Km. 0'800

05004 Ávila



A Santiago y Teresa



PROYECTO
CULTURAL
GRAN DUQUE DE ALBA

Este proyecto cultural nació en el año 2000 con la idea de promover la cultura y la formación artística en la Comunidad de Madrid. Se trata de una iniciativa que busca fomentar la creación y el desarrollo de artistas y grupos musicales, así como la difusión de su trabajo a través de conciertos, talleres y otras actividades culturales.

El Proyecto Cultural Gran Duque de Alba cuenta con la colaboración de numerosos artistas y grupos musicales de diferentes géneros y estilos. Entre ellos se encuentran bandas de rock, pop, indie, folk, jazz y blues, así como coros y agrupaciones de danza. Los conciertos se realizan en diversos espacios culturales y festivales de la región, ofreciendo una amplia gama de actuaciones que satisfacen las expectativas de los más diversos públicos.

Además de los conciertos, el Proyecto Cultural Gran Duque de Alba organiza talleres y masterclasses para jóvenes artistas y aficionados a la música. Estos encuentros sirven para compartir conocimientos, experiencias y técnicas profesionales, así como para promover la creatividad y la innovación en el campo musical.

El Proyecto Cultural Gran Duque de Alba también apoya la investigación y la documentación sobre la historia del rock y el pop en la Comunidad de Madrid. Para ello, se han llevado a cabo numerosos estudios y publicaciones que analizan las raíces y el desarrollo de este género musical en la región, así como sus influencias y legados.

En resumen, el Proyecto Cultural Gran Duque de Alba es una iniciativa que busca contribuir al desarrollo cultural y artístico de la Comunidad de Madrid, promoviendo la creación, la formación y la difusión de la música y las artes en general.

PRÓLOGO

Cuando terminé de leer estos doce relatos que ahora tienes entre tus manos, me acordé de un breve e intenso cuento del escritor uruguayo Eduardo Galeano, titulado *Ventana sobre las preguntas*. Dice así:

Sofía Opalski tiene muchos años, nadie sabe cuántos, quién sabe si ella sabe. Le queda una pierna, anda en silla de ruedas. Están las dos gastaditas, la silla y ella. A la silla se le aflojaban los tornillos y a ella también.

Cuando ella se cae, o se cae la silla, Sofía se arrima como puede hasta el teléfono y disca el único número que recuerda. Y pregunta, desde el fin del tiempo:

-¿Quién soy?

Muy lejos de Sofía, en otro país, está Lucía Herrera, que tiene tres o cuatro años de nacida. Lucía pregunta desde el principio del tiempo:

-¿Qué quiero yo?

Recordé este cuento porque, como alguien dijo, “leer es haber leído”; y unas lecturas llevan a otras y estas otras nos transportan hacia la escritura, que no sé bien si sirve para expresar el mundo o para in-

tentar comprenderlo. Tal vez, para ambas o, quizás, para ninguna. Sólo para sobrevivir, que no es poco. Lo cierto es que en la mayoría de los libros no encontramos respuestas sino preguntas que se añaden a las que ya teníamos.

No podía ser de otro modo esta obra en la que Gonzalo, consciente o inconscientemente ha ido preguntándose y preguntándonos por la esencia misma de nuestra existencia. Así, cronista del tiempo –son precisamente doce, como meses del año de la vida, los relatos– va descifrando relato a relato los grandes temas de la literatura: amor–desamor, soledad, muerte, libertad, poder, salvación... Quizás, sea la salvación, entendida en su más amplio sentido, la fuerza motriz que impulsa una a una estas historias, que nos encamina al fin a acompañar a Antonio, el entrañable protagonista de *Otoño*, en su dulce dejarse morir cuando ha encontrado la luz.

Pero, para salvarse del mundo y de uno mismo, es preciso recorrer el largo camino del desencuentro, de la soledad. Son once etapas, once relatos de búsqueda. Búsqueda del sentido de la vida para toparse irremisiblemente con la imposibilidad del deseo consumado. Fieles al mito de Sísifo, empeñados una y otra vez en el esfuerzo del deseo, los protagonistas de estos relatos sucumben una y mil veces en sus propósitos.

Así, bien puede decirse que el tema vertebrador de estas historias es el desencuentro. Desencuentro amoroso en unas, religioso y político en otras. Al fin, desencuentro vital en todas. La edad, las creencias, el exilio, el ansia de poder, la opresión, son las causas que imposibilitan el feliz encuentro entre los hombres. Por eso, al terminar cada lectura, queda siempre un poso de cenizas, una comezón de lo que pudo haber sido y no fue. Queda también la pregunta imposible: ¿qué hicimos mal para quedar al desnudo, solos? Este desasistimiento primigenio del hombre, esta soledad radical crea una atmósfera gris, otoñal, que va contagiando a medida que avanza la lectura. Sólo al final, apa-

rece una tenue luz y en ella se acuna feliz, descansando del duro bregar, Antonio. Y con él, nosotros, los lectores.

Pero, Gonzalo Jiménez, cuya pequeña figura se presta al acercamiento y a la confidencia, no sólo gusta de jugar a la magia de las palabras sino que –hombre un poco renacentista– maneja las manos con soltura. Y así, sus conocimientos y sus artes con la paleta de pintor o la gubia del artesano, consiguen inmiscuirse graciosamente en todos sus escritos. Sirva un botón de muestra, el bello relato *Encuentro con Vulcano*, pleno de aciertos plásticos, donde el color y la figura compiten con la palabra narrativa y narradora. En otras historias, aparecen alusiones y presencias de esculturas llenas de carga simbólica para decir sin apenas nombrar.

Como las historias se mueven en unos espacios, también éstas pívotean en aquellos territorios más caros al autor. Aquellos donde él ha vivido y donde se ha ido haciendo las preguntas más sencillas y las más complejas. Piensan algunos que todo autor escribe un único libro con varias versiones. Quizá sea así; sobre todo en aquellos que, como Gonzalo, se implican a fondo y se distancian mínimamente de sus personajes. Por eso, es difícil saber siempre dónde empieza la invención y dónde acaba de la autobiografía; sea ésta vivida, deseada o soñada. Pero autobiografía, al fin.

Basten, para ver esto que digo, unas palabras escritas hace ya doce años por el mismo autor en su libro *Nos dejan solos*, editado por La Institución G. Duque de Alba, pág. 11:

Entre realidad y ficción, a grandes rasgos, presento un reducido número de personajes con un sentimiento común: un sencillo pueblo en la sierra baja, donde los campos comienzan a alzarse en un intento de tocar el cielo y, por eso, nacieron las montañas con esbeltos y afilados picos, desafiantes siempre al poder y a la aventura del hombre.

Ávila, Salamanca, Suiza y los pueblos pequeños y desolados de Castilla son las tierras que sirven de escenario a ese niño de postguerra, a ese estudiante aislado de los suyos por la distancia y el idioma y a ese hombre adulto cuya vida refleja la arada geografía de su rostro. En este protagonista único, aunque con diferentes nombres, que recorre estas páginas, se verá el lector reflejado porque estas historias hablan del hombre y de la mujer a vueltas con sus muchas preguntas y al encuentro de algunas respuestas.

Finalmente, unas líneas sobre el estilo, sobre la voz narrativa. Alguien dejó escrito que primero se es lector y después se hace escritor. No le falta razón. Por estos relatos pasa el buen lector que es Gonzalo y también pasa su intenso vivir. Así ha sido capaz de narrar en muy diversos registros y en todos ellos dejar constancia de su maestría: desde el monólogo de *Mañana*, donde la intensidad de lo vivido no deja de golpear al lector, que recordará sin duda a Delibes y su "Cinco horas con Mario", hasta ese modo entre familiar y literario de las reflexivas cartas con las que el estudiante de *Ad maiorem Dei gloriam* va desvelando la falta de libertad que le atosiga, pasando por esa especie de informe hospitalario sobre el infortunado protagonista de *Oposiciones* tan desasosegante. Desde los relatos más poéticos en los que la música y el verso crean una atmósfera entre lo onírico y lo real, como sucede en *Laura* hasta las narraciones más lineales y clásicas en primera persona como *Teresa*, bella metáfora de los estragos del paso del tiempo y de la libertad, entrevista tras los cristales de un café de la plaza salmantina y de los ojos de la protagonista. Y no falta el relato histórico protagonizado por la intemporal aventura del obispo dimisionario abulense *Don Manuel López Santiesteban* en perpetuo desencuentro con el poder civil y con su tiempo.

En fin, sólo me queda animar a la lectura de estos doce relatos en la seguridad de que, al igual que yo, los lectores y lectoras comprenderán mejor que, en la aventura del vivir, no somos únicos ni estamos solos, porque la sabiduría de vivir es pájaro difícil para todos. Quizás,

estos versos de José Bergamín –Poesías casi Completas– reflejen lo que quiero decir:

*"Más me hielo si más ardo,
dijo a Eloísa, Abelardo.
Tuvo las filosofías –cuando lo quiso tener–
más que de un querer saber –de un saber que no quería–
que es un sabor de poesía... ¡Oh, sabi sabiduría!
¡Saborear el no ser!
No sepamos tan deprisa,
dijo a Abelardo, Eloísa."*

Julio Collado







Institución Gran Duque de Alba



Institución Gran Duque de Alba

TERESA

Frecuentaba aquel café desde hacía diecinueve años. El mismo espacio, la misma mesa, la mirada siempre fija a través del ventanal, donde los pensamientos se perdían mientras la plaza se quedaba vacía, inmensa en oscuridad sin orillas; otras veces se fundía entre las arcadadas y los medallones como uno más, quizá respondiendo a ese deseo de perpetuidad que, en ocasiones, los hombres sentimos.

Habitualmente el ambiente que se respiraba era de tranquilidad, salvo la tarde en la que el secretario y sus ayudantes jugaban la partida; solía ser los martes, aunque no eran muy regulares. Es de suponer que, como el ayuntamiento estaba justo sobre el café, el jugar o no la partida dependía del agobio laboral o del humor del secretario, quien, por la expresión de su rostro y ademanes, no parecía hombre de trato fácil. Tenía el cejo fundido, haciendo que las cejas fueran una sola hilera de pelos cortos como cerdas, para más carácter, pelirrojo, y su voz sonaba bronca, sobre todo cuando decía aquello de: ¡órdago!, mientras golpeaba con el puño la mesa, creando un tiempo de silencio sólo perturbado por el ruido que emitía la resistencia del calientaleche. Eran estos los momentos en los que don Apolodoro apartaba la vista del ventanal volviéndola hacia la mesa en un intento, creo yo, más por desear comprender aquella palabra envuelta en magia, que por el silencio repentinamente creado. Don Apolodoro nunca supo de juegos de mesa ni de la fuerza de su lenguaje, esto era lo que en realidad atraía su mirada hacia la mesa donde, por cierto, don Epifanio, soltero también como él y compañero de algunas aficiones comunes, compartía juego. Don Epifanio era el primer oficial de la secretaría del ayuntamiento, algo así como el segundo de a bordo de aquél respetable empleo.

La tarde estaba tan cerrada que las nubes parecían pesar y caerse a jirones sobre la plaza apenas transitada. A las cinco en punto se abrió la puerta del café, entró lentamente, caminó hasta su mesa y se quitó el sombrero y el abrigo que, después de doblar con cuidado, dejó sobre una silla. Inmediatamente se le acercó el camarero:

-¿Lo de siempre, don Apolodoro?

Don Apolodoro le miró con minuciosidad de arriba abajo y, antes de contestarle, se sentó con cuidado colocándose bien los pantalones para no arrugarlos.

- Como siempre, don Antonio, como siempre. ¿Qué quiere usted que le pida?
- Lo que "usted" desee, señor. Yo estoy aquí "pa" servir, que "pa" eso me pagan.
- Usted sí que tiene un buen pico, no tiene precio para político, ¡con la cantidad de gandalías que ocupan tanto asiento!
- Pues, "posque" uno no ha tenido estudios, que si no, vaya "usted" a saber "onde" había "podío" llegar yo. "Pa" que "usted" se haga una idea, yo aprendí a leer, bueno, lo poco que sé, de zagal; a los siete años conocía ya las letras, mientras cuidaba las ovejas. A escribir fue más tarde, pero porque mis padres me llevaron a servir a una dehesa, que si no... sabe Dios "onde" hubiera "podío" llegar.
- Ya le digo, don Antonio, a las Cortes; ¡cuántos con menos! Pero póngame ya el café, hombre, que vengo algo destemplado.
- Es la revuelta, la revuelta que anuncia el otoño, que la naturaleza es "mu" lista, don Apolodoro. Más lista que muchos con estudios.

La última frase paralizó la efusividad del camarero, pensó que tal vez, don Apolodoro podía darse por aludido por lo que acababa de decir y se apresuró a remediarlo:

- Esto no va por “usted”, que quede bien claro. Yo sé de “mu” buena tinta que “usted” es “mu” listo y que nunca se le ha caído ningún puente, aunque las carreteras no sean lo derechas que a mí me gustarían.
- Don Antonio, no se esfuerce usted más, que lo terminará estropeando.

El camarero, con cierto azaro, dejó a don Apolodoro. Algo de verdad encontré en sus palabras: las Cortes estaban llenas de gañanes terrenientes y holgazanes anarquistas; y, también, que el otoño había llegado pintando de gris aquella plaza, un gris plomizo que parecía instalarse en el alma.

No era el otoño la estación que más gustaba a don Apolodoro y, sin embargo, si tuviera que definirle con una estación del año, elegiría el otoño para él. ¿Razones?, muchas: su forma de vestir, la escrupulosidad de sus actos, su vida reglada hasta el más mínimo detalle, su soledad y el poco entusiasmo que era capaz de demostrar ante cualquier situación favorable... Pese a que nos conocíamos desde hacía tiempo y el grado de intimidad llegó a ser grande, tuve siempre la sensación de encontrarme ante un hombre mayor que yo, a pesar de que sólo cinco años nos separaban. Era todo tan claro para él, tan diáfano, que a veces llegaba a complejarme, a hacerme sentir como un chiquillo irresponsable ante su mirada penetrante de hombre adusto. Es verdad que había tenido una vida más dura que la mía, pues desde niño vivió la ausencia de los padres y aprendió a convivir con la soledad bajo el control de unos tutores, que no hicieron otra cosa que aprovecharse de la fortuna que nunca llegó a heredar. Solo se abrió camino y labró el porvenir; le tocaron tiempos difíciles, pero con todo y más, no podía justificar su carácter áspero y su mirar perdido como quien entra en vasta oquedad sin límites definidos. No se me olvidará la primera vez que me invitó a entrar en su casa. Era lo más parecido a un museo donde todos los recuerdos de generaciones se daban cita. Ni un mueble ni una lámpara ni una alfombra, nada, nada había comprado él, en nada

pude reconocer sus gustos; era como si él no fuera él, sino los otros, tantos, que no llegué a memorizar ninguno de los innumerables nombres que fue pronunciando delante de cada retrato, de cada objeto que se abigarraba en las paredes o sobre mesas y estanterías. Y, sin embargo, me sorprendió con sus movimientos seguros sobre las cosas cotidianas. Tomamos un jerez en cristal de Bohemia cuyo cálido tacto apenas si se percibía entre los labios. De nuestra conversación de entonces no recuerdo nada, sólo conservo imágenes y la sensación de haber entrado en una vida carente de historia propia, tal vez también de sentimientos, pensé, aunque me costaba creerlo. Ahora que escribo estas páginas, después de vagar por la memoria, recuerdo que, cuando en uno de los relojes que había en la biblioteca donde nos encontramos sonaron las once, él dijo: "tal vez usted quiera irse a descansar". No supe qué responderle y, a pesar de que me sentía a gusto en su compañía, me levanté y acepté su invitación. Me acompañó hasta la puerta y allí nos despedimos.

Por fin llegó el café, cortado y en vaso alto de cristal. El roce del plato sobre el mármol le hizo apartar la vista de la ventana y dirigirla al camarero.

— Espero no haberle asustado —comentó el camarero—. Calentito, para que se le pase el destemple.

Después de aquella primera visita, la casa se me hizo tan familiar como su dueño. Cada viernes, durante años, nos encontramos en aquella biblioteca cargada de legajos y libros de los que nunca había oido hablar. Manteníamos nuestra tertulia de nueve a once, ni un minuto más y, salvo raras excepciones, el problema religioso fue nuestro tema favorito. Todo empezó con la lectura del poema *El Cristo de Velázquez*, del profesor Unamuno, que no contaba con demasiadas simpatías para don Apolodoro. Decía que el Cristo de don Miguel era tan humano que había perdido el misterio de la divinidad e, incluso, que el propio autor era todo orgullo, un hombre vanidoso y cambiante,

sólo interesado en su perfil público, capaz de hacer de su nombramiento de rector de la Universidad un símbolo nacional con pretensiones de poder intelectual. En una ocasión me mostró una caricatura aparecida en el *Semanario España*, donde don Miguel aparecía como pantocrator encumbrado sobre las nubes, adornado por un ángel a cada lado, instrumentos musicales y su retrato, la toga académica y un ramo de olivo en cada mano; bajo las nubes, un grupo de escritores, todos ellos con gafas de sol, encabezados por Cervantes que dice: *suerte que nos hemos procurado unos lentes ahumados que si no, tanto esplendor nos hubiera cegado.* “Ese es Unamuno, amigo mío”. Yo, como en otras muchas ocasiones, no supe qué contestar. Era tan decidido en sus afirmaciones, que apenas si tenía tiempo para pensar en la verdad o falsedad de ellas, me absorbía la rotundidad con que envolvía toda palabra. A pesar de mi clara inferioridad discursiva y, también, por qué no, de mi falta de conocimientos en muchos de los temas que tocábamos, una obsesión permanente me perseguía: nadie podía gozar de una seguridad tan plena, tan convincente.

Durante los primeros años de nuestras tertulias intenté cubrir mi inseguridad acercándome a las lecturas que don Apolodoro me ofrecía; sin embargo, cada día un abismo de duda me alejaba más y más de mi propósito. Incluso se abrían nuevas duda, sobre todo en aquellos temas de los que siempre había estado seguro. De esta manera, Dios comenzó a hacerse tan cercano, que no era capaz de verle ceñido entre ritos perfectamente reglados y dogmas.

La puerta del café se abrió, una bocanada de aire fresco llegó hasta la mesa de don Apolorodo. Pero no fue el aire fresco quien le vació de sus pensamientos obligándole a apartar la vista del cristal, sino un perfume, posiblemente agua de jazmín. Era una mujer alta que cubría su cuerpo con un trescuartos de paño color teja y gorra negra. Las miradas de todos los que estaban en el café se habían clavado en ella, quien, sin darle importancia, se acercó a una mesa, se quitó el abrigo y se sentó. El vestido ceñido al cuerpo dejó al descubierto su

delgadez. No sólo era alta, pensó don Apolodoro, sino extremadamente delgada.

El camarero tardó algunos minutos en acercarse a la mesa que ocupó la mujer, un corto saludo y volvió poco después con una copa de brandy en la bandeja. La actividad del café cobró su normalidad, pero tenía algo aquella mujer que impidió que don Apolodoro volviera a sus pensamientos a través del cristal del ventanal. Había clavado sus ojos en ella, aunque con cierta discreción, para no ponerse en evidencia. Su primer sorbo al brandy fue decidido y generoso, parecía una experta bebedora, hasta el punto que, don Apolodoro, lo imaginó correr por su garganta como un reguero de fuego que se apaga en el estómago. Sólo imaginarlo le provocó un carraspeo que terminó llamando la atención de la mujer. Fue entonces cuando las miradas se encontraron: la de ella, decidida; la de él, tímida, huidiza; para terminar fundiéndose en el mármol blanco de la mesa. Tuvo un sólo instante para descubrir unos ojos negros y grandes con aire de mirada perdida sobre el fondo blanco de una piel también blanca.

Un instante para descubrir y una eternidad para imaginar, pensó don Apolodoro, y así se agolparon sus sentimientos, también de resistencia, que nacían de donde nacen los instintos. ¿Por qué no encontraba razones para su repentina fascinación? El hecho de no encontrarlas, de albergar una duda, le llenó de desasosiego, como cuando las bestias sabias rompen sus noches con intervalos. Recuerdo que en una ocasión llamó al médico más tarde de las once de la noche, sencillamente para consultarle un término técnico, pues no podía conciliar el sueño con aquella duda. La excitación ante aquella repentina atracción se empezó a adueñar de su imaginación y, de reojo, con la misma curiosidad con que el chiquillo se pega al ojo de la cerradura del retrete cuando la vecina está dentro, siguió cada movimiento de aquella mujer pocos años más joven que él. Un sobresalto le espantó la hipertermia con la que había llegado al café. La mujer terminaba de sacar del bolsillo del abrigo una pitillera plateada y la acariciaba entre sus ma-

nos. La abrió, sacó un cigarrillo, se lo llevó a la boca y quedó atrapado entre los labios que, débilmente carnosos y limpios de carmín, le atrajeron con belleza desnuda. Fue el murmullo, cada vez más intenso, quien apartó sus ojos de aquellos labios. El murmullo de la gente lanzando miradas acusatorias al lugar donde don Apolodoro se encontraba. La mujer había elegido una mesa cercana a la suya. Por un instante, se sintió el objeto de tantas miradas y no pudo impedir que el rubor asomase por sus mejillas como chorros de fuego. La mujer buscaba algo entre sus bolsillos. Uno de los camareros se acercó a la mesa ocupada por el dueño, quien le indicó algo, volvió donde estaban los otros compañeros, comentaron y, aunque no con demasiada decisión, se acercó donde se encontraba la mujer. Ella, ajena al revuelo que estaba provocando y sin dejar hablar al camarero, le pidió fuego. El camarero tardó en reaccionar. También don Apolodoro, que, por fin, descubrió el motivo de tanto murmullo y de tanta mirada.

— Perdón, señora —dijo azarosamente el camarero—, no puedo darme fuego. Me han dicho que usted no puede fumar aquí.

La mujer no hizo ningún gesto, asintió dándole las gracias y se dispuso a devolver el cigarrillo a la pitillera. Tomó la copa en una mano y, al levantar la vista para beber, se encontró con que don Apolodoro le ofrecía una caja de cerillas; ella lo agradeció con una sonrisa mientras encendía el cigarrillo. Volvió a dejarse sentir el murmullo, aunque esta vez más fuerte, pero ya no vino ningún camarero a impedir que la mujer fumase su cigarrillo.

Adquirieron rostro sus pensamientos, sus preguntas. El gesto que don Apolodoro terminaba de realizar era incomprendible, no sólo para él, sino también para la gente que le conocía. Seguramente, de no haber sido ella, él hubiera contribuido con su voz a los murmullos creados. Esto le hacía más difícil encontrar una respuesta lógica a su inesperado comportamiento. En estos momentos, sí era el blanco de las miradas furtivas: sólo su respetabilidad permitía que esa mujer sos-

tuviera un comportamiento escandaloso en un lugar tan honesto como el mismo suelo del ayuntamiento de la ciudad; sin embargo, extrañamente, pareció no importarle. Tal vez, fue la calentura la causante de aquel incidente. Así se lo hice saber a don Apolodoro cuando me lo contó, con la sola intención de conseguir que el incidente se desvaneciese en el olvido.

Terminada la copa y el cigarrillo, se puso el abrigo, guardó la pitillera en el bolsillo y cogió las cerillas que dejó al salir sobre la mesa que ocupaba don Apolodoro.

— Ha sido muy amable, gracias.

Don Apolodoro no tuvo tiempo ni de levantarse de su silla como gesto de cortesía. La mujer desapareció del café y, con la mirada, la siguió hasta desdibujarse en la plaza. Había perdido la compostura en público, pero no hasta el punto de salir tras ella como le imponía la angre. Pasado un tiempo prudencial, don Apolodoro dejó el café con n leve gesto de sombrero, mientras se ponía el abrigo.

Por primera vez desde hacía mucho tiempo, don Apolodoro no logró conciliar el sueño aquella noche y, así, sus pensamientos acunaron otra noche, la más trágica, la noche que pasó en la casa de unos familiares que jamás había visto y que, con el tiempo, se convertirían en los forjadores de su futuro.

Con los días, don Apolodoro asumió aquel hecho como un incidente, un incidente para olvidar lo antes posible; con todo y ello, quizás fuera éste el motivo de que durante algún tiempo no volviera por el café. Coincidio, para descargo de él, que por aquellos días el trabajo se le había acumulado con la construcción de un par de puentes para el ferrocarril. Yo acepté con gusto esta causa como justificación de su ostracismo, aunque jamás llegué a creérmela del todo, pues, aunque en apariencia no aprecié ningún cambio en su persona, la entrada de un

nuevo personaje literario en nuestras tertulias, don Ramón Valle-Inclán, me desconcertó, sin ser capaz de establecer conexión alguna entre ambos hechos. Leí con avidez las *Comedias Bárbaras*, porque aquello de “bárbaro” debía de estar muy en boga, pues, don Apolodoro me habló de *Poèmes Barberes*, de un tal Leconte de Lisle, o de *Odi Berbare*, de Carducci e, incluso, de ciertos poemas de Hugo y Darío. Claro que, los citaba más para poner de manifiesto su antinaturalismo y reforzar así su posición, que para alabar su esfuerzo por romper moldes arcaicos. Yo tuve suficiente con la lectura de las *Comedias Bárbaras* de don Ramón y, en esta ocasión, no encontré ni el más mí-nimo argumento con el que cuestionar sus planteamientos. Pues, a decir verdad, no podía ni siquiera imaginarme cómo se podían representar ante el público cosas tan bárbaras como la violación de Liberata la Blanca, o el místico bautismo nocturno del feto que late en el descubierto vientre de una preñada, o la mano de Cara de Plata que acaricia los desnudos pechos de Pichona mientras que en el mismo cuarto la figura ensotanada de don Farruquiño le corta la piel a un muerto que volteá en un caldero de agua hirviente. Yo era, quizá entonces, lo más lejano a un hombre recatado, sin rayar en lo licencioso, pero aquellas comedias rompían con todo lo moralmente comprensible. Era el modo más burdo de dramatizar la barbarie primitiva, como decía don Apolodoro. Sin embargo, el solo hecho de plantearme su lectura, me llenó de inquietud. Había encontrado en aquel hombre no sólo amabilidad, cariño, sino también seguridad. Seguridad de un pensamiento inquebrantable que dotaba, aunque fuera por momentos, de un cierto tinte de estabilidad a mi frágil y cambiante ánimo.

Armado de coraje, porque tengo la seguridad de que tomar aquella decisión no le fue fácil, don Apolodoro, a las cinco en punto, entraba en el café y, como si hubiera sido ayer, ocupó su mesa perdiendo la vista por el cristal del ventanal donde se fundían sus pensamientos. Nadie se atrevió a preguntarle el porqué de su larga ausencia; además, los periódicos habían hablado de él, alabando sus trabajos como hitos históricos de la arquitectura moderna. Todo fueron parabie-

nes y enhorabuenas, incluso la casa se sintió honrada al permitir que don Apolodoro fuera invitado al café por el dueño.

Nada cambió en aquellas semanas de ausencia. Perdió la vista entre arcadas y medallones con la misma facilidad como antes lo hacía, tanto, que no percibió la figura de una mujer interpuesta entre sus ojos y la plaza, tampoco su entrada en el café, que no pasó desapercibida para el resto del público. Aquella mujer se había hecho muy popular en el corto tiempo que llevaba viviendo en la ciudad. Un hecho similar al vivido en el café semanas atrás se repitió en el Casino con la presencia de los más notables, incluso el Sr. Obispo se encontraba allí, para agravar el escándalo. Pero esto no fue lo peor. Algunos días después de este incidente, su atrevimiento rayó con la más dura pornografía al aparecer en el Gran Hotel con un vestido de encaje por el que podía verse, sin necesidad de la imaginación, todo lo que hay que ver en una mujer que no usa ropa interior. Su presencia resultaba incómoda en aquel café y el murmullo se desató y creció por instantes. Otra vez fue el murmullo cargado de tensión quien despegó la mirada de don Apolodoro del ventanal. Un olor fuerte a agua de jazmín despertó en su corazón la misma atracción que vivió en el primer encuentro y, al levantar los ojos, aquel cuerpo delgado y huesudo ofreció una amplia sonrisa.

– ¿No va a invitarme a compartir su mesa?

Don Apolodoro se apresuró a retirar una silla, cogió su abrigo y la ayudó a sentarse.

- Si he de serle sincero, no pensaba verla más. Creí que usted era una turista, alguien de paso por esta ciudad.
- ¿Pero es que usted no vive aquí? Todo el mundo habla de mí, y no bien precisamente.
- No he leído nada en los periódicos.

- Lo mío no es de prensa, sino comidilla de alta comedia, en círculos de bien, hombre.
- Perdóneme, pero no suelo frecuentar esos círculos a los que se refiere. Además, en las últimas semanas he tenido que salir con frecuencia de viaje y apenas he hecho vida social. –Se produjeron instantes de silencio reflexivo–. A decir verdad, no soy lo que se acostumbra a llamar una persona social.

Poco a poco, aquella mujer fue despertando la pasión que creyó cerrada en olvido con su primer encuentro. Igual que el primer día, ella sacó aquella pitillera plateada y extrajo un cigarrillo. Don Apolodoro buscó en sus bolsillos las cerillas, pero, cuando las encontró, ella ya lo había encendido. Todas las miradas estaban fijas en la pareja.

- Sí, ya lo sé. He preguntado por usted en distintos círculos, todos le conocían –le miró fijamente–, es usted un hombre muy popular, pero no obtuve otra referencia más que este café.

Por primera vez, aquel local, tan poco habituado a la presencia femenina, cobraba todo el sabor moderno reflejado en los grandes espejos adornados de colores, sostenidos por columnas de hierro asentadas sobre la pizarra del suelo. Sin perder la compostura, don Apolodoro fue descubriendo con sabor dulce unos espacios que hasta ahora no habían sido más que refugio de pensamientos o soledad, distraída por aquella palabra mágica: “órdago”. Jamás podría haber llegado a imaginar que, por la sola presencia de aquella mujer, ya a su edad, un mismo entorno pudiera ser tan diferente. Las cosas, los lugares, para don Apolodoro, no habían sido nada más que algo externo, espacios cortados por tiempos a los que ajustar la vida. La idea de que el café estuviera adquiriendo una significación nueva, gustando el sabor de la modernidad de formas que siempre comprendió caprichosas y carentes de fuerza expresiva, le desencajaba. De su encuentro anterior aprendió que, por muy impredecibles que los acontecimientos fluyeran en sus

pensamientos, no romperían su compostura de rostro y actos. De aquí que, al primer entusiasmo, le sucediera la parquedad en sus respuestas, como incapaz de bajar los ojos hasta el precipicio abierto a sus pies.

- Veo que esta vez ha traído cerillas —como un leve rictus asomó la sonrisa a sus labios—. Y aunque no nos han presentado, permítame decirle mi nombre: Apolodoro, para servirla— e inclinó levemente la cabeza.
- Ya lo conocía y también sé de su ocupación. Antes le dije que había preguntado por usted, porque quería darle las gracias por ayudarme a salir de aquella situación embarazosa. Pensé, también, que por mi culpa usted había dejado de venir por este café, y me sentía incómoda.

La mujer había tocado la herida, y el orgullo de don Apolodoro no tardó en aparecer:

- Es usted muy imaginativa, pero... como usted ha dicho antes, soy una persona respetable, que no haría nada que no tuviera que hacer. Me resulta difícil comprender cómo ha podido pensar eso de mí, señora. A veces el trabajo es quien impone el ritmo a la vida.

Por más que don Apolodoro se empeñara en actos de resistencia aquella mujer poseía una sugestiva fuerza que le hacía ocultar entre palabras, entre sentimientos, lo que la razón no le permitía. A medida que pasaba el tiempo en su cercanía, mayor era la brecha que se abría en el cerrado mundo de seguridad de don Apolodoro. Hasta el punto de rozar la mentira. Y aunque se trató más de un acto reflejo que intencionado, casi de defensa propia, su dignidad de hombre inquebrantable tocó el límite de lo que en su conciencia era justificable. Me lo imaginé ante el retablo en blanco, presidido por la Inmaculada de Ribera, doliéndose de su torpeza; allí acudía con frecuencia para escuchar misa y hallar cobijo en aquellas manos apretadas al pecho, como solía decir.

Aunque logró dominar que el rubor asomase a sus mejillas, no pudo impedir que un raso baño de humedad cubriera las palmas de sus manos.

- Entre tanta palabra, he olvidado preguntarle si desea tomar algo.
¿Un brandy, verdad?

La mujer esbozó una sonrisa como el aire fresco de la tarde.

Don Apolodoro llamó al camarero con un gesto del brazo y éste se acercó, no sin antes hacer comentario entre dientes con sus compañeros. Se habían convertido en el motivo de atención del café; sin embargo, en estos momentos, para don Apolodoro, ello carecía de importancia; su único interés se centraba en recobrar el ritmo de la respiración, que comenzaba a dejar sentir la presión sobre el pecho. La presencia del camarero distendió por momentos la densidad del peso en su corazón, abatido después de verse obligado a mentir. Sacó un pañuelo y se secó las manos Ahora podía hacerlo; segundos antes, hubiera sido inútil, el sudor no habría cejado.

El camarero volvió con una copa de brandy sobre la bandeja. Ella tomó la copa entre sus manos y la elevó levemente en dirección a don Apolodoro. Este inclinó la cabeza al tiempo que mostraba un semblante más relajado.

- ¿Le extraña que tome brandy a estas horas, verdad?
- Me extraña que una mujer tome bebidas tan fuertes a cualquier hora.
- ¿También es usted de los que piensan que las mujeres no debemos pasar del moscatel o el agua anisada? Yo estoy habituada.
- No me cabe la menor duda, pero no por ello disminuye mi extrañeza. Tampoco me habitúo a su imagen con el cigarrillo entre los dedos.

Un silencio denso se abrió entre los dos. Don Apolodoro inspiraba profundamente por ese deseo obsesivo de controlar todo, incluida su respiración; ella, acariciaba la copa entre sus dedos, envolviéndola en un nimbo de sensualidad. Eran sus manos delicadas, pensó don Apolodoro, y las imaginó acariciando... Bruscamente, se deshizo de tal pensamiento, secamente, como quien aplasta un insecto.

— Aunque tengo la impresión de que nos conocemos desde siempre, usted aún no me ha dicho su nombre.

Caverna de pensamientos donde todo se agolpa sin concierto ni orden. Por fin lo había hecho, le había preguntado su nombre. Porque en esa caverna se barajaron tantos nombres como sombras y espacios. Tenía que ser distinto, diferente, especial, incluso, no le extrañaría que fuera extranjero, aunque en el transcurso de su conversación no percibió acento alguno. Pero, cuando el desorden reina entre los pensamientos, es difícil de acertar... Su nombre era Teresa, Teresa como su madre.

A aquella distancia, los ojos de Teresa aparecieron, para don Apolodoro, aún más grandes que la primera vez que los vio. Quizá —pensó—, se debía al cabello caoba y liso, cortado a media melena, que los enmarcaba como si se tratase de un lienzo. Aunque no habían perdido el aire de nostalgia en el que se instalaba su mirada, eran como un concierto donde el oboe marca la cadencia —Seguía ensimismado Don Apolodoro.

— Teresa —insistió—. Así se llamaba mi madre, no tuve la suerte de conocerla demasiado: murió cuando yo era niño. Pero, cuénteme algo de usted; de mí, por lo visto, lo sabe todo.

— Me gustaría, quizás otro día. Se me ha hecho algo tarde, tengo clase a las seis y no puedo entretenerte. Esta ciudad y su universidad me están complicando la vida más de lo que yo hubiera deseado.

Teresa salió inesperadamente; como entró. Don Apolodoro la ayudó a ponerse el abrigo y un apretón de manos impregnó de calidez las yemas de sus dedos. La vio salir y perderse entre la gente que paseaba por la plaza. La fragancia de jazmín simuló su presencia todavía por algún tiempo, pero acrecentó el resquebrajamiento de su integridad al recordar que había mentido.

Era viernes y, como todos los viernes, nos veríamos de nueve a once en su casa.

Cuando llegué a la casa, Rosa, la señora que lo atendía, me abrió la puerta. Era la primera vez que lo hacía, me resultó tan extraño que no pude por menos que preguntarle. Su respuesta fue concisa: su marido había desaparecido y el señor le pidió que se quedara allí, hasta que las cosas se aclarasen. No tuve valor para seguir indagando. Desde que la dictadura de Primo de Rivera se había instaurado, hechos parecidos sucedían con frecuencia. Salí de aquella situación como pude; le dije que en la casa se encontraría muy bien, o algo parecido. No me contestó, se limitó a lanzarme una mirada que aún hoy siento como un vacío, pues no vi luz en sus ojos.

En la biblioteca me esperaba don Apolodoro. Tenía sobre sus piernas un viejo álbum de fotos y, ante él, sobre una silla, precisamente la silla donde yo solía sentarme, el retrato de una mujer de facciones agradables, aunque demasiado blando para mi gusto, a la moda del momento. Cuando me dijo que era su madre, me arrepentí del juicio emitido. Me disculpó y valoró más mi sinceridad. Por entonces, tenía casi terminada la catalogación y el peritaje de todos los objetos que formaban su mundo heredado. Con los primeros informes que le pasé me había ganado su reconocimiento como experto en arte. Creo que nada me llenó de tanto orgullo como aquel acto de reconocimiento a mi trabajo, ni siquiera cuando fui elegido decano de la facultad. Fue precisamente mi relación con la universidad lo que centró nuestra conversación de aquella noche. Quería saber todo lo posible

sobre un nuevo profesor de literatura moderna. Al principio me desistió, ni siquiera yo pertenecía a esa facultad, pero, cuando me dijo que se trataba de una mujer, no tuve ninguna duda: la recomendada por el general Berenguer, un asistente de cátedra o algo parecido, en todo caso un hecho extraordinario que daba que hablar en los ambientes académicos.

A pesar de no conocer ninguna relación de don Apolodoro con mujer alguna, jamás pensé de él que fuera misógino. La dulzura de su trato abarcaba a ambos sexos y el amor desplegado a su madre, apenas conocida, desbordaba cualquier pensamiento en este sentido. Pero el repentino interés por aquella mujer, no pudo por menos que inducirme pensamientos que, en esos momentos de nuestra relación, me parecían imposibles. Sin embargo, como él, aunque entonces no lo confesara, yo también notaba que algo estaba sucediendo en su interior. Un tornado de fuego se había generado a partir de aquella cerilla en un café, una tarde de otoño. He de confesar que me costó convivir con mis pensamientos. Tal vez por considerarlos atrevidos, tal vez porque con ellos perdía la única estabilidad que en mi azarosa vida, plagada siempre de dudas, me había deparado la fortuna.

Con solicitud, tomé el encargo que don Apolodoro me hizo e intenté averiguar todo lo posible sobre aquella mujer. Su nombre era Teresa Navarro, hija del general Navarro, acusado como responsable de los desastres militares que unos años atrás sucedieron en Marruecos. Con él también fue acusado el general Juan Picasso y González, así como el alto comisario de España en Marruecos, el general Dámaso Berenguer. Era precisamente este último el causante de la presencia de Teresa en la universidad, más interesado en alejarla de Madrid, que en ayudarla a resolver los problemas por los que vino a España.

Teresa Navarro había nacido en Soria, ciudad de donde provenía la mayor parte de su fortuna. A los pocos años de vida, viajó a Tetuán y

permaneció allí hasta cumplidos los catorce. Por razones que no me fue posible desvelar, se trasladó a París con su madre. Educada en el París moderno, asistió a clases en la Sorbona y se hizo popular en ambientes vanguardistas de escritores, pintores..., gente de la vida. Ausente de España y lo español, Teresa pareció gozar de un carisma especial en su actividad de mecenazgo de locos, para muchos, y de musa. Su casa y sus fiestas eran conocidas en todo París. La vuelta a España después de tanto tiempo, obedecía al sólo deseo de saber el paradero de su padre, prisionero de Abd-el Krim, según las informaciones oficiales. Deseaba urgir al gobierno para que abriera negociaciones y pudiera ser liberado. El gobierno encargó al general Berenguer hacerse cargo de ese asunto por su cercanía con la familia de Teresa y con ella misma, en su infancia. Pero las muchas conversaciones mantenidas con el general, no hicieron otra cosa que enturbiar las relaciones entre ambos. El gobierno estaba decidido, no a negociar, sino a vencer a los moros. No era un buen momento para Teresa que, ante las dificultades de conseguir algún gesto por parte del gobierno, decidió acudir a la prensa. El revuelo estalló como un polvorín entre el pueblo llano, harto de llorar a generaciones de jóvenes sacrificados. No hubo manera de convencerla para que volviera a París, por lo que el general Berenguer llegó a un acuerdo: dejaría de acudir a la prensa y se marcharía a algún lugar de provincias, hasta que él pudiera realizar todas las gestiones para la liberación de su padre. Así Teresa aceptó el puesto de asistente de manera extraordinaria en la cátedra de literatura moderna en nuestra universidad.

Todos los datos aquí referidos fueron puestos por escrito y entregados por carta a don Apolodoro. Por carta también, recibí su agradecimiento, escueto, sin el menor comentario. Ni siquiera en los viernes que siguieron a mi informe, hubo una palabra sobre el hecho. Vivir en provincias, aunque como en este caso se tratase de la capital, significa decir que buena parte de la vida de sus moradores es pública. Los rumores se corren con rapidez y sus encuentros eran conocidos. Sin llegar a conocer plenamente los motivos, aquella relación despertó en

mí cierta sensación de extrañeza y engaño. No llegué a encontrar una explicación racional que justificase su comportamiento con respecto a mí, porque aparentemente encontraba en él el mismo trato, y nuestras tertulias bullían de palabras, pero sentía que su inquietud aumentaba la mía; su oculta fragilidad deshacía el horizonte por el que tanto me había esforzado. El problema religioso, tema principal de nuestros diálogos, cobraba dimensiones nuevas que a él le mantenían en su seguridad y a mí me abrían al caos. Sentía que me estaba empujando hacia donde él deseaba ir, pero no podía, o no quería, mientras me acercaba a la lectura de Baudelaire y Rimbaud. Estaba atrapado en su herencia y en el recuerdo de una madre que cada día se hacía más presente en su vida; era como si Teresa le embriagara en su recuerdo.

Como no podía ser de otra manera, sus encuentros con Teresa también estaban reglados, al menos por su parte. Lunes, miércoles y domingos en el café, y siempre a las cinco. Sin embargo, Teresa era imedecible, podía aparecer donde menos se lo pensaba, incluso su casa no estaba exenta de sobresaltos. Esto ponía especialmente nervioso a don Apolodoro, sobre todo porque daba que hablar a la gente, y su reputación seguía siendo casi una obsesión.

Entraron juntos en el café. Ya nadie se extrañaba de ello y las miradas dejaron de clavárseles como un puñal. Se sentaron en su mesa y pidieron lo de siempre: un café cortado en vaso alto de cristal y un brandy. Teresa dejó un libro sin encuadrinar sobre la mesa. Don Apolodoro extendió el brazo y lo cogió.

– ¿Me permite?

- Claro que te permito. Me sigue sonando extraño que te empeñes en llamarle de usted –Don Apolodoro comenzó a leer el libreto–. “Hoy he escrito al ministerio de la Guerra. Con ésta son seis las cartas que no tendrán respuesta”.
- Ya –contestó don Apolodoro sin levantar la vista del texto–. Tendrá que esperar un tiempo prudencial para decir que son seis las cartas no contestadas, ¿no cree?

- Es un gobierno de ineptos, incapaces de llevar a cabo cualquier reforma, de empujar al país hacia la modernidad que en otros lugares ya se vive. Es un reino de tiranos.

Don Apolodoro levantó los ojos del libro y le indicó –tocando sus labios con los dedos –que debía de hablar bajo. No todos tenían un régimen tan privilegiado como ella, aunque se creyera desasistida de derechos. Desde hacía ya algún tiempo, don Apolodoro estaba siendo vigilado, tenía conocimiento de ello, y, aunque no le importaba demasiado, le obligaba a ser prudente.

- No debe decir esas cosas en público. Es necesario ser prudente. No conseguirá nada con enfrentamientos.
- Como no conseguiré nada es callándome. Además, no estamos en público.
- Se olvida de que hasta las paredes oyen. La gente guarda todo cuando se siente ofendida y su sentido de la modernidad constituye un insulto para muchos, Teresa.

Teresa desconocía lo de la vigilancia a la que estaba sometido don Apolodoro, una exhaustiva investigación por orden del Ministerio de la Guerra, y su imprudencia podía acarrearle graves consecuencias.

- No olvide, Teresa –continuó don Apolodoro –, y aunque no me mueve ninguna simpatía hacia él, que Unamuno, ese personaje al que usted, incomprendiblemente para mí, tanto admira, fue acusado de injurias contra el rey por sus artículos en *El Mercantil Valenciano* y ahora está en el destierro.
- Si liberasen a mi padre, yo misma me exiliaría en París. Esto sí es un exilio, en una ciudad de provincias que se niega a aceptar que el mundo cambia.

Aquellas palabras dichas con despecho e inconsciencia llegaron como cuchillos a las entrañas de don Apolodoro. En esa ciudad de

provincias estaba toda su vida y, aunque no se pudiera decir que antes de que Teresa apareciese hubiera sido feliz, había logrado la estabilidad y seguridad de las que careció en su infancia. La felicidad era un concepto lejano, no buscado por don Apolodoro; se conformó siempre con ser respetado, creando un cerco infranqueable sobre su mundo interior, pero aquellas palabras le vaciaban de las creencias y recuerdos heredados. Quizá no fuera esto lo que más le dolió de las palabras de Teresa, la sola insinuación de la posibilidad de su partida, le llenaba de angustia y volcaba su corazón en espacios cercados por sombras. A estas alturas de sus relaciones, Teresa se había instalado en su vida con derecho propio, a pesar de todos los intentos que don Apolodoro hacía por considerarla un reflejo de la madre que nunca tuvo. El amor maternal, o fraternal, que él decía hallar en ella, quedaba al descubierto cuando Teresa le cogía la mano o sentía la ternura de su cercanía enrojeciéndole la carne como un sobresalto; sentimientos por mucho tiempo resistidos, combatidos, hasta que la pasión mergía con tanta violencia que no había razón suficiente para detenerla.

El tono de voz dejó al descubierto el malestar que habían causado la palabras.

— ¡París, París! Una ciudad sin orden ni moralidad. Esa es la modernidad que tanto alaba usted. Bien pronto escapó don Miguel de Fuerteventura con la ayuda del director de *Le Quotidien*. Él, símbolo de la honestidad, cubierto por el nimbo del puritanismo donde generar todo tipo de duda, incluyendo al mismo Dios —le mostró el libro—. Esto no es literatura, esto es erotismo. ¡Eso es París!, el lugar donde el hombre apartado de la razón sucumbe al instinto animal. ¿A esto lo llamáis modernidad?

La brusquedad de sus palabras creó un silencio.

El amante de lady Chatterley, de David Herbert Lawrence, un escritor inglés censurado y prohibido, era el libreto que don Apolodoro

tenía en sus manos. Un relato de amor entre una cortesana y su guardabosques, que pone al descubierto la fuerza de la pasión más desnuda, más viva.

La ira generada se le fue apaciguando en pensamientos, también rechazados: el bosque se convertía en el regazo de Teresa acogiendo su cuerpo desnudo y trémulo. La vida sufrida a sorbos, los amargos tragos que lastiman hondamente, los tomaron de nuevo por sorpresa. De pronto, todo se esfumaba al comprobar que era otro y no él, quien acariciaba los pechos desnudos de la mujer. Y ésta se acunaba donde el remanso cobija los deseos.

- Te has sonrojado –dijo Teresa cogiéndole de la mano.
- Lo siento. Me molesta que confundas la modernidad con estas cosas. Modernidad es reforma agraria, libertad política, libertad de prensa, desarrollo industrial, pero no esto –y señaló de nuevo el libro–.
- No me importa lo que sea la modernidad, te has sonrojado con las páginas de Lawrence.

Don Apolodoro retiró su mano de las de Teresa. Era una mujer intuitiva y lista. Sabía que, aunque don Apolodoro no lo expresase, se sentía atraído por ella, incluso por su extravagancia.

- El sonrojo no es más que el rubor, Apolodoro, el rubor que produce comprobar que tus sentimientos más íntimos son aireados y, en lugar de sentirte libre, te sientes culpable por algo que siempre estuvo allí, más o menos atado, y que por fin ha encontrado un nombre en quien plasmarlo. A eso le llamas erotismo e inmoralidad. Y no ha sido París el lugar de donde viene esa novela, sino México. De París he recibido carta con buenas noticias, incluso para España. Por fin se ha estrenado la película de Buñuel: *Un perro andaluz*.
- Me alegra por ese tal Buñuel, aunque no espero de ella más que un puñado de ensoñaciones de mal gusto.

La película se estrenó en el cine Ursulenas, uno de los centros de reunión de los surrealistas parisinos. El guión estaba escrito en colaboración con otro español, el pintor Salvador Dalí. Con toda probabilidad, la interpretación femenina, de haber estado en París en aquellos años, hubiera sido de Teresa y no de Simone Mareuil.

– Eres siempre tan severo en tus juicios que, de tomarlos en serio, no tendríamos de qué hablar.

No había mucha capacidad de respuesta en don Apolodoro en estos momentos; se había sumergido en la caverna de sus pensamientos porque Teresa tocó el fondo de su inviolabilidad y se negaba a aceptarlo. Por la brecha abierta comenzaba a admitir la posibilidad de que la pasión formase parte del amor más puro, una pasión que ata a la carne con la fuerza de la sangre, para hallar en la ternura de quien amas su cenit. Ese día escribió los primeros y únicos versos que de él conozco: *Anida en la carne el alma/ como cielo y tierra/ y juntos forman el horizonte,/ cuerpo atado,/ pero al fin,/ cuerpo tálamo del alma*. El descubrimiento de estos versos, que para mí fue posterior, confirmaba la ruptura del mundo de seguridad de don Apolodoro. También por ellos, comprendí el porqué de mi inquietud, de mi desasosiego, no provocado tanto por la pérdida de la seguridad que don Apolodoro me ofrecía, como por otro sentimiento: el sentirme expoliado.

Cuando entré en la biblioteca, noté algo raro en el ambiente. Don Apolodoro abstraído, no hizo ningún gesto por el que yo percibiera que sabía de mi presencia. Iba y venía de un lado hacia otro de la habitación; yo permanecí algún tiempo parado bajo el dintel de la puerta. Hablaba, hablaba tan bajo que no supe qué decía, me pareció que rezaba el rosario. Solía rezar el rosario todas las tardes, pero siempre antes de cenar. Me fijé en sus manos y no vi ningún signo que confirmase mi sospecha. Tosió repetidas veces para llamar su atención, hecho que conseguí. Me miró y vino hacia mí como quien espera ansioso. Con amabilidad exquisita, me invitó a sentarme y me acercó una silla.

— Creí que no llegaría nunca —dijo don Apolodoro, mientras se sentaba. Volvió a levantarse—. Discúlpeme, me he olvidado el jerez.

Sus movimientos habían perdido la ritualidad de otras ocasiones; incluso, algo de jerez cayó fuera de los vasos, sobre la bandeja; a pesar de que su pulso parecía firme, algo de impaciencia noté en su ánimo. Me entregó el vaso con el jerez y se sentó.

— ¿Qué hay de novedad por la universidad? ¿Estudian los jóvenes o solamente se dedican a la práctica del pícaro?

No era su estilo de preguntas tan banales y sin sentido. Tuve la seguridad entonces de que no se atrevía a plantear directamente el tema de discusión para la velada.

Supuse que tanta indecisión le estaría atormentando. A mí me dolía y decidí abordar directamente la cuestión:

— Y bien, ¿por dónde empezamos?

— Por su matrimonio, porque usted estuvo casado, ¿no es verdad?

En contadas ocasiones nuestras conversaciones traspasaban los límites de lo público, siendo la primera vez ésta que me permitía abrirle el corazón de forma llana, sin eufemismos y circunloquios. En un principio no sopesé la intencionalidad de su pregunta, me conformé con saber que mi vida comenzaba a interesarme más allá de lo estrictamente formal en una relación entre adultos. Le contesté con decisión:

— Sí, lo estuve. Duró menos tiempo que el noviazgo, que fue breve.

— ¿Tuvieron hijos?

— ¡No! Nos dimos cuenta muy pronto de que nuestra relación no era posible y, mucho menos, el llenarla con hijos.

- ¿Me da a entender que usted no es viudo? Yo siempre pensé que su mujer...
- Había muerto, ¿no es así? Pues no, ella vive con otro hombre en Argentina, tiene hijos y creo que es feliz. También yo lo soy por ello.
- No llego a comprender su actitud –dijo don Apolodoro algo contrariado–. Su mujer le abandona por otro hombre y usted se siente feliz.
- Mi matrimonio no fue más que un compromiso familiar, un deseo de mi madre que se resistía a aceptar lo que siempre fue evidente en mí. Ella me quería casado y me casé. Su muerte, pocos meses después de la boda, me permitió la libertad.
- ¿Cómo puede hablar así, con tanta frialdad del matrimonio? Me sorprende su actitud; libertad y razón son necesarias para no tomar a la ligera una decisión de tal envergadura. Su mujer podrá ser muy feliz, como usted afirma, pero usted la ha condenado a vivir en pecado. ¿Es que no se da cuenta de ello?

Hubiera sido más fácil dejar correr las lágrimas sobre mis mejillas, aceptar mi condición de pecador a los ojos de don Apolodoro. A él le instalaría de nuevo en su seguridad inquebrantable, en la corrección de la norma, y yo me hundiría más en la ambigüedad. Nada de particular –recordé– me ofrecía la mujer que elegí. Ni siquiera la esperanza de una vaga armonía que me sorprendiera cuando llegase la hora de desnudarse. Su semblante de anchos pómulos, grandes ojos oscuros y acuosos, su boca bien perfilada, su frente estrecha limitada por el cabello castaño y suave, me envolvían en un río de contradicciones cuyas aguas pasan en lento remolino de raíces y lodos, hasta llegar a odiarme con la única esperanza de zambullirme en el olvido. Más tarde comprendí que tanta pregunta no tenía la intención de hacerme abrir el corazón y ello me llenó de rabia. Sencillamente buscaba mi experiencia conyugal, con la que identificar sus impulsos apresados en la misma caverna que sus pensamientos. Sentí ganas de invitarle a una casa de citas, o de golpearle, pero estaba más apresado que él y desistí.

Tomé un par de sorbos del jerez olvidado en la mesa y apacigüé mi ánimo concentrándome en su aroma. Creo que aún podía más la fuerza de la amistad que me unía a él, que el deseo de hacerle daño.

- Nunca quise hacerla daño –le contesté -. El daño y el pecado hubiera sido obligarla a vivir a mi lado, carente de lo que una mujer casada ha de tener.
- Si no la quería, ¿cómo pudo casarse con ella?
- Me lo está usted poniendo muy difícil, don Apolodoro. Bien sabe Dios que lo último que deseo es hacerle daño, y que ello llevase a la ruptura de nuestra relación.
- No diga usted tonterías. Nada podrá romper nuestra amistad, ni siquiera el que haya inducido a vivir una vida de pecado a esa mujer. Todo tiene remedio, amigo, y Dios es misericordioso.

Había mencionado la única imagen de Dios en la que yo creía: la misericordia. Dios tenía que ser misericordioso.

No logro imaginarme cuáles fueron los pensamientos, los deseos que albergó su corazón, después o durante el largo rato que duró mi confesión. En alguna ocasión, don Apolodoro se había referido a los que son como yo, bien como engendros de la naturaleza, bien como viciosos insaciables. Ahora me preguntaba a cuál de ellos pertenecería.

Y, a pesar de todo, terminada nuestra conversación sentí una sensación de paz pocas veces experimentada. Me acompañó hasta la puerta y estrechó mi mano con tanta fuerza, que noté el daño que le había ocasionado con mi confesión. Tuve la misma sensación que en mis visitas al asilo, cuando estrechas las manos de aquellos a los que no les queda ni la esperanza.

Días después, don Apolodoro se animó a acompañar a Teresa a su tierra natal. Fueron dos semanas sin tertulias ni jerez; la verdad es que eché en falta ambas cosas.

A su vuelta me alegró el comprobar que nada había cambiado entre nosotros, quizá, él se sentía algo más frágil y yo algo más libre. Los días por tierras sorianas le habían sentado bien, incluso su tez parecía más tersa, tostada. Me habló de la casa familiar de los Casadavalillos, donde Teresa nació. Describía cada rincón con una meticulosidad sorprendente, recordaba hasta los más mínimos detalles. Me habló también de un bosque cercano a la casa, de sus paseos por él del brazo de Teresa, del olor a heno recién segado, del cielo terso y azul... No pude evitar abstraerme de sus descripciones y traer hasta mi memoria aquel libreto de *El amante de lady Chatterley*. Debió de suceder como el autor lo narra: se deslizó furtivo en el bosque, aguantó la respiración hasta hallar el calor de su piel, después se fundieron en un abrazo que sólo el alba despertó.

A finales de aquel verano, Teresa recibió la carta tan esperada del Consejo de Guerra y Marina, presidido por el general Weyler. En ella se le comunicaba la sentencia contra el general Dámaso Berenguer, a quien se le apartaba de todo servicio. Y en la misma causa, el general Felipe Navarro, barón de Casadavalillos, era absuelto de todos los cargos. La alegría para Teresa se completó con la entrega de Abd-el Krim a las fuerzas francesas, una vez entregada la ciudad de Targuist al ejército español.

Teresa irrumpió en casa de don Apolodoro como un terremoto. Por fin, el esfuerzo de tantos años daba resultados. Se echó a sus brazos hablando en francés y español, como si no se diera cuenta de que era a don Apolodoro a quien tenía delante. El la invitó a sentarse y, con el fin de calmarla, le sirvió un brandy; cuando menos, mientras bebiera pararía de hablar y don Apolodoro podría llegar a comprender alguna de las cosas que ella pretendía comunicarle.

— ¡Está libre, lo hemos conseguido! Le han absuelto de todos los cargos. En esta España de arrieros, la justicia es una suerte al ca-

pricho de los avatares políticos, y no me digas que me calle, ahora no puede oírnos nadie, ni siquiera las paredes.

Teresa se bebió la copa como si se tratase de agua, se acercó a don Apolodoro y se sentó en sus rodillas.

— Ahora todo podrá ser diferente, aunque antes tendré que encontrarme con mi padre. Volveremos a Soria.

En aquella postura, don Apolodoro se sentía incómodo. Sus manos parecían no pertenecerle y apenas sabía dónde colocarlas. La falta de recato, que en Teresa parecía formar parte de su forma de ser, ponía en tensión todo su cuerpo. Rígido, con esa formalidad en que envolvía todo, se veía desbordado y sometido por el sabor dulce que la cercanía de Teresa le ofrecía. Así, como el bosque le dio libertad, el salón donde se encontraban, cargado de recuerdos familiares, le imponía su norma o, tal vez, era el temor a la aparición repentina de Rosa lo que provocase ese ritmo fuerte y duro que su corazón cobraba por instantes. Pero la resistencia fue corta: la razón cayó vencida cuando sus brazos sintieron el cuerpo de Teresa hundiéndose en su pecho. Sin embargo, el temor a perderla quebró, con un sobresalto, el instante de dicha que la fuerza de sus brazos no lograba retener. Era un hueco abierto en el alma por donde la vida se escapa; era el empeño, siempre estéril, de contener un torrente en el cuenco de las manos.

Pero las victorias en el exterior, no parecían tener sus correlatos en la vida nacional. La creación del partido político Unión Patriótica presidido por Primo de Rivera, no lograba ese apoyo incondicional para el que fue creado y, la insurrección militar que estalló en Barcelona y Tarragona, reflejó el descontento del ejército ante la gestión del dictador. Aumentó notablemente la vigilancia sobre militares y civiles sospechosos. El clima de inseguridad se respiraba hasta en las clases más populares. Nadie estaba exento de una mala querencia que provocase la denuncia y el posterior apresamiento.

Teresa viajó a Soria con su padre.

Sentado en la misma mesa del mismo café, don Apolodoro supo del exilio voluntario del general Navarro y su familia. Padre e hija habían dejado España y vivían en París. Distraída su mirada a través del ventanal, volvían a vagar sus pensamientos en blanco. Delante de él, sobre la mesa, el café cortado en vaso de cristal se había quedado frío.

Me enteré de la noticia dos días después del arresto. Don Apolodoro Villaruel y Azcárate, ingeniero de caminos y puertos, había sido detenido y acusado de conspiración.

Comprendí con toda dureza la mirada sin brillo de Rosa la noche que me abrió la puerta en casa de don Apolodoro: desolación e impotencia. La vida, sometida al capricho de los hombres, que no de los dioses, no tenía ningún sentido.

Todas las negociaciones que emprendimos para su liberación, fracasaron. Cuando llegó a mi poder la carta que Teresa le escribió desde París, a don Apolodoro le habían trasladado a Madrid y su paradero era desconocido.

Después de algunos años y de varios cambios políticos en nuestro país, guardo la carta cerca de mí y sigo esperando.



Instituto
Alba



Institución Gran Duque de Alba

GOYO

A tía Elvira, la hermana mayor de mi madre, la llevaban al pueblo a morir. Un cáncer le tenía comido el esófago y se extendió por el tórax. Nada podía hacer la medicina más que amortiguar su dolor. Cuando llega la hora, uno prefiere morir en su cama, rodeado de lo suyo, como si con ello rompiera el silencio de la tierra que reclama la vida con urgencia.

Llegué poco después que la ambulancia. En la puerta de la casa aún quedaban algunas mujeres de murmullos sordos y miradas bajas.

Hacía años que no venía al pueblo. Estaba cambiado: las calles aparecían pavimentadas y, ante la casa de las tías, una alambrada protegía un pequeño jardín con gladiolos abiertos y espigados. Me detuve en medio del paseo que divide en dos el jardín; delicadamente cuidado, a sus gladiolos se sumaban, sus rosas, las petunias y otras tantas flores de colores chillones. Los colores vivos atraían tanto a tía Juana como a las abejas, por ello no me fue difícil deducir quién lo cuidaba. Me la imaginé faenando en el jardín con el mismo esmero con el que almidonaba la sabanilla del altar de Santa Rita: dos planchas de hierro y un ir y venir de la lumbre a la mesa hasta dejarla estirada como una noche estrellada.

Sabía que cruzar el umbral de la puerta supondría volver a aquel tiempo en el que viví con las tías; un mundo simple y cerrado que hacía tiempo que guardé entre los recuerdos y que ahora, con la madurez, se resistía a morir. Es posible que fuera esta la razón por la que me puse en camino nada más conocer la noticia.

Entré en el portalón... tuve sensación de vacío, me parecía enorme: las maderas del techo seguían oscuras y agrietadas y, en las lanchas del suelo, las hendiduras de las ruedas de los carros camino de las paneras, me trajeron la presencia de Rufo siempre tímido y callado; incluso creí escuchar el chirrido deslizándose por las piedras con agresividad. Volví a sentir aquel olor a humedad, a moho, que a veces cubría las magdalenas tan celosamente guardadas por las tías en la alacena, junto a la loza noble —como ellas decían— protegida por frágiles cristales biselados, sólo perceptibles bajo la luz avara de la lámpara de colgajos violeta en continuo vaivén.

Subí la escalera, que no tardó en denunciar mis pasos con un crujir seco. Recorrió el pasillo, estaba lleno de recovecos y en los ocres de las paredes se habían multiplicado los desconchones. La puerta de la habitación de Elvira estaba entreabierta. Me extrañó que nadie notase mi presencia. El rectángulo abierto de la puerta me llevó al cuadrado de la ventana que amordazaba la luz con la cortina de estameña. Avancé un par de pasos. Encorvado hacia delante, enfundado en la lana gris y negra, adiviné el cuerpo torpe de Juana, sentada en la cama donde Elvira no era más que un abultamiento de la colcha azul turquesa. Muy cerca también y, sobre la hamaca de mimbre, estaba la señora Rita, agostada como la tierra en septiembre, con la mirada baja, clavada en las cuentas del rosario que deslizaba por las yemas de sus dedos rígidos, a punto de astillarse por la artritis. Comprendí entonces por qué nadie me había sentido llegar. Aquellas mujeres compartían sordera. Me acerqué con cuidado, procurando no asustarlas y puse mi mano sobre el hombro de Juana. Sentí la dureza de sus huesos a través de la lana negra de su chaqueta y pareció no inmutarse. Sus manos acariciaban el rostro de Elvira cuyos ojillos ribeteados en malva, en otro tiempo grandes y claros, vi encenderse de asombro. Por el reducido espacio del pecho que el camisón dejaba al aire, su carne jugaba entre amarillos y también malvas. Un olor a poleo y menta inundaba la estancia. Elvira alargó sus manos hacia mí. Juana se sobresaltó. No podía imaginar que la mano apoyada en su hombro era la mía.

– ¿Te ocurre algo, Elvira? –preguntó Juana con voz quebrada.

Elvira negó con la cabeza. Apenas se movieron sus largos cabellos sueltos mientras sus labios esbozaron una leve sonrisa ahogada en gesto de dolor. Juana volvió la cabeza, ebria de sueño y cansancio. Noté aquel olor dulzón de cosmética. Se colgó de mi cuello y ahogó los sollozos largo tiempo contenidos:

– Vamos, tía, si te pones así, entristeceremos a Elvira.

– Tienes razón, hijo, pero...

La señora Rita también se levantó, aunque tardó en librarse de la hamaca y adoptar una postura más o menos erguida. Después de despegarme de Juana, ella ocupó mi cuello.

– Mira, Blasillo –sus ojos puestos en Elvira–, ¡qué desgracia!

Hacía años que nadie me llamaba así. Elvira nunca lo hizo, sabía lo que me molestaba que me tratasen como a un niño. Juana lo hacía siempre que me reñía: "Blasillo, deja la bicicleta y sácate las herramientas de los bolsos que me paso el día cosiéndolos". Yo no dejaba la bici y las herramientas caían al suelo por la pata del pantalón.

Juana arrimó una silla junto a la hamaca que ocupaba la señora Rita y se perdieron entre las cuentas del rosario; yo ocupé su lugar en la cama. La lana del colchón cedió con mi peso y Elvira cobijó sus manos en las mías. La frialdad sudorosa nos trajo, a los dos seguramente, muchos recuerdos.

– La próxima vez que me entere que vas a esa casa, no volverás a salir en una semana –me amenazaba Juana.
– Pero, tía, que ya no soy un niño. ¿Qué quieres que haga entonces?

- Estás aquí para aprender a trabajar, si no quieres estudiar, tendrás que ganarte la vida de alguna forma y para eso te ha mandado tu madre aquí. ¿Te enteras?
- Tú que sabes de eso.
- ¿Cómo que qué sé yo de eso?

Cuando la discusión comenzaba a cobrar tintes de tragedia, intervenía Elvira sacándome de apuros, aunque no siempre. Después, discutían entre ellas.

- No seas tan pesada con el muchacho —decía Elvira—, déjale que vaya donde quiera, ya no es un niño; además, tampoco tiene tantos ratos libres; Rufo le tiene bien ocupado.
- Con los aires que tú le das, bien me va hacer caso a mí.
- Si va al bar, le riñes y le dices que allí sólo van los holgazanes; si te pide permiso para ir con los amigos a algún pueblo que esté en fiestas, te pones con él como un energúmeno, ¿dónde quieras que vaya el chico?

Cuando discutían, a Juana le sudaban las manos y se las frotaba nerviosamente hasta enrojecer sus palmas, también su voz se hacía más ronca y violenta, aunque jamás llegaba a ser ofensiva. Siempre tuve la impresión de que entre ellas existía algo así como un pacto de no agresión, donde toda tensión guardaba unas formas y mantenía ciertos límites, lo suficientemente generosos, para no dañar lo mucho que las unía.

Permanecí largo tiempo en aquella postura, con sus manos entre las mías. Ella entreabría los ojos y volvía a cerrarlos, tal vez para asegurarse de que yo seguía allí, a su lado. Me preguntaba cuáles serían sus pensamientos en esos momentos; si sería consciente de que su límite estaba cerca. En su lugar, yo me retorcería el alma y, sin embargo, en ella no encontré más gesto que el de la quietud gozosa a través de un puñado de huesos envueltos en piel rancia que se enjuta. Piel lla-

gosa en algunas partes, sin rastro de aquel antiguo color a almendras y rosas con el que un día lucieron sus pechos duros y altivos. Me inquietaba la ausencia de dolor o tristeza en aquellos momentos y, sin embargo, cada vez que la sensación de vacío se hacía presente como un sudor frío, volvía el recuerdo decidido a espantar los fantasmas o recuperar lo vivido.

— Por mí puedes hacer con tu vida lo que quieras, estoy hasta las narices de que no hagas otra cosa que dar largas y ahora me pides que deje mi trabajo para irme contigo. ¡Tú estás loco!

Es posible que estuviera siendo demasiado egoísta al pretender que la vida de Alba se acomodase a la mía, así, sin más compromiso por mi parte que el hecho de vivir juntos. Una convulsión encogió el cuerpo de la tía hasta hacerla despegar la cabeza de la almohada. Se esfumaron mis pensamientos en el intento de sujetarla por los hombros para volverla a recostar con cuidado. Ella apretó mi mano. Deslicé la otra como gesto de cariño a través de su pecho y quedó paralizada a la altura del vientre tremadamente hinchado. Se encendieron de nuevo sus ojos con el brillo de otro tiempo:

- Sabía que vendrías —aunque las palabras no salían con nitidez de sus labios de carmín transparentes, presionaba mi mano con la suya hasta obligarme a encorvar el tronco para escucharla—. Sé por tu madre que estás muy bien, que tienes un trabajo importante, ¡y tú que no querías estudiar!, ¿lo recuerdas?
- Sí, tía, sí. —Me paso la vida en aeropuertos y habitaciones de hotel, tengo una casa que no habito y arrastro mi soledad donde voy, pensaba—. No he sido yo quien ha triunfado, tía, habéis sido todos.
- ¿Por qué no te casas? Tu madre dice que debes hacerlo, que lo necesitas, que andas de acá para allá todo el día —se detuvo como si sus palabras necesitasen el sustento del aliento—.
- No te preocupes por eso ahora, tía, yo estoy bien y lo único que importa es que te recuperes.

Le mentí. Lo suyo era cuestión de horas, no me creaba preocupación porque sabía que sería así; se iría en alguna convulsión.

La familia fue llegando como un reguero de lágrimas. Les recibía la señora Rita, se asomaban a la puerta de la habitación, sin entrar, y desaparecían por el pasillo. Me llamaron para cenar y, aunque no tenía apetito, también desaparecí por el pasillo. Me dolía la espalda.

Al día siguiente era fiesta y preferí quedarme a pasar la noche en el pueblo. Todos se habían ido. Juana, la señora Rita y yo nos consolamos largas horas. A condición de que me llamaran a las cuatro, me acosté. Tardé en quedarme dormido. Estaba en la que había sido mi habitación. La cama de hierro seguía lanzando lamentos al menor movimiento. Recuerdo que era algo que me ponía nervioso y llegaba a hacerme contener la respiración en el vano intento de amortiguar sus quejas, para que los calores de mi carne no fueran escuchados al otro lado de la pared donde dormían las tías. Con la cabeza hundida en la almohada, intenté quitarme de la vista la hornacina de Santa Águeda. Apagué la luz, pero seguía allí, sobre la cómoda, delante del espejo, con sus pechos sobre la bandeja, como un trofeo sostenido en su mano derecha. Una vez, se me ocurrió decirle a Juana que aquella imagen me imponía mucho respeto y me daba poca devoción. Le faltó bien poco para llamar al sacerdote y que éste inundase mi habitación con agua bendita.

Juana no me despertó como acordamos y me levanté pasadas las nueve. Fui hasta la habitación de Elvira. Juana pasaba una vela encendida por el rostro de Elvira y supuse que había muerto.

— ¡Ya!

— ¡Calla, no hables fuerte! —me contestó con voz entre dientes—. Está dormida, pero no se le coge bien el pulso y la vela me saca de dudas.

La palmatoria temblaba en la mano de Juana. Mojó los dedos en saliva y, al intentar agarrar el pabilo encendido, la cera líquida corrió libremente por su mano hasta derramarse sobre la colcha. Le cogí la palmatoria y limpié la cera de sus manos. Sus ojos estaban a punto de hacerse líquidos. La besé en la mejilla y salió despavorida de la habitación para liberar sus sollozos. Desayuné en la habitación, a los pies de Elvira, y permanecí junto a ella hasta que Juana vino de misa. Después me mandó —porque Juana siempre mandaba— que saliera a que me diera el aire.

Bajé sin prisa por la calle larga. Con los pequeños jardines a la entrada de cada casa, su difícil trazado había quedado resuelto. Algunas paneras conservaban aún las enormes puertas de madera divididas en dos jambas, otras habían sido sustituidas por construcciones en chapa. El blanco de la cal, el rojo del ladrillo visto, contrastaba con fuerza con el verde de aquellos pequeños jardines, ¡jamás podría haber llegado a pensar una transformación tan viva, ahora que el pueblo se estaba quedando sin gente! Hacía calor y el sol me deslumbraba para hacer de los colores un gris plomizo cargado de luz. No había nadie por la calle. De lejos oí los ladridos de un perro que por instantes se hacían más cercanos, hasta encontrarme con su mirada en mis ojos escondidos por el sudor. Me sobrecogí y el sudor se me congeló frenado en las cejas y la barba. El morro del perro mostraba una dentadura extremadamente blanca, rodeada de espuma, como la de la mar cuando se reseca. Ladraba cada vez más fuerte, el pelo erizado del cuello al lomo. Estaba verdaderamente asustado. Hacía mucho tiempo que no sentía un pavor similar. Me mantuve inmóvil, quise creer que el perro estaba tan asustado como yo y le mire fijamente, sin parpadear. La adrenalina aumentaba tal vez en la misma proporción en los dos. Seguí mirándole hasta que su hocico rozó mis pantalones y cesó su hostilidad. Respiré profundamente, pero no di un paso hasta que se alejó suficientemente. Lancé una mirada hacia las ventanas más próximas y vi cómo algunos visillos caían furtivamente. Con el perro ya lejos, continué mi camino hacia la Iglesia.

La alameda había sido talada y, en su lugar, la hierba, hierba baja y tupida, estaba cercada con finos alambres conectados en sus extremos a una batería. El frontón aparecía así desguarnecido: una sólida pared al capricho del viento y el agua. Desde aquí hasta la Iglesia todo era un descampado, un camino donde el cemento no había llegado, lleno de baches y definido por las cercas. Me senté en la cruz de piedra, frente a la Iglesia. Una cruz sólida y cargada de musgo en la parte superior de su base, justo donde yo me había sentado. La cruz no estaba allí cuando yo vivía en el pueblo, pero la reconocí. Antes, había estado en el camino de la Retuerta, en la linde del señor Chamosca, cerca de los cotos. No había duda, tenía el travesaño cosido por lañas de hierro. A Goyo se le ocurrió un día atar a la morucha al fuste mientras él corría tras su abubilla. La vaca se llevó tras ella a la cruz, tenía miedo de ser abandonada por su amo. Cuando tía Juana se enteró, se puso tan furiosa, que me riñó como si yo hubiera sido el culpable de que la cruz se hubiera roto.

- Pero tía, que yo no até la vaca a la cruz, que fue Goyo. Yo sólo estaba allí.
- ¡Me da lo mismo que lo hicieras o no! El hecho es que estabas allí y lo consentiste.
- ¿Cómo iba a saber yo que la vaca saldría corriendo al ver que Goyo se marchaba?
- También he descubierto que fumas, que a mí no me engañas.
- ¡Esta si que es gorda!
- ¡Ni gorda ni flaca! Quince cigarrillos he encontrado en la camisa que me dejaste ayer para lavar.
- ¿Y te crees que si yo fumase te los dejaría a la vista? Son de un amigo que no quiere que sus padres sepan que fuma.
- ¡Ya! Por eso cuando sales del baño huele a rayos.
- ¿Y a qué quieres que huela si nada más salir entras como un ríete?

Me levanté de la cruz y seguí camino arriba por el Toril hasta el Hondón. La vaguada seguía dividida en dos por un riachuelo arenoso,

dorado pálido, atestado de mojones y junqueras en su recorrido, sin brillo en invierno y de color manzana bajo un cielo bilioso en las primaveras. La descubrí allí, andaba con saltos ágiles, casi graciosos, con ostentación, vestida de amarillos y rojos, de negros azabache y un punzante y largo pico de ámbar. Un corto vuelo la llevó hasta el tronco de un chopo y se perdió en sus entrañas. ¿Aquella abubilla sería Corucha, la de Goyo? Me senté cerca del árbol esperando su salida por el angosto orificio.

— Si quieres que te acompañe, tienes que soltar la abubilla; le vas a romper la pata con ese bramante y, además, lleva dos días sin comer.

— ¡No!, es mía —Goyo presionó al pájaro contra su cara—. ¿Verdad que sí, Corucha?

Nuestras discusiones eran continuas. Me gustaba verle enfadado y cuanto más le decía que soltase aquel sarnoso pájaro, más lo apretaba contra su pecho. Se le arrimaba a los labios hasta que un hilillo viscoso descendía por la comisura de los labios para morir en la solapa de la chaqueta de pana raída, más parda que negra en las zonas donde el canutillo se alisaba por la mugre. Con un extremo de la cuerda atada a su muñeca y el otro a la pata del pájaro, Goyo lanzaba a Corucha al cielo, ésta aleteaba por instantes hasta que la tensión de la cuerda frenaba su ímpetu para terminar tras un golpe en tierra. Otras veces corría tras ella, revolcándose en la hierba para darle alcance. Después, la abubilla hurgaba en los bolsos de la chaqueta de Goyo, llenos de lombrices y gusanos, en busca de su recompensa.

— Ves cómo sí come, bobo.

De rodillas y con la cabeza tras la cola de Corucha, arrastraba sus pantalones en plena carrera que terminaba con su cara en tierra, momento que aprovechaba el pájaro para hundir su pico en los bolsillos de la chaqueta.

- ¡Ves, ves, como sí le gusta!—me gritaba Goyo entre risas.
- Si estás tan seguro, ¿por qué no la desatas? Si tanto te quiere, no se marchará. Lo que sucede es que no te lo crees ni tú.
- ¿Qué no?

Goyo se levantó del suelo dispuesto aceptar el reto.

Cuanto más le miraba, menos podía adivinar su edad. Si le preguntabas qué edad tenía, siempre contestaba que treinta y cinco años, nunca lo supe con seguridad, pues su aspecto era, al menos, de una persona de cincuenta. Pequeño de cuerpo, acartonado sobre todo en las partes expuestas al viento, ya fuera invierno o verano, vestía la misma ropa: jersey ráido, sin color determinado, por el que asomaba otro de cuello alto; chaqueta de pana negra en partes, más visible bajo las solapas; de pantalones era lo que más variaba, pero era su sonrisa siempre puesta lo que más caracterizaba la fea cabeza abombada en la coronilla de Goyo.

Desató a Corucha con cuidado, mientras la susurraba algunas palabras que no llegué a escuchar. Yo seguí picándole para que la soltara.

- Ves, cómo no te atreves.
- Cría cuervos y con el mazo dando —me contestó dejándose algo desconcertado.
- Será:... y te sacarán los ojos, ¿no?
- Y, ¿para qué crees que digo lo del mazo, bobo?, para que no te los saquen, ¡cernícalo, que eres como un cernícalo! —Su risa desatardada llenaba el aire mezclándose con los aleteos nerviosos de la abubilla—. Sé buena, ¡eh!, te voy a soltar sólo para dar en la jeta al muchacho, que no soy tan tonto, porque vas a volver, ¡verdad, Corucha?

Goyo abrió sus manos duras con las que apretaba a Corucha. Esta permaneció algunos instantes inmóvil, quieta. ¡Vamos, vamos, vete

ya! —le animó Goyo—. Torpe en vuelo ascendió en el aire; la seguíamos con la mirada fija hasta confundir sus colores en los del arco iris que dividía el cielo en dos. Largo rato esperamos su vuelta. Goyo emitía gritos de llamada sin respuesta. Yo comencé a sentirme mal al ver dibujada la soledad en su cara.

— ¡Mira allá! En los majuelos de cervunas, ¡en los manchos, cojones! —me dijo Goyo con entusiasmo.

Miré en la dirección que Goyo indicaba, sin ser capaz de ver a Corucha por ninguna parte.

— ¡Allí, cojones!, —insistía nervioso dando saltos.

Para él era fácil, distinguía por su vuelo los pájaros y, por las pisadas, a todos los bichos de la zona.

— Te digo que no veo nada.

— ¡Ven! ¡Vamos! ¡Corre!

Me agarró y prácticamente tiró de mí en carrera. Cuando llegamos cerca del riachuelo, como él había dicho, Corucha estaba allí, despezzando sus alas. Estábamos bastante cerca. Goyo, con algunas lombrices en la mano, la llamó con aquellos ruidos que salían de su pecho más como una súplica en espera de respuesta. Tuve la impresión de que Corucha nos miraba, incluso algún instante de indecisión me pareció ver en sus movimientos. Goyo mantenía su súplica clavado de rodillas en el suelo con la mano extendida por donde las lombrices reptaban a su aire. Pero, un nuevo vuelo y la abubilla desapareció definitivamente. Goyo se levantó lentamente, jadeaba como si el cansancio acumulado en la carrera descargase ahora toda su fuerza, vació los bolsillos de la chaqueta de gusanos y lombrices y ...

— Bueno, ¡pues que se joda!

Esperé a que la abubilla saliera de las entrañas del chopo vana-mente, o tal vez lo había hecho ya, cuando los recuerdos ocuparon mis pensamientos evocando la compañía de Goyo, su corta presencia en mi vida, el amargo de soledad que me hizo gustar su partida. Y otra vez los recuerdos me enredaron con su tela de nostalgias.

— Si nos cantas una canción, te pagamos otro chato de vino, Goyo.

Porque a Goyo le gustaba el alpiste como al que más y por un vaso de vino, te cantaba y bailaba lo que le pidieras, siempre que las bromas no se hicieran dardos de burla en sus sentimientos, que era muy sentido y con el alcohol dominando sus venas, también capaz de hacer cualquier cosa. La gente decía que el vino se le subía a la cabeza y que le volvía loco, pero no era cierto. El vino le daba el coraje suficiente para romper la cadena de humillaciones de la que se había ido tejiendo su vida, aunque para ello tuviera que ser bufón de todo el que deseaba romper una tarde de hastío en invierno, cerca de la estufa, en el bar del pueblo, o de otros pueblos por las fiestas.

— ¡Eh! Goyo, mira quien entra, éste si que te invita a un chato.

Goyo ni siquiera levantó la cabeza hundida entre sus brazos sobre el respaldo de la silla, en su lugar, cerca de la estufa de leña. Afuera llovía y el bar estaba animado con los albañiles que trabajan en la casa del señor Damián. Arreglaban el tejado y con aquel tiempo nada podían hacer más que matar las horas esperando a que dejase.

— ¡Mira! ¡Coño!, Goyo, que es el Gargajo. Seguro que viene de estar con la Isabel.

El Gargajo, era otro mozo soltero, de los muchos que había en el pueblo, y que le disputaba a Goyo la novia, la Isabel, también entrada en años, pero que estaba todavía de muy buen ver. El asunto no era más que otro motivo para hacer rabiar a Goyo, que se llevaba bien con la Isabel y, que de vez en cuando, le hacía algunos encargos que le pa-

gaba religiosamente. A Goyo le costaba algo aceptarlo, pues los hacía gustosamente porque, como él decía, era su amiga.

- Ya quisiera él –contestó sin levantar la cabeza.
- Te digo yo que viene de hacerla un favor, que le he visto pasar antes con ella –dijo otro de los albañiles con voz socarrona.

Goyo levantó la cabeza y miró al Gargajo con sus ojillos pequeños y vivos.

- ¿A que es mentira, Gargajo?

El Gargajo no contestó, le lanzó una mirada de lástima y pidió un vaso de vino. Goyo se levantó y se sumó al grupo. Entre cantos y bailes, les fue sacando unos vasos de vino y agudizando su inquietud. El Gargajo no le había contestado, era extraño, porque siempre que salía la conversación, los dos entraban en disputa hasta terminar cagándose en todos los santos del cielo.

- Como no te espabiles, el Gargajo te deja sin novia, Goyo.
- ¿A que es mentira, Gargajo? –El Gargajo seguía sin responder a su pregunta y la sangre comenzaba a subírsele a la cabeza mostrando su flujo en las venas de las sienes–.
- Cuidado que eres gilipollas –dijo otro de los albañiles–. Si no te contesta es por que hay algo, o es que eres tonto de verdad.
- ¡Gilipollas serás tú! La Isa no se va a casar con nadie, que me lo ha dicho a mí.
- Y para qué va a querer casarse, si cada noche tiene a uno que le caliente la cama. ¿De qué crees que vive, de las rentas? –Espetó el Gargajo como un insulto.
- ¡Eso es mentira! ¡Es mentira! La Isa no es una guerra.

Se asomaron lágrimas de rabia en los ojos de Goyo. Había bebido lo suficiente para que nada le importara demasiado y agarró al Gargajo por la solapa y le gritó:

— ¡Di que es mentira! ¡Dilo o te...!

Se enzarzaron en desigual forcejeo. Los albañiles intentaron separarles, porque en estas situaciones la fuerza de Goyo era animal. Al fin lo consiguieron. A Goyo lo sacaron a empujones a la calle. Seguía lloviendo, y como loco corrió calle arriba hasta perderse.

Tardaron dos días en encontrarle. Estaba en el palomar de las tías, donde a veces pasaba las noches, sobre todo en invierno. En verano le gustaba el raso y contar las estrellas. Lo llevaron a la escuela y lo dejaron allí hasta que llegó el médico. Todos dijeron que se había suicidado porque el vino se le subió a la cabeza. Yo nunca lo creí. A Goyo le gustaba la vida, la Isa y el cariño que mucha gente le teníamos. Por aquellos días me encontré sólo y vacío.

Picaba el sol con fuerza y comenzó a dolerme la cabeza. El tiempo había corrido con rapidez entre recuerdos. Juana estaría preocupada. Además no era el mejor momento para vaciar mis nostalgias, por lo que inicié el camino de vuelta. En ese momento cayó del cielo el lamento de las campanas, Elvira ya no pertenecía a ningún lugar; tampoco yo, pensé. Cuando llegué a casa, me sentí perdido entre tanta gente. Todo el pueblo estaba allí. Entré en el dormitorio de las tías. Juana ya no gimoteaba, como si el alma se le hubiera helado. Me miró queriéndome consolar con sus ojos:

— Dios se la ha llevado, hijo. Ahora estoy sola, como tú.





Institución Gran Duque de Alba

EN PAREJA

Con las ventanas abiertas, el ruido en la casa se hacía incómodo. Es el inconveniente que tiene el vivir en una calle céntrica, pero a Gloria le gustaba y al fin y, al cabo, ella es la que paga.

La mañana amaneció abierta, tanto que, cuando Mario se levantó, entraba el sol hasta el sofá del salón. El edificio tenía una buena orientación. En verano el sol se quedaba como pegado en la cornisa, pero en invierno no había obstáculos para él. Tampoco parecía haberlos para los amigos de Gloria. A éste lo encontró Mario poniéndose los calcetines, sentado en el sofá y aprovechando esos primeros rayos de sol. La presencia de aquel hombre, algo más joven que él, no pareció inquietarle. Le saludó como si le conociera de toda la vida.

— Buenos días. ¿Una noche corta, eh?

El otro pareció sorprenderse más.

- Hola, yo creía que ella...
- No tienes de qué preocuparte.
- Me visto aquí, para no despertarla, estaba cansada.
- Supongo. Siempre que pasa algunos días fuera de casa, si le es posible, duerme durante toda la mañana, es una costumbre.
¿Quieres tomar algo? Yo voy a tomar unas claras.
- No, gracias, termino de vestirme y me marcho. Tengo que coger un avión esta misma mañana.

Algo azarado sí que estaba. Terminó de vestirse y se marchó. Mario oyó desde la cocina el ruido de la puerta al cerrarse. Ni siquiera se había despedido, pero no lo dio importancia.

Mario es un personaje curioso. Parece no importarle nada más que sus músculos, a los que dedica buena parte del día. Madrugador y exento de vicios, mantiene la casa con gusto especial. Lo primero que hace cada mañana, después de lo de las claras de huevo, son ejercicios de estiramiento, si hace bueno, en la terraza, aunque con una mascarilla de quirófano, para mitigar la contaminación, si no, en el salón. La habitación que tiene es algo estrecha para tanto hombre y tan bien formado.

El piso estaba situado en un ático del edificio y la terraza era grande. Mario había sembrado aligustre en macetas y esta cortina daba cierta intimidad. Un velador, un sofá, sillas de mimbre y, un banco de abdominales, completaban la decoración. Allí lo encontró Gloria, entrada ya la mañana.

— Quince, (¡puf!) dieciséis, (¡puf!), diecisiete, (¡puf!) dieciocho, (¡puf!)... —la respiración cortada deja sentir el cansancio—.

Hay mujeres a las que es difícil adivinar su edad y Gloria es una de esas. A bien pensar, rondaría los cincuenta. Claro que las ojeras de recién levantada podrían haber elevado en algunos años mi apreciación. Se acercó a Mario, le dio un beso en la frente y se tiró materialmente en el sofá. Mario, que parecía ignorarla, siguió con la cuenta de abdominales.

— No puedes ni imaginarte la gozada que es no tener que ir al despacho y poder estar aquí, sin hacer nada, respirando tranquilamente.

Mario terminó de contar y se sentó en el banco mientras se limpiaba el sudor. Había dado la impresión de no haberse enterado de lo que Gloria había dicho. Pero no, se quitó la máscara con la que se cubría la boca y respondió:

- Respirando anhídrido carbónico, porque en esta calle no se puede respirar otra cosa.
- No empieces otra vez. Te he dicho que te compraré la casa, sólo necesito un poco de tiempo, nada más que eso.
- Así llevamos un año.
- ¡Déjalo estar, esta mañana no tengo ninguna gana de discutir!

Se levantó y se acercó a Mario que permanecía sentado. Primero le acarició el pelo mojado de sudor, después acercó la boca al cuello entreteniéndose en el cogote. En este instante, tuve la impresión que la noche se le había quedado algo corta a Gloria.

- Me encanta cómo has arreglado el salón, parece más amplio y con más luz.
- Me alegra de que te guste, aunque ya hace un par de semanas que lo hice. ¡Podías haberte dado cuenta antes!
- ¿Se puede saber qué te sucede esta mañana? Estoy unos días fuera, deseando volver a casa, y este es el recibimiento que me haces.

Mario la miró de arriba abajo, parecía molesto. No era el mismo que había visto horas antes hablando con aquel tipo en el salón.

- Te sienta muy bien ese pijama.

A Gloria se le alegró la cara y... quizás algo más, porque se sentó sobre las piernas de Mario y con voz susurrante...

- Son celos —dijo—. Me excita verte celoso y este olor a sudor...

Las muestras cariñosas de Gloria, tomaban un cariz poco adecuado para una terraza. Aunque el arbusto le dotaba de cierta intimidad, no les ocultaba totalmente de las miradas de los vecinos. Además, Mario estaba empapado de sudor y tanto sobeteo no parecía gustarle demasiado.

- El sudor puede ensuciar el pijama y dudo que a su dueño le despierte las mismas pasiones, aunque nunca se sabe...

Me dio la impresión de que Gloria no estaba habituada a ser rechazada. ¿Será característica de los altos ejecutivos? Están habituados a ganar siempre, ¿no? Se levantó de las piernas de Mario como si la hubieran pinchado con alfileres. Tampoco el tono de voz era el mismo. Comencé a darme cuenta de que en esta casa todo cambiaba con rapidez.

- ¡Hoy no hay quien te soporte! Que estés celoso, lo acepto —Gloria se pone melosa—, incluso me gusta; ¡pero que te metas en mi vida, no! Hicimos un pacto, no lo olvides.
- A cualquier cosa llamas pacto. Estás ocho días fuera de casa y ni te dignas saludarme a tu llegada. No sé, ver si todavía estoy aquí o yo que sé...
- ¿Qué querías, que te despertase a las cuatro de la mañana? Porque llegó a las cuatro de la mañana y supuse que, si te despertaba, te molestaría. Siempre estás con tus horarios y tus comidas... inalterables, ni para hacer el amor los rompes.
- Para eso, precisamente, tienes siempre sustituto. Y que te quede claro que de celos, nada; es más, de vez en cuando lo agradezco. El de anoche, ¿lo encontraste en el aeropuerto?

Con la última pregunta no había estado tan fino. A partir de ahora no le sería tan fácil sostener su papel de hombre liberal.

- ¿Ves cómo rompes el pacto? Yo trabajo y tú cuidas de la casa ese fue nuestro trato; el resto, en el resto, tú haces lo quequieres y yo hago lo mismo. ¿Por qué tienes que fastidiarlo siempre

El ruido proveniente de la calle llenó el silencio que se hizo entre la pareja. Ciertamente era molesto, aunque era peor lo de la contaminación. A pesar de que lucía el sol, uno tenía la impresión de estar ba-

jo un paraguas de gas, de un color sucio. No me extraña nada que Mario hubiera cogido aquella pejiguera de cambiarse de casa y como siempre, el ama de casa terminó por ceder y romper el hielo.

- Ha llamado tu hija. Llamó el martes pasado.
- ¿No le diste el teléfono del despacho en München?
- Lo hice, pero no lo quiso. Quería saber cuándo llegarías.

Mario se colocó la mascarilla y se acercó a la barandilla que cierra la terraza. Allí el ruido es más intenso y le era imposible escuchar a Gloria. Aunque, por el tono y la lentitud con la que pronunciaba cada palabra, parecía una reflexión en voz alta:

- ¿Para qué querrá hablar conmigo? Tiene que ser algo importante. Seguro que se ha quedado embarazada. ¿Es eso? ¿Me oyes? ¿Es que no me oyes?

Ciertamente no podía oírle. Se dio cuenta de ello y optó por levantarse y llevársele al sofá, antes que perder la voz en gritos.

- Ahí no hay quien hable.

Se le presentó una buena ocasión para volver al ataque y esta vez sí la aprovechó.

- Comprendes ahora por qué quiero que nos cambiamos de casa. Lo único que podemos sacar en limpio de aquí, es un cáncer de pulmón. Como tú sólo vives de tanto en tanto, no sabes lo que te pierdes.

Reconozco que Mario asumía su papel en toda la extensión y amplitud, como algo natural, espontáneo. Esto tiene su mérito, que no todo el mundo valemos para ello.

- Otra vez con la misma historia. Mañana mismo comenzaré a buscar casa en las afueras, con jardín incluido. No creí que fuera tan importante para ti.
- Llevo repitiéndolo un año y dudas que sea algo importante. Ese es el interés que sientes por mí.

Caído como estaba en el sofá y con la promesa firme arrancada, sólo le quedaba pagar la compensación.

- No comprendo por qué te enfadas tanto, si sabes que al final siempre hago lo que túquieres. No me gusta verte así —estaba cariñosa—. Ahora estamos solos y es lo único que importa —mientras habla, no deja un solo músculo del tórax sin recorrer con las manos y la boca—. Sabes bien cómo conquistarme. Estar a tu lado y perder todo control es todo uno.
- Y yo que me lo creo, viéndote vestida con ese pijama.

A este tío me lo cargo, ¿será posible? Ahora que él lo tenía todo y que a mí también me cuadraba, sale con éstas.

- Te has empeñado en fastidiarme la mañana y lo estás consiguiendo. ¡No llegarás a entender nunca que es mi vida y mi trabajo! Mi trabajo, sí, porque, aunque te cueste entenderlo, tengo que mantener cierto nivel de relaciones si queremos tener contratos y sacar la empresa a flote. Pero tú de eso no entiendes nada, para ti no existe más que la casa, el gimnasio, el gimnasio y la casa, y yo no te pido otra cosa. Me conformo con llegar aquí y encontrarte, me conformo... sí, me conformo con tu compañía, me basta con verte y tocarte, ¿es tanto pedirte? ¿Es tan difícil que llegues a comprender eso? ¿Que me exijas a mí lo mismo que yo te exijo a tí?
- Eso es lo que más admiro de ti, lo mucho que me exiges.
- ¿Qué es lo que quieres, entonces?

Se quedó con ganas de decir aquello de que en esta casa vivimos dos, que la vida no es sólo pasión, que si existen sentimientos y demás parafernalia, con lo que habría terminado de estropearlo todo. Aguantó, por tanto, sus deseos y se limitó a decir lo que tenía que decir:

- Creo que tienes razón. Está bien, ya lo dejo. Acepto mi papel de macho.
- ¡No seas irónico!

¡Menos mal! Le salvó el timbre de la puerta. Siempre había creído que el timbre de la puerta era un latazo: o te asusta o te importuna. Pues, no, a veces sirve.

- Será tu hija.
- ¿Mi hija? ¿Por qué no me has dicho que venía hoy?
- Te dije que quería hablar contigo, ¿no?
- Pero no que vendría hoy.
- Tampoco yo lo sabía.

Mario fue a abrir la puerta. Era ella, Arantxa. No tendría más de veinte o veintidós años. Guapa como ella sola, pero con un gusto péssimo para la ropa.

Después del saludo de rigor, la acompañó hasta la terraza donde Gloria intentaba arreglarse el cabello.

- ¡Hola, mamá!

Las dos mujeres se abrazaron tiernamente, como madre e hija.

- ¡Qué alegría! ¡Mira cómo estoy! Siempre llegas por sorpresa.
- Estás guapísima y ese pijama te sienta muy bien —miró a Mario—. Tienes un estupendo gusto para la ropa íntima.

¡Lástima que no dijera nada! Tanto amor y besuqueo me rompía los nervios. Pero las aguas no tardarían en encauzarse, como dijo aquel filósofo.

- ¿Quieres tomar algo? ¿Un café, un zumo?
- Cualquier cosa, lo que estéis tomando vosotros.
- ¿Nosotros..? Aire, aire contaminado es la bebida típica de este barrio.
- Qué exagerado eres.
- No lo sabes tu bien, hasta una mascarilla se pone para hacer los ejercicios en la terraza. Voy a prepararte algo, siéntate.
- Iré yo. Vosotras querréis hablar.

Madre e hija se sentaron en el salón, a distancia prudente, pero no tan distante que no pudieran juguetear con las manos.

- Estás muy bonita, aunque algo ojerosa, ¿es que no duermes bien?
- Sí, claro que duermo bien, ese es un hábito que aún no he perdido. Tú si que estás bien, cada día estás más guapa.
- Más vieja, querrás decir.
- Madura, mamá, madura. Claro que Mario está estupendo y no le costará mucho trabajo mantenerte en forma.

Menos mal que Mario se encontraba en la cocina, que de escucharlo, hubieran sido dos con la del pijamita. A la chica esta se la notaba que no tenía un buen día.

- ¿Dónde dejaste a Carlos? ¿Está bien?
- De eso precisamente quería hablarte.
- ¿Sucede algo malo?
- No, yo creo que no, sólo que lo hemos dejado.

Gloria, que estaba habituada a improvisaciones y salidas rápidas, se quedó algo confundida.

- ¿Cómo dices? Si apenas lleváis seis meses casados.
- ¿Es que eso tiene alguna importancia?

La jovencita también era de las que impresionaba, y no sólo por su esbelto cuerpo; era más bien esa forma de decir las cosas, como Mario, sin hacer tragedia, con frialdad, como personas adultas y libres. Ahora la que empezaba a fallarme era Gloria, la notaba algo de madera. Sólo faltaba que el agua me lo hiciera el personaje de más peso. Comenzaba a preocuparme.

- No es eso, pero es que estabas tan enamorada. Describías a Carlos como si se tratase de un mirlo blanco que... no te extrañes de que la noticia me sorprenda.
- Sabía que no te gustaría.
- No adelantes opiniones, aún no he mostrado más que extrañeza, nada más.
- No, si no lo digo por lo de haber dejado a Carlos.
- Entonces, sí que no entiendo nada.
- Porque temes que te diga que quiero quedarme contigo.

Que le adivinaran los pensamientos, era de las cosas que más violenta ponía a Gloria. Había gastado años forjándose una personalidad fría, impenetrable y, ahora, esta mocosa se las daba de conocer sus sentimientos. Sólo faltaba eso, ¿verdad, Gloria? Es como si te violase, así, de sopetón, sin pedírtelo. Y eso no, de ninguna de las maneras. Si alguien tiene que dar el primer paso, que seas tú, para que no te condicionen los siguientes.

- ¡Un momento! Siempre has tenido una imaginación desbordante, pero ahora te estás pasando. Preferiría hacer yo misma mis opiniones.
- No tenemos por qué engañarnos, lo leí en tus ojos nada más entrar con el bolso en la mano.
- Creo que será mejor que vayamos por partes. ¿Qué ha sucedido con Carlos? ¿Quieres contármelo?

– ¡Que no le aguento, mamá! No aguento ni su olor de boca, ni a su familia, ni a su perro.

¡Por aquí si que no paso! Lo del olor de boca de tu marido, lo de tu suegra, puedo llegar a comprenderlo, lo del perro, ¡no! ¡Pobre animal! Esto sí que me descuadra. ¿Cómo es posible que haya personas que no aguanten a un animal? Que no aguanten a los hijos, bueno, ¿pero a un animal que no da más que cariño?

– ¿Que no le aguantas? Así, sin más.

– ¿Te parece poco? ¿Acaso preferirías verme llena de magullones y con los ojos morados? ¿Eso sí es una causa de separación para ti?

– Tienes la misma facilidad para exagerar todo lo que digo, que para sacarme de quicio. No quiero decir eso, sólo que...

– Que no ves suficiente razón no aguantar a una persona para dejarla.

¡Dile lo del perro, no te reprimas! ¿Pero no ves que la muchacha no tiene sentimientos? Si no se lo dices la que claudica eres tú, ya lo verás.

– Sí, puede ser una razón, pero no será pedir mucho saber algún detalle más; no sé, algo que me ayude a comprender la situación. ¿Lo habéis hablado? ¿Habéis llegado a algún acuerdo? No sé...

– No dejarás nunca de tratarme como a una niña. Claro que hemos hablado. Le dije que no le aguantaba y que me marchaba. ¿Te parece poco?

Te lo advertí, ahora te tiene cogida. ¡Me alegro por no escuchar a tiempo!

– No sé que decirte. Si ya todo está decidido, ¿qué importa lo que yo piense?

- ¡Quiero trabajar!
- Querrás decir que piensas terminar los estudios que interrumpiste cuando decidiste que ya eras mayor.
- Eso es lo que tú querías, eres tú la que se equivoca. Yo quiero trabajar y ser independiente.
- Has hecho siempre lo que te ha dado la gana y ahora vienes diciendo que quieres independizarte, precisamente, en esta casa.
- ¡Ves! Ves cómo tenía razón, a ti lo que te molesta es que quiera quedarme a vivir contigo.
- ¡No es cierto! Me parecen muy bien tus deseos de independencia, pero no a costa de recortar la mía. Además, yo no vivo sola, está Mario. Con Mario sería con quien tendrías que vivir, yo apenas si vivo en casa.
- Dejemos las cosas claras desde un principio si piensas quedarte aquí. Nada de jueguecitos con Mario.
- ¿Desde cuándo te preocupa eso, mamá?
- Tampoco quiero ver a ninguno de tus amigos por casa.
- ¿Ni de visita?
- Ni de visita. Al final terminan quedándose a vivir.

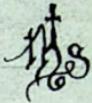
Ahora sí estaba definiendo debidamente su territorio. Claro que, en el reino animal, eso es tarea de machos. Marcar el territorio no es complicado, defenderlo ya es otra cosa y Arantxa está habituada a romper límites.

- Ni Mario ni mis amigos, ¿qué es lo que me permites hacer?
- Estudiar, eso es lo que tienes que hacer, lo que siempre he querido que hicieras.
- Estás muy equivocada, yo no soy Mario a quien puedes dirigir a tu gusto. No tienes ningún derecho a dirigir mi vida. No soy una niña para que me digas en cada momento lo que debo hacer.
- Tampoco tú tienes ningún derecho a irrumpir en mi vida siempre que tengas dificultades.

- ¡No seas hipócrita, mamá! Nunca te has preocupado de mí.
- Y cuando lo he hecho, te has esforzado para hacer todo lo contrario. ¿Preferirías una madre que estuviera siempre encima, castrante y abrumadora?
- Te venían estupendamente mis contrariedades y desobedientias, no nos engañemos. Te servían para justificar tu conciencia de madre al tiempo que te liberabas de mí.
- ¡Está bien! No merece la pena tanto reproche. Busquemos una solución práctica.
- Eso es lo que mejor haces, buscar soluciones prácticas. Creo que la única solución no práctica que has hecho en tu vida he sido yo, ¿verdad, mamá?
- ¡Basta ya, Aranxa! Y deja de incluir ese "mamá", como coletilla de todas tus frases, me pones nerviosa. Habíamos pensado cambiar de casa, Mario quiere vivir a las afueras, ya conoces sus manías de aire puro y esas cosas. Mañana pensaba ver algunas y, en cuanto encuentre una, nos trasladaremos. Te dejaré esta casa para ti. Entre tanto, puedes ocupar la habitación de Mario, él se pasará a la mía.
- Gracias, mamá. Agradezco el esfuerzo, pero me marcho.

Después del beso de despedida, Gloria se quedó sin habla. El café preparado por Mario quedó allí intacto.

- Avisadme cuando hayáis desalojado el piso. Ciao, Mario, nos vemos —dijo Aranxa y cerró la puerta con fuerza tras de sí—.



Borrador de cartas.

Castellanas.

N.M. D. g.



AD MAIOREM DEI GLORIAM

A cabezota no le ganaba nadie. Menos mal que ni mi madre ni mi hermana ni yo, heredamos cualidad tan valiosa. No hacía más de un año que había terminado obras en la casa, sobre todo en la planta baja. Mandó instalar un baño, cambió los pisos y algunas puertas y pintó las paredes de color mazarrón y albero, y ahora decía que quería cambiarse de casa, ésta se le hacía grande y le daba mucho trabajo. La verdad es que si llegabas a habituar la retina a aquellos colores con los que había pintado las paredes, podían convertirse en algo tan familiar como la misma abuela, sin dejar de manifestar en todo momento nuestro asombro por su decisión.

Ella misma había localizado un apartamento céntrico, cerca de la parroquia de San Antonio, donde se casó, bautizó a mi madre y, aunque no era la parroquia a la que nosotros pertenecíamos, fuimos bautizados mi hermana y yo. Cuando tomaba una decisión, era difícil disuadirla sin enredarse en infinitas polémicas para, al final, terminar cediendo. Tal vez la polémica más comentada a lo largo de los años fue su disputa con los canónigos, cuando éstos decidieron hacer un mausoleo en el cementerio, justo al lado de la tumba que ella había adquirido para su última morada. Le quitaba el sol, decía. Y, a pesar de que todos le decíamos que una vez muerto el sol poco importaba, consiguió que los canónigos abrieran unas enormes franjas de cristal en los muros, por donde el sol corría libremente.

Su cuerpo se había agostado. Abarquillado en los hombros, hacia que su cuello se lanzase hacia delante y luciera con elegancia su collar favorito, una gargantilla de bolas de azabache. Hoy, su pelo blanco po-

seía una tonalidad azulada, resultado de un tratamiento especial de su peluquera y del que no dejaba de lamentarse.

Eso de ser el único varón de la familia tiene sus inconvenientes y por eso me encontraba empaquetando cosas, llenando cajas y más cajas de todo tipo de objetos, aún sabiendo que de ningún modo tanto cachibache cabría en el nuevo apartamento y, una vez llevadas, tendría que devolverlas a su lugar de origen. Pero era lo más sencillo; discutir con ella cada una de sus indicaciones me resultaría más fatigoso que empaquetar toda la casa. La tenía detrás como una sombra, indicándome los objetos que tenía que guardar y su lugar en la caja, la posición adecuada en la que cada objeto debía de ir colocado, para que ocupara el mínimo espacio posible o no se dañara con el porte. Lo peor de todo es que casi siempre tenía razón.

El caserón fue construido a comienzos de siglo, entre 1910 y 1911. Aún conserva algunos rasgos modernistas en los adornos de las puertas, cristales rojos y azules, pero sobre todo la balaustrada de la escalera principal. Siempre me sentí cómodo en la casa, los techos altos me permitieron jugar sin riesgo a cargarme alguna lámpara o aplique; además, la luz entraba a borbotones inundando cualquier rincón. Aquí aprendí que el canto nocturno del mirlo en el jardín anunciaría la llegada del buen tiempo, y que el lauro agradece que se le plante entre sol y sombra.

El tiempo parecía volar. Llevaba más de cuatro horas empaquetando cosas y los recuerdos se agolpaban como las aguas en lecho con rápidos. Un cuadernillo en tonos verdosos y raído en los bordes salió del fondo de una estantería. Lo ojeé y comprobé que se trataba de un borrador de cartas. De caligrafía difícil y la tinta, la tinta ya oxidada hacía difícil su lectura y, a pesar de ello, comencé a leer como quien se adentra en lo prohibido, pues algo de furtividad encontraba en ello mientras apoyaba todo el cuerpo en las rodillas y los brazos sobre la caja de cartón. En esta posición me sorprendió la sombra del cuerpo de la abuela cayendo sobre mi espalda con lentitud.

— ¡Bendito sea Dios! Si tu supieras las horas que he pasado buscando ese borrador.

Me cogió el cuaderno y entre sus manos se lo llevó al pecho en un gesto de ternura poco habitual en ella. No era una mujer dada a las caricias, hasta los besos eran escasos, solía poner la mejilla y sencillamente consentía. Arrastró un sillón hasta donde me encontraba y se sentó.

— Es fácil entender la letra, ¿verdad?. Conozco cada uno de estos rasgos, podría recitártelo de memoria si quisieras.

Sin más demora comenzó a leer o a recitar de memoria, que no supe muy bien si hacía una u otra cosa.

Granada, 19 de Dic. 1911

A mis próximos:

Queridísimos en el Señor: Sin duda recibirían la mía del 16. Estoy bastante bien al presente g. a D. Sin duda será de vuestro agrado continúe la relación; voy a hacerlo, así quítome esta deuda.

Quedamos en que allá a las nueve salímos de la Villa-Corte en compañía del P. Pastells, que iba directo a Sevilla. Al principio, todavía presenta el trayecto bonitos paisajes, especialmente en Aranjuez, donde sobresalen las espesas arboledas bañadas por las aguas del Tajo aunque algo pequeño. Divisamos a lo lejos los edificios reales. A medida que penetramos en la provincia de Toledo, va laniéndose el panorama. Aquí contemplamos las lagunas.

Llegó Alcázar de San Juan con el Toboso en sus cercanías: ¡adiós, señora Dulcinea! Poco después Argamasilla donde se cree salió a luz el inmortal Quijote, ¡qué bien cuadran en aquellos páramos los típicos castillos de viento! Todo aquello respira ... Quijote. Por supuesto, antes de llegar a Valdepeñas nos vino Consolación (tan sólo es apeadero), pero al llegar a aquella llanura, quién no tiende su vista por aquellas sierras y cree ver en aquel pueblecito de las Navas al intrépido Alfonso con sus aliados desbaratando el poder del muslin Mohamed—Ben Jacub, y alfombrado el suelo con los cadáveres de más de cien mil sarracenos, y sobre todo ver al valeroso D. Rodrigo que, levantadas sus manos y rodeado de otros prelados, entona en medio de aquel imponente cuadro el Te Deum Laudamus. Baeza y, más allá, Úbeda me traían a la memoria al gran Fernando el Santo. Pero me distrajo un tanto el bullicioso Guadalquivir que serpenteando parecía jugar con nosotros, como el doméstico felino con el ovillo de la señora que sentada trabaja su labor. Andújar, Montoro ... Iba atardeciendo y las tintas pálidas aún nos teñían los montes, cañadas, campos, pueblos, caseríos ... pero ya esta vista nos cansaba y parecía infiltrarnos el dulce beleño de la noche. Mas ... ¡oh portento! Con gran deseo de llegar a Córdoba acechábamos por la ventanilla con objeto de distinguir su iluminación. Con nosotros estaba junto a la ventanilla —era vagón corrido— un señor que iba a Sevilla y, entre otras cosas de que nos hablaba, dejónos señalado enfrente mismo: “esta gran posesión cuyos fines apenas alcanza la vista —¡Dios mío, como se conoce que entramos en la capital de la tauromaquia!— Esta finca es de ... Lagartijo.”

Entrábamos en agujas y, por consiguiente, manteos, bandaldrán, sombrero, maleta, todo a punto. ¡Adiós, P. Pastells, encomiéndenos al Señor y acuérdese que en Granada tiene tres juniores de la provincia de Aragón.

—Feliz viaje, señores! Igualmente, gracias. Usted lo pase bien. La entrada en Córdoba es bonita, la constituye un paseo que llaman del Gran Capitán que estaba entonces —siete y cuarto— profundamente iluminado. Un coche del hotel Simón nos llevó a la Residencia, en donde, después de un breve descanso, pudimos admirar la Iglesia, antigua real parroquia de San Hipólito en donde reposan, a ambos lados del presbiterio, Fernando IV, el Emplazado y su hijo Alfonso XI, el Justiciero, reyes de Castilla. Al día siguiente, después de un reposado sueño, cumplimos con el Señor con más holgura y luego encargaron a un chico nos llevara a la catedral. Es una maravilla que comenzó a construir Abderramán I, el primer señor del califato independiente de Damasco. Tiene ella —según dicen— 179 m. de larga y 120 de ancha, el interior lo dividen 19 naves, atravesadas por otras 35 con los encuentros sostenidos por 1.000 columnas. La nave del crucero hízose en 1526 y forma, por decirlo así, con la capilla mayor y coro de este mismo año, un cristiano templo encajado en la antigua Mezquita árabe. Se están haciendo excavaciones y descubrense nuevas riquezas de arte. Allá a las once nos meteríamos en el tren de Málaga. Es un trayecto bastante bonito aunque va mejorando a medida que se llega a Granada. Lo más bello fue el paso entre montañas que deja vista a la vega granadina. La última estación antes de Granada es Santa Fe, ciudad fundada por la Reyna Católica después del inesperado incendio de los campamentos españoles, para demostrar que no se retirarían de allí hasta apoderarse de la fortificada capital. Y así quiso el Dios de las Batallas, para gloria del pueblo cristiano español y honra de aquellos sus católicos monarcas, entregarles tan señalada victoria.

De la misma Granada no puedo deciros cosa alguna, pues sólo estuve en ella la noche de nuestra llegada al

atravesarla en coche. El otro día díjome el P. Rector que ya veríamos la Alhambra, y así lo esperamos.

Recuerdos a todos. Hoy a mañana mando carta a Arturo.

Vostre fill i germà

Más que la narración, algo rebuscada y ajada para mi gusto, fue el tono de su voz lo que mantuvo mi atención y despertó mi curiosidad. Siempre se nos dijo que el abuelo era castellano, luego no podían ser suyas las cartas.

La abuela ni siquiera levantó los ojos. Siguió leyendo.

Granada, 24 Dic. 1911

D. Luis Heredia Gandía

Inclito amigo Luis: en vano puedo ir esperando, no puedo menos de atribuir a tus muchas ocupaciones ese silencio tan prolongado. No pocas veces me he acordado de aquello de tu postal: "por todo lo que resta de semana te escribiré justificando el porqué de la postal y no una carta como tú sin duda esperarías, y el porqué también del retraso". De todo te dispenso, porque sería harto difícil justificar ya ésta como segunda etapa de retraso.

Mi hermano Paco díjome lo de la poesta "Villa-Pepita", y por mi hermano el fraile he sabido, salió

en Revista. Ahora me ha enviado Lorda Ribes, aunque sin señalar su nombre, la Revista del día de la Inmaculada y algunos otros retazos con cuya lectura me ha animado mucho, especialmente algunas noticias que en los dichos retazos he encontrado. Pero lo que no puedo por menos de lamentar es que, aunque he visto muy poco, aún no tiene la Revista la vida y robustez que le podrían dar con tan buenos elementos como contáis.

Como sé que no te costará mucho, me atrevo a indicarte me digas la dirección de D. José Ferrer, médico cirujano; además, me proporciones un retazo de lo de la "caseta de campo" y, finalmente, me expliques algo sobre ese centro antirrevolucionario. Por lo que entiendo, son pocos los jóvenes acomodados que trabajan en lo que diríamos campo católico. ¿Es que, como antes, todavía los que se tienen por algo señoritos, se desdenan de todo lo que sea catolicismo práctico? Habría que quitar esa especie de inconsecuencia entre los jóvenes en separarse, tanto más de lo que huela a religión, cuanto se tiene uno por más ilustrado.

Saluda, querido Luis, a tu familia, a los amigos Ros; a la señorita Ribes dile que en cuanto me sea posible le enviaré mi agradecimiento por la Revista, y a mi hermano Paco, que un día de estos le escribiré. A todos os deseo felicísimas pascuas y toda clase de prosperidades en el próximo año.

Tu amigo

P.D. No quería decirte nada respecto al valenciano del que pienso hablarte, pero no puedo resistir al deseo de ponerte una pequeña muestra de una composición que se está haciendo. Viene a ser como una oda a Gandía, comenzará así:

*i Oh Muses Valencianes! —que de vegades(1)
Gandia, mare meua, —reial princesa,
Escrut al cor tu portes —el nom d'un rei,(2)
Rey que et donà sa glòria —sa gran noblesa,
Sa dolça llengua i mana —que son servei(3)*

*Humils et donen
Les vint-i-huit matrones(4) —que et coronen.
etc...*

(1) *que de vegades* = *que a veces*.

(2) *D. Jaime que la conquistó en 1252 ó 1240.*

(3) *Servicio.*

(4) *Los veintiocho pueblos que la rodean.*

Cuánto me gustaría enviarte alguno de los míos, pero hoy me es vedado.

Ribes era ella, pero la fecha, 1911, me despistaba. Ella aún no había nacido. ¿De quién eran las cartas? Aquellos versos me devolvieron a la infancia, a mis primeras vacaciones, al mar. Había tanto afecto en sus palabras que temí que mis preguntas lo rompieran, y callé. A pesar de que pocas veces le había escuchado hablar en su lengua natal, aún conservaba ese acento cerrado y puro de lo que ha sido aprehendido en el alma.

Granada, 2 de En. 1912

*José Alemany
Gandía*

*Queridísimo en el Señor: conocéis la ley del embudo ...
y... prácticamente ... siempre se pierden mis cartas, y especialmente las que envié con el hermano Peiró en su visita a Gandía, te agradezco el haberme mandado por su medio "Honestas recreaciones", y haberme prometido el resultado de las elecciones...*

Si no recuerdo mal os mandé un libro titulado "Poesies d'Arthur Marriera". Si no fuerais aficionado al valenciano o catalán, —que viene a ser lo mismo— sólo de oído, lo leerías y sacarías de él trazos escogidos y los publicarías en la Revista, para mover la afición a la lengua del hogar paterno. Porque hoy día no parece que se tiene uno por instruido si no habla en castellano, lo cual no deja de ser una aberración, desprecio de la lengua nativa. Tengo otro libro y pensaba mandarlo a Joaquina para su santo, pero no lo hice porque me sirvo bastante de él. Por ejemplo, ahora para el primero de enero, hubieras podido publicar la primera poesía del dicho libro, aunque fuera con algunas aclaraciones que os hubiera podido facilitar el P. Casademont u otro. Lo mismo la que en la página 186 tiene "A la costa catalana", ya fuera quitando alguna cosa de menos interés.

En ella dice:

*Voreja dos reialmes(1), però ha esborrat fronteres,
Les gents que en ella viuen sols saben destima(2);
Costums, història y llengua uniexen avui(3) dia;
I així(4) mateix estimen les palmes de Gandia.
Que els faigs(5) de l'Ampurdá.*

El día primero del año fue para nosotros –los tres que hemos venido de ahí– un día cumplido, entre otras cosas porque pudimos contemplar la maravillosa Alhambra y el Generalife. Este último se reduce a jardines y miradores, puesto que, como dicen algunos, era como el sitio de recreo de los Califas; aquella es una ... preciosidad. El recinto bulle de continuo con multitud de extranjeros y no extranjeros. ¡Con cuántos ingleses y franceses tropezamos! Todos con sus carteras, guías y libracos en las manos; anteojos, máquinas fotográficas ... Al fin y al cabo todo se lo merece. La ciudad de suyo es antigua y algo pendiente por tener parte en la misma falda del monte. Pero como todas las primeras capitales, tiene su parte moderna y por lo mismo, de algún viso y hermoso aspecto.

De Beltrán no sé nada y no entiendo a qué viene ello. En Granada no hace tanto frío como en Vervuela, aunque tenemos esa gigantesca Sierra Nevada, como indica su nombre cuajada de nieve. Dicen que es aquí muy hermosa primavera. Estos días se nos presentan muy variables y de lluvias.

Recibe el afecto de tu hermano.

P. D.

- (1) reinos
- (2) saben estimar
- (3) unen hoy día
- (4) uneixen decimos en valenciano: Así
- (5) el árbol llamado haya

Seguí haciéndome preguntas incapaz de lanzarlas más allá de la cuna de los pensamientos, porque sus ojos, que siempre fueron pequeños y vivos, como conejillos asomándose por la boca de la madriguera, se tornaban cristalinos, casi líquidos.

Granada, 2 Febr. 1912

Amadísimo en Cristo R. P. Provincial:

Hoy, al querer responder al paternal encarguito de V. R., siento la misma inundación de gozo y de alegría que produjo en mi alma la amable carta de V. R. el día que llegó a mis manos. Fue este para mí un día feliz, pues que las palabras de V. R. viniéronme como bajadas del cielo, ellas pusieron más en mi corazón que otras pláticas y razonamientos prolíjos, y sólo su recuerdo me sirve a maravilla en los ratos de alguna oscuridad y confusión que, en ocasión más propicia, he de pedirle para ello consejo y decisión. Y, para colmo de mi consuelo, nos leyeron por la noche en reectorio el capítulo de la vida de N. S. Padre escrita por el P. Fluvia, en el que se dicen cosas preciosas de la caridad del S. Padre para con los enfermos. Así que aquella noche me retiraba a descansar como se dice, de alegría a manera de un niño pequeño. Dispénseme, Padre, estas puerilidades.

Pensaba haber mandado estas letras antes, por si convenía a V.R. tener cuanto antes lo que desea. Por eso, sin más espera vengo a decirle lo de los cursos. Los hechos en la Compañía son: Infima, que hice en el último trimestre del curso 1906–1907. Media, en el curso 1907–1908. En el curso 1908–1909 habiendo comenzado la Suprema en Veruela, tuve que interrumpirla para ir a Orihuela, donde estuve hasta julio de 1910. Como V. R. sabe, desde esta fecha he hecho: en Veruela el curso de Suprema, y aquí lo que llevo de Retórica de Suprema. Lo que hice antes de entrar en la Compañía respecto a las letras es: cuatro primeros cursos de bachillerato. De la carrera de Profesor Mercantil, tengo aprobadas nueve o diez asignaturas, pues

me preparaba a exámenes en junio y septiembre. En este estado entré en la Compañía, se puede añadir lo que estudié de latín en Palacio de los Borja.

Todo esto es lo que se me ofrece, padre, sobre lo que desea V. R.

Ahora estamos aquí algo ocupados con sermones. El hermano Morant tiene el de la cátedra de San Pedro en latín y el de la Virgen de los Desamparados en castellano. Este tendrá que dejarlo pues que no hay para consultar ni un solo libro que trate de ello. Por lo que a mí toca, tengo una especie de misión que tenemos para principios de cuaresma los retóricos, el sermón de la gloria, que tomaré por la felicidad, explicando que no está la felicidad verdadera en esta vida sino en la otra venidera. Aunque a modo de desahogo, he de indicar a V. R. que, admitiendo lo dicho como verdadero, la vida me reclama más intensidad que la que aquí vivimos y, de la que pienso se pudiera vivir ya ahora, pues, la felicidad, entiendo, ha de gustarse ya, a modo de esas rosas que tienen espinas, pero también color y fragancia, aquí parece tener sólo espinas. El otro sermón latino es sobre la festividad de "Corpus Christi".

El frío arrecia en extremo y por tener esta casa disposición que ya sabe V. R., se deja sentir con aspereza especialmente en las camarillas. Como es grande enemigo de mi estómago, me lo entorpece y me proporciona en consecuencia malos días. Si como San Estanislao, fuera tanto el calor interno que me abrasa el pecho, no sintiera las molestias de la frialdad exterior, pero estoy lejos de tanto afecto. Por lo demás, dicen que el frío se pasa presto, según dice el P. Maestro. El hermano Isla también siente estos días —que son lluviosos y variados— algún dolorcillo molesto. Yo le digo que todas estas cosillas se pasan con las tardes de

agosto.

El día último del año dispuso el buen P. Rector fuéramos los tres en el coche de casa y acompañados de un hermano coadjutor, venido de Chamartín, y el comprador de la casa, a ver los jardines del Generalife –para lo que se requiere tarjeta de la señora Marquesa de Campotéjar–, y los palacios de la Alhambra. No creo necesario decir a V. R. la admiración que nos causó la vista de aquellas preciosidades. De vuelta, dimos las gracias al P. Rector por esta atención. También nos ha regalado un librito titulado “Manuele Chistianum”, en el que se contiene todo el nuevo testamento con la imitación de Cristo. Es una preciosidad, a pesar de que el contenido es sumamente manual. Hoy hemos asistido a la reapertura de la capilla del noviciado, pues ha estado cerrada mientras sufrió nueva reparación.

Dicen que está para llegar el R. P. Provincial, que al presente se encuentra en Málaga. Le esperamos. Y acabé con mi charla pidiendo me dispense las molestias.

De V. R. ínfimo hijo que se le encomienda muy de veras.

Cada carta leída contribuía a aumentar mi desconcierto. De lo que ya no tenía ninguna duda es de que se trataba de alguien muy cercano a ella, a quien debió conocer muy bien.

– ¡No creas que era un hombre débil, no! Ni mucho menos, me dijo. Amaba la vida y quería ser feliz, pero a veces ésta te niega toda posibilidad.

Granada, 6 febr. 1912

A mis próximos

Queridísima madre y hermanos: Más vale así. Todos nos quejamos y con razón. Vosotros de mí, pues que no habéis recibido nada desde mis breves líneas de mediados de noviembre; yo de vosotros, porque tampoco he recibido nada desde la vuestra del mismo mes. ¿Qui té rao, el gat o el gos? Os voy a poner el principio de la carta que ya os envié: "Conocéis la ley del embudo y... prácticamente..." siempre se pierden mis cartas -este juego es algo que no llegaré a comprender-. Os mandé para Navidad una postal de la Virgen de Juan de Juanes. Vosotros, por otra parte, me habéis contestado a la de noviembre, y ni ésta, ni la que decís de las tabletas para el estómago, ni nada hasta la última ha llegado a mis manos. "Pero.. aquí paz y allá gloria..."

Aún como Arturo os pudo dar noticias ... ¡y aun éstas vinieron a inquietaros! Debéis tomarlas al revés lo que le escribía. Tan sólo le decía de Orihuela, que es fácil tengamos ocasión de estar juntos, no porque vaya ahora por enfermo, como la otra vez, sino después.

Como esto escribo deprisa y corriendo, no voy a entretenerme. Y así sólo digo que estoy bien, y que más tarde, si es que todavía lo deseáis, os mandaré la segunda parte de la consabida redacción que hace tiempo tengo escrita con algunas cosillas de Granada. Ahora desearía que Paco, atendiendo a que no ha llegado la carta con los sellos, me la repitiese en lo posible, pues que se acordará perfectamente, no es más que el trabajo material de repetir la tarea -al que ya nos estamos acostumbrando tanto-; que lo ha-

ga a ratos. ¡No os dijo nada Beltrán? Porque le escribí por Navidad, ¡tampoco la habrá recibido!

Adiós, y ten paciencia, Paco, para rehacer la carta perdida cuanto antes.

Vostre fill i germà

Había desaparecido de ella la respiración cortada tan característica en su conversación, sobre todo en conversaciones largas. Era un cierto tic de ahogo que requería de tiempos de silencio donde respiraba profundamente. Algo así como recuperar el aliento, aliento que en estos momentos no le faltaba, pues a su voz firme añadía esa fuerza que proviene más del deseo de transmitir algo, que del algo transmitido. Aquellos nombres desconocidos para mí, su deseo de continuar con la lectura sin permitirme una pregunta, la posición de su cuerpo como dejado al capricho del sillón que lo acogía, pero sin denunciar derrota o vencimiento, sino quietud y serenidad, todo me llevaba a buscar una intencionalidad en aquel empeño de la abuela, que parecía haberse olvidado de la razón por la que yo me encontraba en la casa.

*Lorda Ribes
Gandia*

Inolvidable amiga: ¡Ya casi no podía más! Érame cosa difícilsoa llevar por más tiempo el peso de ese silencio tan prolongado y gr. a Dios viene la fiesta del Glorioso Patriarca y me da un empuje decisivo con el que a toda costa saco tiempo de entre mis ocupaciones para escribir estas líneas que han de ser en esta presente primavera, como

retoño de la amistad que entre nosotros en tiempo felízmente se engendró. Dije que no podía más, una de estas noches pasadas me atormentó no poco un sueño de esos crueles que sin más ni más trae la imaginación exaltado. ¡No sería!: pensaba que estaba en su casa, había más gente, me miraba con indiferencia, todos con cierto desvío; aquellas caras nada me decían, aquellos ojos recelosos; los labios no mostraban, como solían, el menor asombro de sonrisa; y del primero al último esquivaban el hablarme o lo hacían con desabrimiento. ¿Qué es esto?, me decía. ¿Qué habrá pensado? ¿Pero, yo ... y en casa de Ribes? ¡Qué peso sentía! Estaba allí, sentado en medio de la salita, con mi maleta al lado y me miraban. Era mucha la opresión y la pena, pero el Señor quiso que, en uno de esos movimientos involuntarios, despertase. De veras descansé cuando pude decir: ¡Es falso! ¡Todo es falso! ¡No tendría la culpa de ello su largo silencio! Esta situación me es de bastantequietud que intento apagar con los versos, pero cada día parece asentarse más en el estómago y también en mi espíritu.

De entonces acá, ¿qué es lo que ha pasado? Por mi parte una voladita a la tierra de la sal. ¿Quién me dijera que con el tiempo habían de poder contemplar mis ojos a aquella joya estimada que hasta sangre costó su rescate, Granada? Es necesario que la vista beba, como diríamos, de la misma fuente y ofrezca directamente el gozo de aquellas linderas al alma de artista.

Hay aquí en Granada unos quintos de Gandía, los cuales vienen a vernos. El domingo pasado, pues, sacó a plaza uno de ellos en la conversación, a propósito de que les cuesta aprender el castellano, los versos a "Villa-Pepita". Y tú, ¿los has leído?, le dije. "Sí, y me gustaron mucho".

Repliqué ¿a qué casita se refería? No era la de Ribes, que está a l'atra part del riu?, contestó con mucha modestia, "Sí", mi satisfacción fue completa, porque aquellos versos lograron el fin para lo que fueron escritos. Ella, como decía en la carta valenciana que la acompañaba cuando se perdió, "no es un acabat exemplar del art, ni molt menys, però ha eixit de mon jiat com primerenca flor d'un arbre incult i selvàtic". Aprovecho de la amistad que estos mozos nos dan para enviarle esta carta, aún a sabiendas de que no obro con rectitud.

Según creo este año acaba Pepe la carrera, aunque no debe acabar los estudios, pues en este mundo para saber algo no hay que dejar los libros de las manos. Este año, como estamos fuera de nuestra provincia religiosa ha tocado la suerte con los versos al R.P. Provincial , y así le hemos hecho una composición valenciana –es de Alcoy–, en la que hemos empleado todo nuestro esfuerzo artístico, es como un idilio en la casa de Nazareth.

Adiós, y en este tiempo de transmigración para las africanas golondrinas, a ver si viene a visitar la Sierra Nevada alguna mensajera desde el carrer de Vicaris. Le dispensaría afectuosa acogida y después de regalado descanso en este nido de Granada, la mandaría de nuevo cargadita con todos los pensamiento que pueblan mi corazón.

Vuestro

Lorda. Comenzaba a comprender. Lorda Ribes era el nombre de su madre.

Nunca supimos demasiado de ella. Murió muy joven, de tristeza dijo alguien alguna vez. Lo recuerdo porque en aquel tiempo me resultaba incomprendible entender la tristeza como una enfermedad, una enfermedad que ocasionaba la muerte. También se dijo que era un castigo de Dios, afirmación que me resultaba, si cabe, aún más incomprendible.

De su padre creo que nunca nos habló, salvo que murió antes de que la abuela naciera. Para mí los padres de la abuela siempre fueron tita Rita y tito Antonio, fueron ellos quienes la criaron.

Comenzaba a comprender el porqué de su empeño en leerme aquellos borradores de cartas y el tono de su voz y sus silencios.

Granada, 14 de Mayo 1912

Muy Querido hermano: Recibí la tuya de 25 de Marzo, por varias veces he tenido en mis manos para contestarla. Sin duda el Espíritu Santo, en estos días de su conmemoración, me ha impulsado a dar cumplido deseo que me estaba espoleando de escribirte, pero es que estos contratiempos de mis achaques, me quitan tanto tiempo de trabajo, que ni para cumplir con mis obligaciones escolares me lo dejan.

Ya te tendrán enterado de casa sobre las fiestas a la Mare de Deu dels Desamparats tanto en Gandía como en Valencia. No puedes imaginarte el consuelo que me da el estado de estas cosas en Valencia. Porque ese cambio obrado en tan poco tiempo me hace augurar días de prosperidad para la causa católica en España. Bien me indicas en la tuya que estuviste a casa, pero dejas lo demás como sa-

bido. Quiero decir que no me dices nada en particular, sobre todo de Paco. Creo que cada día sigue mejor. Supóngote enterado del negocio que ha emprendido formando cierta sociedad con otros tres sobre no se qué construcciones.

Comprendo el gozo que sentirás en tus paseos a Santa Ana. ¡Es tan deliciosa aquella huerta! ¡Cuantas veces espacié mi vista sobre aquél bello manto! Bien hubiera querido yo acompañar tus pasos, para razonar contigo sabrosos coloquios a imitación de San Benito y su hermana, o de Santa Mónica y su hijo. Por los versos enviados deducirás y de cuánto difícil me resulta la situación en Granada. No sé bien dónde está tanta causa, no la de los males de estómago, sino la del alma. De las pocas cartas que recibo, son las de Lorda Ribes a quien tu conoces, mi mejor bálsamo para ambos males. ¡Qué confusión entre tantos sentires encontrados! Dirige tu afecto y oraciones en mi intercesión, germà.

Yo por mi parte no lo dejo de hacer por ti y por la familia. Recuerdos a los Dalman y demás conocidos.

Teu germà.

P.D. El día 21 tuve muy presente aquel otro 21 del 1906, en el cual, a las 7 de la tarde hice mi entrada en el Palacio, casa de la Compañía, con la intención de no salir jamás, pero son tan duros mis malestares de estómago y tan poco sentido mi dolor entre los superiores ... que ardo en deseos de escribir al R.P. Provincial como ya he comunicado al P. Socio.

Por fin levantó los ojos y me regaló la dulzura de su mirar.

- Conservo otros tres cuadernillos más, sólo éste se me había extraviado. Los otros están llenos de poemas. Poemas que hablan del mar, de la flor de azahar, de la luna, de ansias de vivir. ¡Están llenos de vida y de ingenuidad!, pero primero fue la Compañía quien le ató, después fue la política.

Yo era aún muy pequeña cuando mi madre murió. Para el resto de la familia, su marcha fue la mejor solución, justo pago a su vida; desde entonces un sentimiento de fragilidad se instaló en el alma como compañero de viaje. También tu abuelo me dejó pronto, apenas nacía tu madre a la vida.

Aunque las preguntas se amontonaban con fluidez en mi mente, el corazón me impedía formularlas. No era precisamente una historia de desamor, sino como la rosa que, cortada, se queda olvidada junto al tronco del rosal y, en su proximidad, otras se abren al ser tocadas por el mismo sol que a ella agosta.

Es posible que el encuentro con aquel borrador de cartas, el empeño de la abuela por leérmelas... no fuera sólo fruto de la casualidad, sino acto del destino, un destino heredado, compartido por generaciones, pues aún conservaba fresco el sentimiento de fragilidad que la marcha de Alba me había dejado. No quiso que volviéramos a intentarlo y dejó escapar diez años de vida en un apretón de manos con sabor a sudor frío.

La voz de la abuela reanudando la lectura me arrebató los pensamientos:

Granada, 27 ó 28 Jun. 1912

Amadísimo en Cristo R.P. Provincial: por esta vez sí que siento en verdad ansias vivas por escribir a V.R. Es que se me han acumulado cosillas muy pesadas y que me han oprimido no poco. Y, al tener que comenzar, se me acuerda lo que alguna vez vi, que los superiores vienen a constituirse como en sumidero de lágrimas de sus subditos. Perdone, Padre, que hoy le envíe las mías, y vaya ésta como de cuenta de conciencia, pues aquí estamos de visita. Yo entiendo que el señor me ha enviado a esta casa, donde me tenía preparado purgatorio, para que expiara parte de la pena que tengo merecida por mis pecados. Al menos yo así lo he tomado, y si sé aprovecharme creo que no será poco el fruto. Voy a exponerle en dos palabras lo que ha pasado y pasa sobre la correspondencia. No sólo por conjecturas, sino con claros indicios y muestras probadas, he llegado a entender para gran tormento mío, que debe ser muy poca o ninguna la confianza que doy a los superiores en lo de las cartas, de éstas van perdidas entre mi familia y yo seis o siete; por acortar, no sé cuantas a hermanos y amigos, así cuenta mi registro.

No es menester decir a V.R. la pena que he sentido por todo esto, y no tanto por la causa en sí, sino por el modo y manera de ello. Porque entiendo que se interrumpía así la correspondencia con la casa. No he cesado de pedir, primero al P. Ministro y después al P. Rector, me indiquen clara y francamente en cuanto crean oportuno sobre el particular, y por toda contestación dicenme que no hay nada. Y como para facilitar esto indicase yo mismo que sin duda se me debía escapar alguna cosilla o frase inconveniente, el P. Rector y el P. Ministro, han llegado a decir que en verdad alguna vez han encontrado alguna cosilla menos oportuna.

Padre, le decía yo al P. Ministro, de veras deseó que en cuanto encuentren algo me diga: esto no me gusta, no está del todo bien, que eso me bastaría para que rasgándolo todo al momento haga otro conforme a su parecer. Con esto me contestaba: "escriba con más circunspección". Pero, Padre, le digo, no siempre sabe uno si va bien o mal dicho: avísemelo, haga la caridad. Contesta: "años tiene para discernirlo". De lo que entendí que a su parecer ponía yo con cierta malicia las cosas. Gracias a la intervención del P. Adrover, mi familia ha sabido de mí y gr. a Dios están tranquilos. En otra ocasión díjome el P. Ministro en cierto tono de confianza que si no recibía alguna carta esperada se lo comunicase. Le contesté: Padre, nunca pensé pedir razón, ni mucho menos; que al fin y al cabo están muy en su obligación los superiores de mirar por nuestra Compañía y provecho de los súbditos. Pero no hago más que significar el sentimiento que V.R. reconocerá fundado, y no puedo menos de sentir por ello. Como ve, Padre, la cosa es dura y he llegado a mandar correspondencia por otros medios, aun a sabiendas que es una imprudencia por parte mía. Además que no son sólo las de casa las interrumpidas, otras varias no han llegado y algunas de cierto interés.

Mas todo esto no va sólo, también hay otras cosas que más siento, las cuales debilitan mi espíritu. Dado el malestar en que desde cuaresma acá me encuentro en el estómago, indiqué al P. Ministro que, si le parecía bien que alguna vez que hubiese dejado tomar en refectorio el sustento por inconveniente, tomara en vez de la manzanilla un poco de leche. Esto me contesta: "no es cosa mía, sino del Prefecto de la salud, si bien no tengo inconveniente". Lo cual me admiró un poquillo, puesto que el hermano enfermero no me puede dar una gota de agua sin su expreso con-

sentimiento. Vuelvo pues al P. Ministro y él me contesta: "Perfectamente, avistaré con el hermano enfermero no sea que no tenga leche dispuesta". Así se lo comunicó al hermano enfermero quien le dijo: "siempre tengo leche". Pasados unos días, al ir a tomar la manzanilla, le indico al hermano que tomaría un poco de leche, ya se lo dije con cierto reparo, parecía que presagiaba lo que sucedería después; me contesta: "tendrá que volver al P. Ministro, porque todavía no se ha arreglado la cosa". Está bien, hermano, dije, por mi parte ya la tengo bien arreglada, de modo que no me resta nada por hacer. Déjelo en paz. Desde entonces no he abierto mi boca sobre el particular. No es necesario, Padre, explique lo que tengo entendido, que hubo temores de que dejara la comida por la leche, algo que no pasó por mí y V.R. sabrá muy bien entenderlo. No pude contener la risa cuando me lo comentó el P. Ministro, por lo gracioso del caso, así que le dije que no tanto sentía la cosa en sí y me interrumpió con bastante sentimiento: "Sí, ya entiendo, por la manera y modo de acoger las sugerencias de sus superiores."

No se me oculta que para este proceder deben haber existido motivos justísimos, con todo, no puedo evitar comparar este proceder con el que se observa en un colegio de extraños. Por lo que he entendido, se tiene de mí la opinión de que en Colegio me acostumbré a muchas medicinas y, como se me ha dicho, "de seguir así vendría a ser uno de esos que convierten su aposento en un botiquín". Contra todo esto no valen mis protestas. Además, juzgándome de mucha imaginación –es verdad que no tengo poca–, todo, todo, se atribuye a ella. Si estoy mal es porque me lo creo, y si me duele la cabeza, si arrojo, si me vienen mareos, en fin cualquier cosa que me sobrevenga, reconocen por causa principal la imaginación. A todo lo cual no sólo no se

cree conveniente darme nada, sino que hasta un sencillo laxante requiere muchas visitas al hermano enfermero, no menos al P. Ministro y al P. Rector. En una ocasión necesité de bicarbonato que el hermano enfermero no pudo darme por no tener permiso del P. Ministro, pasé el día de uno a otro pidiendo dicho consuelo sin conseguirlo. Al día siguiente se lo conté al P. Ministro y me dijo: "¿pero pasó, verdad?". Me quedé frío. Sí, padre, le dije y así espero que pasen otras. De modo que no me resta que pasarme a solas los achaques que como es natural van en aumento y callarlos en mi interior para no oír lo consabido de la imaginación, o lo que es más penoso: "ya pasará".

Del P. Socio recibí prohibición expresa de escribir versos o cualquier cosa que me distrajera de los estudios. También se me acusa de temerario y poco culto por traducir al valenciano lo que en bello castellano estaba escrito. Por eso ahora, R. Padre, yo que tanto he amado mi estado, añoro otros donde la libertad no sea recompensa del servilismo, sino como fruto de ternura, como lo viví en mis años de Veruela, dentro de la Compañía, que así siempre quise morir; y, aunque no hay en mi corazón rebeldía, tampoco ánimo para consentir esta situación por mucho más tiempo, y pido al Señor luz para encontrar camino y, ¡cuánto desearía consolidar el ya iniciado por mi sentimiento!

Pero, amadísimo Padre Provincial, aunque he hecho cuenta de que se la doy de conciencia como en visita, también me hago cargo de lo enfadoso y pesado de estas líneas interminables, de las que he dejado muchas en el borrador. Así que cada día me veo con menos fuerzas y bien lo echan a ver los hermanos.

Vuestro ínfimo en Cristo.

A pesar de que el estilo de las cartas seguía pareciéndome blando y excesivamente formal, empezaba a admirar el valor del remitente, la firmeza de sus creencias, su lucha por encontrar cauces por donde el río pueda llegar a la mar y el sentimiento completar al hombre que todos llevamos dentro. Y aunque la abuela se me enfadase, ratificaba mi imagen de iglesia jerarquizada, capaz de ahogar todo vestigio de vida, tan distante, tal vez por los siglos, de ser medio de encuentro con el Padre donde los anhelos y las limitaciones humanas encuentran respuesta. Cada vez que salía el tema, ella insistía en mi frialdad y distanciamiento, afirmando que sólo en cercanía se llega a conocer y a amar. A veces llegué a pensar en la fuerza de sus razones y, sobre todo, por la insistencia en las mismas. Pero yo no me sentía ni tan frío ni tan distante y algo de vacío me inundaba, quizás, por no haber sido capaz de ubicar adecuadamente ese espacio de encuentro cada día más necesario para seguir viviendo. Por ello admiraba aquellas cartas llenas de intentos de búsqueda y me sorprendía con la casualidad del descubrimiento.

Como si leyera mi pensamiento, la abuela me dijo:

– Poca paciencia para la escucha. Siempre has sido igual. Escucha y ten paciencia. Las razones se hilarán por sí mismas, aunque a veces sólo en la palabra del poeta, en esa intimidad a la que tú con tanta insistencia acudes, la luz aparece como un sendero y todo, absolutamente todo, adquiere nuevas tonalidades.

Más que nunca deseé que sus palabras fueran ciertas, pero seguí sintiendo lástima por el autor de las cartas.

Granada, 29 de Jun. 1912

*Lorda Ribes
Gandía*

*Mi buena Lorda: ¡Ya era hora! me dije al ver su firma.
¿Por qué atribuía el silencio a los ojos, cuando por Veray
supe el restablecimiento de los mismos? Este es el motivo
de aquella puntadica en la carta que mandé a Porres, el
cual ciertamente podría ser menos escaso o menys agarrat.*

*Por fin he decidido escribir al R.P. Provincial y mani-
festarle mis penas y, algo de libertad he ganado con ello.
Pero dejemos los lloros que no dicen bien en tanta fiesta. Su
carta, como no podría ser menos, me consoló sobradamen-
te, y me hizo aspirar las siempre deliciosas auras que tam-
bién para mí soplaron en día de imborrable memoria.
¿Pero que podría decir que sea digno de tal día? Que ese
día introdujo su vida en la bodega de mis cariños y, como
no sé decirlo de otra manera y que a modo de coplas po-
pulares fueron escritas, permítame usar del más divino de
los místicos poetas, aunque la analogía en mí sea ínfima,
desmerecida:*

*En la interior bodega
de mi amado bebí, y cuando salía
por toda aquesta vega,
.....
ni ya tengo otro oficio,
que ya sólo en amar es mi ejercicio.*

*Pues ya si en el exido
de oy más no fuere vista ni hallada,
diréis que me he perdido;
que, andando enamorada,
me hice perdidiza, y fui ganada.*

¡Cuán dichosa es la persona que en verdad puede decir estas cosas! Porque, ciertamente, como dice el verso "Sólo en amar al amado es ya todo su ejercicio", y cuando vea las estrellas, el mar, los ríos, los montes... no verá sino al amado.

Estos días le encomiendo mucho al Señor y a la Santísima Virgen y les doy gracias por el beneficio que me hacen con el cariño de usted, también les pido que me hagan ver el camino y, una vez visto, —el que Dios dispuesto tenga— sepa yo cogerle sin dañar corazón alguno.

Como usted tendrá sobradas ocasiones de ver al P. Casademont, me atrevo darle un encarguito. Pregúntele que si me manda la fotografía que me hizo él cuando yo era seglar, que escriba una máxima en ella y me la envíe por cualquier medio. Que sería esto para mí de mucho consuelo, y que, aunque no lo merezco, se mueva al menos a ello por caridad.

Recuerdos a Abella, Carbonell... Como no sé cuándo recibiré noticias suyas ni por qué conducto me las hará llegar, no se olvide entre tanto de este amigo.

Vuestro siempre.

La abuela alargó las palabras en la lectura de los versos, como se alarga la noche dolorida esperando el despuntar del alba.

De una u otra forma la historia parecía repetirse, en su padre, en ella, en mi madre, en mí. Me encontré de nuevo con la imagen de aquella rosa que quedó olvidada junto al rosal, ya marchita.

El brillo de sus ojos, la nostalgia allí albergada, me era tan familiar como el olor de mi propia piel. Lo había visto en tantas ocasiones, que no pude por menos que pensar en el ritmo con que Cronos marca cada uno de los ciclos por donde se gasta el tiempo y también las vidas.

Granada, 20 Jul. 1912

Queridísimo hermano: dos letras nada más, pues quiere el Señor que de nuevo nos comuniquemos por palabra. Te habrás enterado de casa, como me lo indicaban, del fallecimiento de Adela, esposa del señor Prat ¡Qué golpe tan crudo! Todavía no he podido escribirle, pero le voy a enviar una tarjeta. Pues bien, querido Arturo, d.m., el martes, a las once llegaré a Orihuela. Germà, no puedo por menos de decirte que fueron tus palabras las de mayor consuelo a tanta inquietud. Tu juicio sobre Luisa Ribes, entiendo acertado y tu ánimo en mi decisión definitivo. ¡Cómo deseo encontrar en madre la comprensión hallada en ti! Siento cómo algo se desgarra por dentro, no en el estómago, a lo que ya estoy acostumbrado, sino en las entrañas, y me digo que serán efectos de tal decisión y que sanarán, pero ahora es dolor aún a sabiendas que todo lo puse en manos de Dios.

Por ahora nada más, pues quiero llegue ésta con tiempo y espero vernos pronto en tu casa.

Tu bien hermano que te abraza.

– Otra nada más –me dijo–, y continuó leyendo:

Orihuela, 14 Agost. 1912

Estimada amiga: No por ceremonia, de todo corazón doy infinitas gracias a Dios por el favor que me ha dispensado con hacer que al fin, aunque haya tenido que vencerse, me enviase lo que tanto tiempo ha le pedía y usted me negaba. ¡Gracias a Dios! Es imposible pretender explicarle el gozo que me ha proporcionado con su preciosa carta, es la que más estimo de cuántas suyas he recibido. ¿Para qué he de decirle que la he leído muchas veces, si así lo tendría por cierto su corazón cuando me la enviaba?

¡Gracias a Dios, pues, que se han abierto las puertas de su franqueza en este particular descubriendo en parte su corazón!

Esa hermosa declaración que me hace, debió hacerla antes. Eso mismo es lo que le insinuaba yo desde Granada y usted no comprendió o no quiso comprender. Sin duda que no se hubiera prolongado tanto este estado de cosas, y por cierto barrunto que de no haber roto yo el fuego inquietando sobre el particular, se hubiera callado hasta que pasada ya la oportunidad y dificultada toda posibilidad, hubiera sido dejado inevitablemente un porvenir sombrío y sin consuelo para mí.

Ahora todo ya es pasado y Gandía el futuro, donde pronto, muy pronto, he de encontrarle.

Por siempre vuestro.

Aunque quedaban más cartas en el cuadernillo que no había sido leídas, la abuela lo cerró dejándolo con cuidado sobre su regazo. Respiró profundamente, no con su ritmo habitual, sino como quien desea darse un respiro para continuar después. A mí me dolían las corvas de las rodillas, supongo que por la posición en la que había permanecido tanto tiempo. Ella creyó que me marchaba y me retuvo agarrándome de la mano.

— ¿Son hermosas, verdad?, me preguntó.

— Claro, abuela, le respondí. Debió de ser un buen hombre.

Se levantó y fue hasta la estantería donde cogió los otros cuadernos. Los cuatro tenían el mismo formato, el mismo estado de conservación.

— Es todo lo que tuve y tengo de él. Bastantes años después supo que tras una corta estancia en Gandía vino aquí, para terminar sus estudios de profesor mercantil. Su hermano Poco le pagó la cuota del reclutamiento militar obligatorio, pero ello no le impidió mezclar la poesía con la política y protestar por aquello de lo que él había sido librado. Un mes antes de su boda cayó tirado en la plaza de la Cebada, en una de aquellas protestas. Fui una de esas niñas no deseadas, salvo para mi madre, creo.

— Me prometes que te los leerás y los guardarás?

Esbocé una sonrisa asintiendo a sus deseos. Se había hecho demasiado tarde y me quedé a dormir con la abuela. Antes de dormirme escuché el canto del mirlo y me consoló saber que el tiempo se iba a estabilizar.

Por cierto, ella nunca dejó la casa, el apartamento que compró, terminé ocupándolo yo. De vez en cuando, al pasar por delante, entro en la iglesia de San Antonio, podría decirse que tengo un espacio reservado en el fondo del crucero.





Institución Gran Duque de Alba



Institución Gran Duque de Alba

LA TARDE

Descubrí el atardecer de golpe.

Dimos un paseo entre libros viejos con olor a moho mientras la tarde era cada vez más lluviosa.

En la feria nos encontramos con el educador que tuve en mi último curso del colegio. Nos presentó a su mujer y a sus dos hijas. Me recordaba perfectamente y habían pasado, al menos, veinticinco años. Me alegró encontrarle después de tanto tiempo, incluso, nos ofreció castañas asadas que llevaba en un cucurcho hecho de papel de periódico. Las aceptamos. Hacía frío y el calor de las castañas se agradeció en las manos. Tal vez sea por eso, por lo que en esta época del año, las esquinas parecen custodiadas por el humo.

Santiago volvió a clavarme uno de sus puñales al decirme que mi antiguo educador parecía más joven que yo. Aunque acompañó sus palabras con una sonrisa y un golpe en el hombro, me di cuenta entonces de todo lo que nos separaba: él apenas si había cruzado el umbral de los veinte, yo ya había superado el meridiano de la vida.

Subimos la calle estrecha sobre los brillos de las luces reflejadas en el agua que cubría los adoquines.

Ninguno de los dos había logrado hacer nada de provecho aquella tarde. A mí me faltaba el aire, a Santiago, mi asfixia le fue motivo suficiente para compartir un paseo gris, en tarde del alma también gris.

Aunque mi corazón añoraba otra presencia, la suya me llenaba de paz recordando aquellos versos que le escribí al poco de nacer:
Llegaste como aire fresco/ sin avisar...

Fui yo quien eligió el bar de la Regenta y a él no le pareció mal. Esta vez se le escapó la ocasión de clavar otro puñal, porque el ambiente que se respiraba era decadente y sus pinturas, sencillamente horriboras. A pesar de ello, las velas adormecían los objetos en nostalgia. La cara de Santiago adoptó un cierto aire misterioso y, hasta las camareras, ponían al descubierto sus turgencias generosas bajo la trémula luz cálida.

Santiago sonreía. Le pedí ayuda para continuar el relato y mirándome fijamente me contestó: *rápido, que anocchece*. En su intención, la respuesta estaba cargada de ironía. En mí, era destino.

Levanté los ojos del papel azul donde escribía y la vi. Santiago, de espaldas a ella, no descubrió su presencia. Estaba frente a mí, de pie, con ese mirar de suficiencia con el que tantas veces me había roto los nervios, quizás algo demacrada, pero atractiva, capaz aún de despertar mi pasión.

Pareció no verme en la primera mirada que desplegó sobre el bar. Y, sin embargo, nunca dejé de contemplarla. Llevaba el mismo vestido que en nuestra última cita. No había cumplido su promesa, pero no me importaba en estos momentos. Si cabe, ahora le sentaba mejor: las caderas algo más anchas permitían perfilar una silueta ondulada que, terminaba en los labios de color malva, gruesos, sensuales, marcados por las comisuras de donde brotaba la vida. Un torrente bajando de las montañas sin cauce, libre, para dormir en sus pechos, insinuadas dunas, y reemprender camino después hasta las entrañas.

La conocí también una tarde lluviosa. El agua, animada por el viento, golpeaba con rabia los cristales de la ventana de mi despacho

en la universidad. La puerta estaba abierta y yo, sentado en la mesa, terminaba de preparar unos temas para la clase siguiente. Como una silenciosa aparición se situó frente a mí y me llamó por mi nombre. Era una estudiante extranjera, italiana, de uno de esos programas de intercambio. Quería que le asesorara sobre un tema de filosofía de la naturaleza del que yo no conocía más que ella. Le dije que se había equivocado de departamento, que éste era de estética o a lo sumo, de filosofía del arte. Pareció muy sorprendida. Fue entonces cuando me fijé en sus ojos, pequeños y rasgados. Le indiqué el lugar y el nombre del profesor a quien debía de dirigirse para ese tema y la acompañé hasta la puerta. Días después volví a verla. Estaba en uno de los cursos que yo impartía a postgraduados. Desde que me di cuenta de su presencia en el aula, seguí cada uno de sus movimientos sin llegar a descubrir si estaba extasiada, o no entendía nada de lo que yo explicaba. Recuerdo que era un curso monográfico sobre Kandinsky, "Du Spirituel dans L'art, et dans la peinture en particulier", uno de los estudios más significativos para comprender su obra. Al salir me crucé con ella, creí que me esperaba, pero no fue así. El curso era semanal y cuando entré en el aula a la semana siguiente, los ojos se me escaparon en su busca inútilmente. No había venido. Tuve la seguridad de que llegué a aburrirla con la primera clase, algo de decepción albergó en mi ánimo su ausencia. Durante aquella semana, un sentimiento de inquietud, de ansiedad, llenaba cada una de las cosas que hacía. Me sentía atraído, casi con fuerza pueril, por aquella muchacha espigada y de cuerpo huesudo a la que había visto sólo en dos ocasiones.

No recuerdo bien si fueron dos o tres días después, cuando llamó a la puerta de mi despacho. El verla me alegró y trajo de nuevo el mismo sentimiento de ansiedad que creí vencido. Se disculpó por no haber asistido a clase y me habló del pensamiento de Kandinsky sobre la obra de arte durante cerca de dos horas. Se había pasado la semana estudiándolo, leyó todo lo que encontró sobre él. Me sorprendía la madurez de sus reflexiones, me atraía el tono bailarín con el que envolvía el español y despertó viejos sentimientos. Durante aquella conversa-

ción o casi monólogo, fui consciente de que estaba siendo poco reflexivo e intenté, en distintas ocasiones, introducir elementos de crítica y racionalidad. Pero quedaban rotos al momento de pronunciarlos, porque más que escuchar, la imaginación jugaba con mis pensamientos hundiéndome en confusiones. ¡Me era tan extraño a mí mismo, que me costaba reconocerme! Y no pude por menos que recordar mis primeros encuentros con Ana, la inquietud que generó hasta hacerme perder todo punto de referencia con la realidad. Estaba frente a mí y no dejé de mirarla y de repetirme continuamente: cuando menos la dobló en edad. ¡Era todo tan absurdo! Y, sin embargo, la ansiedad es con frecuencia el umbral de la pasión. Salimos de la universidad y tomamos un café en uno de esos bares plagado de estudiantes que justifican su conciencia leyendo apuntes sobre mesas de mármol fríos. Nos despedimos.

Cuando Santiago llegó a casa, yo había preparado algo de cena y hacía tiempo viendo un programa en la televisión. Creo que era uno de esos concursos tan frecuentes en las programaciones de todas las cadenas. No suelo ver la televisión y menos a esas horas de la noche, por lo que a Santiago le extrañó verme allí sentado.

- ¡Qué pasa!, ¿es que sólo tú puedes ver la televisión? La cena está preparada, pero tendrás que calentarla.
- ¿Has cenado tú? —preguntó con asombro Santiago.
- No. ¿No ves que te estoy esperando?

Santiago calentó la comida y cenamos en la cocina. El comedor apenas lo usábamos con algún invitado y poco más. Santiago no dejaba de mirarme con ciertos gestos de extrañeza. Tenía una inmunda barba de semana.

- Podías afeitarte de vez en cuando, ¡digo yo!
- ¡Y eso a qué viene ahora?
- Pues a que tienes una cara que da pena. No te das cuenta de que la barba te marca mucho los pómulos y te hace una cara de hambre que no puedes con ella.

Santiago se echó a reír y terminó de desconcertarme.

- No me molesta que te rías, pero no sé a qué viene ahora.
- ¿A qué va a venir? A que siempre haces lo mismo. Siempre que te sientes acorralado, inicias un ataque.
- ¿Por qué voy a estar acorralado? Si hasta te he preparado la cena.
- Por eso. ¡Cuándo preparas tú la cena?, ¡nunca! ¡Cuándo ves tú la televisión, por lo menos a estas horas?, ¡nunca! Y porque no te ves la cara.
- ¿Qué tiene mi cara?
- Pues no sé, hombre. Es algo así como una expresión tontolicona.
- Ahora tú estás haciendo lo mismo. Me dices lo de la cara, porque te digo que cuando te afeitas, se te queda como el culo de un niño, ¿no es eso?
- ¡Que no, hombre, que no!, que tienes cara de baba.

No pude por menos de mezclar mi risa con la suya. ¿Se me notaría tanto? Y me preguntaba: ¿qué era lo que se me tenía que notar? Porque la verdad es que yo no sabía muy bien qué me estaba sucediendo. Aquella noche, estando en el baño me miré la cara, no noté nada extraño, también me miré en el espejo que hay en mi habitación y seguí sin notar nada, bueno sí, que tenía un aspecto interesante con la barba medio blanca y el cabello por zonas cano. Me costó coger el sueño.

Paola no volvió a asistir a mi curso ni tampoco volvimos a hablar más de Kandinsky. Procurábamos vernos lejos del ámbito universitario, donde la posibilidad de encontrarme con gente conocida fuera escasa. No porque tuviera nada que ocultar, era de sobra conocido mi estado de divorciado, se había ocupado de divulgarlo con celo mi ex-mujer con el solo objeto de aparecer como víctima de un hombre absurdo y excéntrico como yo. Lo de excéntrico no llegó nunca a comprenderlo, porque creo que soy más simple que los garbanzos. Me

importaba que nos vieran juntos por si la confundían con mi hija. Sí, eso me daba miedo. Sólo pensarlo ya me ponía nervioso, seguramente porque me veía como un seductor de menores que corría sin sentido detrás de aquella muchacha. Pero me sentía tan atraído por ella, que me arrastraba la vida y, entonces, buscaba razones con las que justificar mi conciencia. ¿Qué importancia tiene la diferencia de edad? Soy de la opinión de que en cada vida puede haber dos o tres renacimientos: en la juventud, en la madurez y en la vejez, se puede replantear todo y encontrar un nuevo sentido, como aquello de volver a empezar. Ya sé que lo normal es encontrar a alguna de tu misma edad, de tu mismo ambiente, ¡qué sé yo!, ¡lo normal! Pero no lo había buscado y... ella era tan bonita. Siempre que quedábamos, me pasaba la tarde mirando el reloj, incapaz de hacer nada, esperando a que llegue la hora y, cuando estoba con ella, corría el tiempo como un potro desbocado. Cualquier lugar o momento era bueno para estrechar nuestros cuerpos y sentir el calor de su aliento, la fuerza de su pasión que me llevaba a recorrer cada pliegue de su piel tan tersa y dulce. Pero estaba Santiago, siempre estaba él. Algo de angustia me llegaba por el sólo deseo de saber qué pensaría de esta relación. Llegué al convencimiento de que su opinión era la única que tenía peso en mi vida. Ahora me parecía que estaba pasando una buena época, se le notaba, tenía la seguridad de que estaba saliendo con alguna chica y también tuve la seguridad de que eso mismo pensaba él de mí, se me notaba. Creí que tal vez era un buen momento para contárselo, al fin y al cabo, si los dos estábamos viviendo una situación similar, lo comprendería mejor. Lo cierto era que yo no buscaba otra cosa que su beneplácito. No quería imaginarme que pudiera ser de otra forma, porque aunque sabía que no nos quedaban muchos años de vivir juntos, mi mayor deseo era prolongarlos eternamente, a pesar de nuestro carácter distinto que nos llevaba a discusión casi diaria.

- Come, que se te va a quedar frío. Llevas unos días que tienes poco apetito, ni un solo saqueo a la nevera, ni siquiera al melón.
- Es porque no salgo a correr, es cuando me entra hambre.

- ¡Ya!
- No sé porque dices "ya" con ese tono. Tú tampoco haces las mismas cosas que antes, que no creas que estoy tan tonto. Pasaste de la cara de baba a la de felicidad, hasta con nimbo en la cabeza.
- ¡Sí señor! Eso ha sido un buen golpe.
- Sólo espero que no estés saliendo con tu colega, la de metafísica, porque la llevamos clara.
- Y tú con alguna tontaina de pelo amarillo, porque de eso se trata, ¿no? —Respiré profundamente—. ¡Vaya dos!, tenemos que empezar con puyazos para conseguir hablar de forma adulta.
- ¿Por qué no has empezado tú? Lo tuyo viene de más lejos.
- La edad le da a uno un cierto sentido de la oportunidad, cosa que no te sucede a ti, que siempre se te ocurre conocer a la chica de tu vida en plenos exámenes finales, por eso digo que debe ser rasgo de la edad, que no de familia.
- Habíamos dicho que sin puyas.
- Tienes razón. He conocido a una persona a la que creo que quiero. No se trata de escarceos con colegas, como pensabas, sino de una chica bastante más joven que yo. Estoy enamorado, la quiero y me estoy acostumbrando a su compañía —se me ensanchó el corazón—. Aunque no lo creas, tenía muchas ganas de decírtelo, pero no encontraba la ocasión.
- ¡Pero qué dices! —exclamó Santiago como si hablase con un compañero de clase.
- No quiero que pienses que las cosas van a cambiar entre nosotros, por nada lo consentiría.
- ¡Para ya!, si yo me enamoro, ¿por qué no puedes enamorarte tú? A mí me da igual que sea joven o vieja, eres tú quien tiene que saber si aguantas el ritmo o no, ¿no lo crees? Tan viejete no eres, hace unos días leí en una revista que una pareja se había casado con ochenta y dos uno y ochenta y tres la otra.
- Eres un... —Salía con facilidad de las situaciones incómodas y, en esta ocasión, me hizo un gran favor, porque estaba dispuesto a decir todas lasñoñerías del mundo sobre Paola y sobre él.

Ahora ya no me importaba tanto que nos vieran juntos. La actitud de Santiago me había quitado una losa de encima. Incluso invitó a Paola para que me acompañara a una cena homenaje por la jubilación de un compañero de facultad. Podía ser una buena manera de presentársela a todos juntos y evitar así los chascarrillos que dirían de mí cuando se fueran enterando, pero Paola no aceptó. Después de la cena, alguien dijo que por qué no íbamos a tomar unas copas a los lugares de "movida universitaria". Las listas de calificaciones no habían salido aún y, por lo tanto, gozábamos de un efímero blindaje. A mí me pareció una buena idea. Al segundo bar que visitamos, ya no me parecía tan buena la idea de estar en aquella zona. Las luces, empujón viene y empujón va, la música con el pumba, pumba, pumba... todo me hizo despedirme precipitadamente de mis compañeros. La Gran Vía tenía más vitalidad a las tres de la madrugada, que la que había tenido, seguramente, durante todo el día. Caminé despacio, observando a aquellas tribus, porque me parecían eso, tribus que se agolpaban cada una a la puerta de su reserva exhalando humos y músicas propias. Fue a través de una de esas puertas abiertas donde la vi. Sentí cómo el mundo se terminaba en aquel quicio, me sentí tragado, engullido de dolor. Era ella y estaba con Santiago. Se me heló el aliento de seguirles por las calles, por los bares, escondiéndome entre la gente, hasta perder la noción del tiempo.

Fui incapaz de aguantar dos minutos sentado hasta la tarde del día siguiente, hasta la hora en la que habíamos quedado. Caminé de un lugar a otro de la casa sin parar comido por la rabia. No había sido más que un juguete, un estúpido iluso que compite con su hijo. A Santiago le sentí llegar rozando el alba y apagué la luz para que no supiese que estaba levantado, tal vez le odié doliéndome el alma. Me marché antes de que se levantara.

Paola estaba bellísima. La llevé a un café que no frecuentábamos, no deseaba que nada me recordase otros instantes. Al principio adoptó la misma expresión de cara que tuvo la primera vez que nos vimos, en

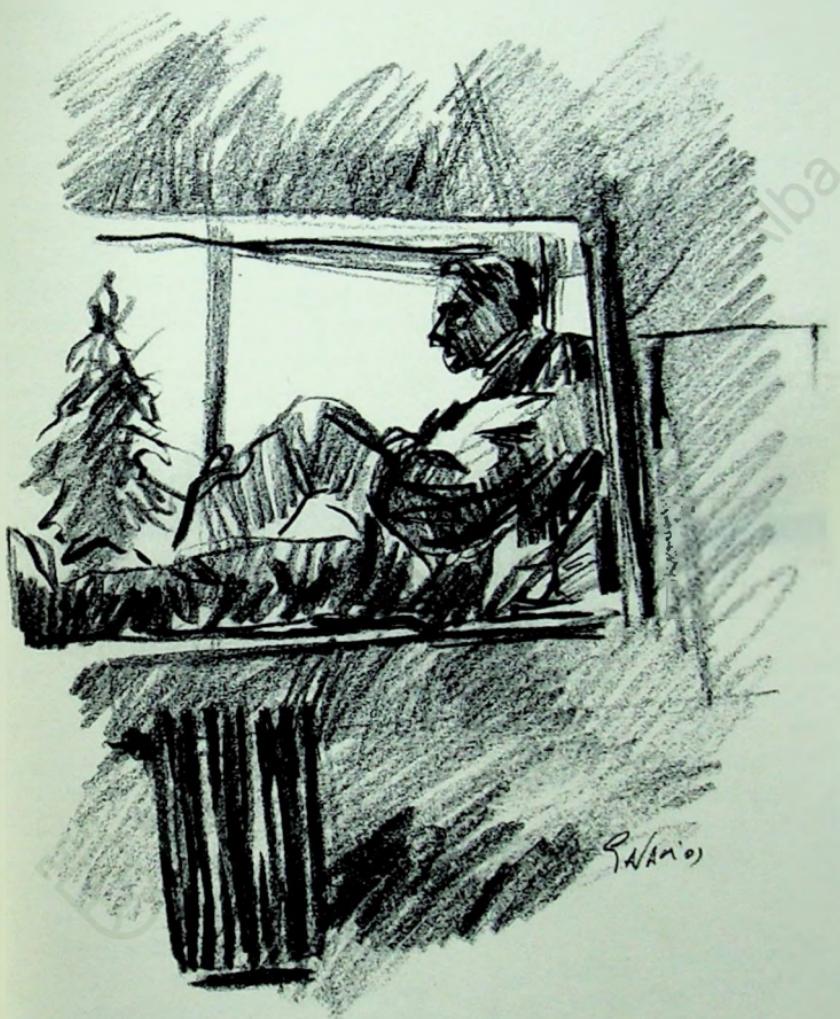
mi despacho, cuando le dije que se había confundido de departamento. Era como si no quisiera entender lo que le estaba diciendo. Me aseguró que no sabía que Santiago era mi hijo, y que su relación con él no había pasado de ser un juego. No tuve fuerzas para recriminarle nada. Durante toda la noche y todo el día había estado acumulando palabras y, ahora que la tenía delante, sólo podía preguntarle por qué lo había hecho. Nos despedimos allí, en aquel café sin nombre, pleno de vacío.

Se me clavó en el alma su voz entre tantas, clara, diferente, añorada hoy entre el gris de la tarde fría y la mortecina luz de las velas. Aparté la mirada tanto tiempo hundida de aquel rincón y soñé la suavidad de sus manos en mi espalda, en mi nuca, la tez pálida, su mirada tibia. Volví los ojos al rincón y se había marchado.

La vela se había consumido y el pabilo daba las últimas bocanadas. Chabela Vargas me despertó con su voz desgarrada de sentimiento: *nosotros que nos queremos tanto... tenemos que dejarlo, no me preguntes más, no es falta de cariño, te quiero con el alma...*

La soñé alejándose por aquella calle estrecha donde la luz se miraba, la misma que nosotros caminamos poco tiempo antes..

Chabela Vargas continuó regalándonos lamentos y me sentí afortunado por la amistad que acompañó la tarde.





Institución Gran Duque de Alba



LAS OPOSICIONES

Institución Gran Duque de Alba

 Institución Gran Duque de Alba

Mi relación con el interno 324-B fue, durante los primeros meses, estrictamente médica. Recuerdo que su ingreso se hizo en el momento en el que yo terminaba una guardia. Aunque estuve muy cerca de él, ni siquiera me fijé en su rostro. El jefe de servicio dio el caso al doctor Heredia. Se trataba de un estado catatónico, tal vez provocado por una depresión endógena o una crisis de angustia. A pesar de que el caso no pasó a mí hasta una semana después, en la misma habitación tenía un paciente, el interno 324-A, afectado de un trastorno psicótico agudo, con crisis frecuentes, que pasaban del grito a hacer el pino por los pasillos de la planta, con una rapidez increíble. Mis visitas diarias a la habitación me ofrecieron un conocimiento amplio sobre el joven ya antes de hacerme cargo de su caso.

Es posible que, lo que hizo que mi atención se fijara en él, fuera su juventud. No tendría más de veintiséis o veintisiete años, el cabello rubio, largo y rizado; pasaba las horas hecho un ovillo en el rincón de la habitación, con la mirada perdida en el suelo y las palmas de las manos peladas de tanto refregarlo. Su estado, casi vegetativo, permitía atenderle sin ninguna dificultad. Allá donde le dejabas se quedaba. Los únicos movimientos que como autómata realizaba eran buscar un rincón en el que colocarse en cuclillas durante horas y limpiar incansablemente el suelo con sus manos. La cabeza siempre ladeada, los músculos escalenos y el trapecio flácido, carente de estímulo, nos hicieron pensar en una posible lesión patológica.

Realizar un diagnóstico no era fácil dada la agudeza de su estado y la incapacidad de responder a estímulos externos, salvo los supues-

tos delirios o alucinaciones a los que atribuíamos su comportamiento. La esquizofrenia catatónica constituye un caso raro en la actualidad, pero todo apuntaba hacia ella. El primer tratamiento fue a base de Clorpromazina. Cambiamos la dosis en distintas ocasiones al comprobar que el neuroléptico administrado producía en el paciente somnolencia y parkinsonización con hipertonía muscular, rigidez y lentitud de movimientos. Y al fin cambiamos de fármaco: una Pipotiazina de vía intramuscular cada cuatro semanas. Aunque los síntomas negativos de la aplicación del primer fármaco desaparecieron, el estado catatónico no remitía. Tampoco tuvimos éxito con el shock de insulina. Apoyados en la esperanza de que la reacción viniera desde el propio paciente, le intentamos apoyar con tratamientos psicoterapéuticos. Pretendimos infundirle seguridad y confianza en que nadie le haría daño mediante terapias ocupacionales y recreativas. A éstas también respondió negativamente.

La cercanía de la Navidad envolvió a la ciudad con un manto gris y húmedo; también el jardín de nuestro hospital ocultaba tras ese manto el verdor del césped y hasta las ramas desnudas de los árboles. Los internos apenas podían disfrutar del aire limpio que la altitud en la que el hospital se encontraba nos proporcionaba. Este inconveniente complicaba la actividad en la planta. Tal vez por ello, las enfermeras adelantaron la decoración navideña. Recuerdo que, en aquellas Navidades, yo pensaba acudir a un congreso a Nueva York y aprovechar así mis vacaciones llevándome a mi familia pues, desde que murió la madre de mi mujer, estas fechas se habían convertido para nosotros en un tiempo de nostalgia.

Suelo ser puntual en la entrada a mi trabajo. A las ocho, salvo excepción justificada, cruzo el recibidor que da acceso a la planta. Distraído, estuve a punto de darme de narices contra él. Por primera vez durante todos aquellos meses, vi a José Francisco, ese era su nombre, fuera de algún rincón, de pie frente al árbol de luces titineantes. Después de observarle largo rato, me acerqué con cuidado y

me puse a su lado. No notó mi presencia o, si la notó, no se dio por enterado. Alargué el brazo hasta su hombro y me apoyé en su espalda. Seguía absorto. Tenía la cabeza ladeada hacia la derecha y la enderezé con la mano y al retirarla, el cuello cobró rigidez propia. Tuve una de esas sensaciones propias de un primerizo y, casi sin darme cuenta, quizá movido por la emoción pues, desde que llegó a comienzos de verano, él no había articulado ni una sola palabra o ruido, le pregunté si le gustaba el árbol. Sin realizar ningún movimiento, repitió una y otra vez: el árbol, el árbol, el árbol... Cogí su mano y la apreté con fuerza entre las mías. Incapaz de apartar sus ojos de aquellas luces, sólo tuvo una respuesta para todas las preguntas: el árbol, el árbol, el árbol...

Anulé mi reserva para el congreso. Las Navidades las vivimos bajo el signo del vacío que mi suegra dejó en mi familia, y pasé buena parte de aquellas vacaciones frente al árbol de Navidad que las enfermeras instalaron, como todos los años, en el recibidor de la planta.

Consciente de que puedo ser tildado de poco profesional por algunos compañeros y de otros riesgos, al redactar esta memoria, omitiré los datos técnicos del tratamiento seguido con el paciente 324-B. En su lugar intentaré reconstruir las causas próximas por las que José Francisco ingresó en nuestra planta afectado de una esquizofrenia catatónica. El porqué de esta decisión me es difícil de explicar.

Dos años antes de su ingreso en el hospital, José Francisco logró que sus padres le alquilaran un pequeño apartamento en la misma ciudad donde vivían. El ritmo de vida, los distintos intereses y el sentimiento siempre presente de ser un mantenido y vigilado, hacían imposible la vida juntos. A cambio, él prometió que intentaría, de nuevo, prepararse las oposiciones con las que su madre le machacaba cada mediodía, que era la hora en que amanecía para él.

El apartamento supuso un respiro, un llenar el ánimo para volver a empezar, pero la dependencia económica estaba allí, como la espada de Damocles, aunque intentó detenerla con trabajos esporádicos en bares nocturnos. Se estableció un horario férreo de estudios, algo de deporte y nada de porros, anfetas o equivalentes. Tenía un buen sentido del orden y la limpieza, ponderado siempre en las visitas periódicas que su madre hacía al apartamento.

Aprobó el primer ejercicio de las famosas oposiciones, le quedaban el psicotécnico y las entrevistas. Todo el mundo decía que lo difícil era el primer ejercicio, que una vez pasado, lo otro estaba hecho. Él, como todos en su situación, quería creérselo y, sin embargo, la incertidumbre no impidió que el aprobado se celebrase por todo lo alto, con el dinero de Ana, claro, que era la que trabajaba.

La tensión acumulada durante los casi veinte meses que duró la preparación, parecía deshacerse por minutos, pero las ideas de negatividad comenzaron a mezclarse con fases eufóricas. No lograba conciliar el sueño en fase profunda y aumentaba el cansancio. La inapetencia y la espera terminaron por desatar un estado de ansiedad que encontró salida en un insaciable deseo sexual incontrolado, que originó discusiones interminables, hasta alejar a Ana de su lado, no sin antes agotar todo lo que es posible recriminarse, después de siete años de relaciones.

El salón del apartamento, que incluía una barra tras la cual había una pequeña cocina, contaba con una ventana bastante grande. Con aquellas condiciones, la luz era inmejorable a pesar de que, frente a ella y no a demasiada distancia, se alzaba otro edificio con sus ventanas, como ojos de nadie y de todos.

Es posible que ésta fuera su primera obsesión: gente sin rostro le vigilaba para descubrir la estrategia que seguiría en las entrevistas, aún pendientes, de sus oposiciones.

Con las ventanas cerradas y las persianas bajadas, más que un lugar de estudio, la habitación parecía un antro iluminado por la concentrada luz del flexo cuyo ángulo dejaba ver un póster con la imagen de un burro y una inscripción: especie protegida. Lo que fue un regalo simpático de su hermana Luisa, se convirtió en la única referencia dialogal para José Francisco. Él, que siempre había estado rodeado de amigos, ahora se encontraba solo y a oscuras con aquel burro, esperando una carta que no terminaba de llegar. Es posible que una depresión reactiva fuera ya la causa de este repentino cambio de temperamento.

Después de pasar las esperadas entrevistas y de algunas épocas de euforia, el estado de ánimo de José Francisco pareció recobrar un cierto equilibrio emocional. Las relaciones con Ana también encontraron una justa proporción. Todo daba a indicar que pronto, muy pronto, iba a ser considerado adulto por fin, a los veintiocho años, con capacidades de mantenerse y posibilidad de casarse.

También ahora esperaba una carta o una comunicación telefónica que confirmase su alegría y llegó. Llegó justo el día de San Valentín. Salió con el fin de comprar algún regalo para Ana y, a la vuelta, como hacía todos los días, miró el correo. Allí le esperaba la comunicación. La cogió entre nervioso y emocionado y subió andando hasta el quinto, porque fue incapaz de esperar a que el ascensor bajase. Entró en el apartamento y, como el sobre parecía resistirse, optó por romperlo. Se había dejado la radio encendida y, mientras leía, la apagó. Se sentó en una silla y permaneció en silencio durante algunos minutos. Poco a poco su torso fue adquiriendo un cierto movimiento rítmico de atrás hacia delante, hasta saltar de la silla como un leopardo tras su presa:

- ¡No te jode! Dos años esperando, preparándome para este trabajo. Una, otra, más entrevistas llenas de buenas palabras y, ahora, ahora con una carta me despachan. Si es que a cualquiera que se

lo cuente pensará que bromeo o que soy gilipollas. Con una carta te despachan, despachan dos años de preparación.

Con violencia arrugó la carta entre las manos mientras iba y venía de un lado a otro de la habitación, hasta que la lanzó contra el único adorno que tenía en la pared: el póster del burro.

- ¡A la mierda el curso de ICADE, los exámenes, las oposiciones y hasta la madre que lo parió!

Después de una corta pausa de silencio, se acercó a recoger la carta. Antes, detuvo su mirada en el póster y, con sus dedos, recorrió la silueta del animal y se olvidó de la carta. Pegó la espalda a la pared y se dejó deslizar hasta quedar en cuclillas en el suelo.

- Tú si que tienes suerte —dijo en tono pausado—; Claro que tienes suerte! Estás protegido, con todos los derechos y cebada gratis.

Se le removieron las entrañas y gritó:

- ¡Le zumban los cojones!

Estaba asustado y el delirio comenzó a mostrar sus síntomas.

- No, mamá —envolvió la cabeza bajo sus brazos—, que ya te estoy oyendo. No me digas que hable bien, bastantes años he aguantado que no me dejases expresarme con libertad cuando estaba en casa. No te estoy reprochando nada, mamá, siempre has hecho lo mejor para mí; te agradezco todo, hasta las velas que ponías a Santa Rita los días previos a los exámenes.

Incapaz de alzar la vista, su voz se hizo entrecortada, la respiración dificultosa y fría:

– Pero, ya ves, no soy un triunfador como te empeñabas en hacerme ver, sobre todo, delante de tus amigas y aún más si tu cuñada, tía Elvira, se encontraba delante, ¿lo recuerdas? Claro que lo recuerdas, a ti nunca se te olvida nada. Me hacías sentir importante, y... ahora tengo envidia de este burro, especie protegida.

Las palabras se habían ido haciendo lentas, pegajosas; la respiración cada vez más acelerada, como si le faltara el aire y, a base de movimientos destartalados con los brazos, quisiera conseguirlo.

En nuestras sesiones, él repetía cada una de las palabras y los movimientos con tanto realismo, que tuve miedo a que volviera a recaer. Me sobresaltaba su agresividad hasta hacerme doler en su dolor.

Se levantó y fue hasta la pared y la golpeó repetidas veces. Parecía tener ante sí el póster del burro:

– No me jodas, ¡cojones, la madre que lo parió, hijo de puta...! Te lo digo a ti, cabrón, a ti que te llevas los esfuerzos de la Administración –levantó lentamente la cabeza, pero sin cambiar de posición–. ¡Eres un mamón y un burro!

Permaneció largo rato con el rostro pegado a la pared. Nunca interrumpí ninguna de sus crisis. Intentaba mantenerme distante y objetivo a partir de ejercicios de autocontrol. Sabía que tenía que esperar a la siguiente fase. No tardó en llegar. Los síntomas de euforia llegaron con la sonrisa. Al principio, inocente, dulce; después, firme y segura, como sus pasos y movimientos.

– Tengo casi veintiocho años, una familia que me quiere, una amiga que me desahoga, una moto, un cassette, aguento bien la noche y me pasan dinero cada mes.

Sus paradas tenían siempre el mismo centro de atención: la pared, aquel lugar donde, supuestamente, el burro le miraba con ese aire de superioridad que da el saberse protegido.

— ¿Qué creías? Tengo mucho más que tú. Tú sólo eres una especie protegida, y tu cebada no es mejor que mis hamburguesas. ¿Sabes?, la diferencia entre tú y yo, es un pequeño matiz administrativo. A ti te cuidan porque sois pocos, pero no te hagas ilusiones, pronto estaremos en la misma situación y, luego, ya verás lo que te queda a ti.

Ralentizó la marcha. Ahora, sus pasos se hicieron pausados pero decididos. Se detuvo ante mí y me miró fijamente:

— Nos darán, por lo menos, el collar de Isabel II; tendremos espacios protegidos, puede que también tengamos canales privados de TV y hasta eso de las autopistas de la comunicación, para poder cambiar la realidad a nuestro gusto —pensaba cada una de las palabras, que comenzó a acompañar con una sonrisa pícara—, elegir la compañía que queramos y, si me apuras, pedazo de burro, cambiar el destino.

Tuve la impresión de tener delante de mí a un excelente actor teatral. Me apartó la mirada y cogió una silla. Se sentó y, después de una corta pausa con su rostro y cuerpo relajados, dijo:

— Me fastidia pensar en ello, pero estoy seguro que ocurre, y siempre que temo algo, sucede —Se levantó y avanzó dos o tres pasos—. Me jode, bueno... me joderán, porque estoy seguro de que me someterán a sesiones orgiásticas sin ton ni son, venga material para el congelador, a mantenerlo fresquito —Volvió la cabeza para mirar a la pared—. No te rías, imbécil. No creas que va a ser como a ti, que te ponen aroma de sardinas en el morro: una funda y a soñar. Lo mío será mucho más agradable —se volvió a

sentar en la silla—, me pondrán delante de una pantalla y seré yo —con las manos comenzó a recorrer su cuerpo: los muslos, la zona genital, el pecho...—, yo mismo, quien elija formas —la excitación era tan grande, que cayó al suelo con la silla acoplando su cuerpo sobre ella, como si verdaderamente realizara el acto sexual con una mujer—, las posturas, quien elija la chica, quien la cree si me apetece y, aunque no me libre de la funda, elegiré el gusto. —Se detuvo para mirar a la pared—. Además, visto así, esto de la funda tiene sus ventajas: nada de contagios, nada de “espera”, nada de “así no”, de “estáte quieto” y te paras cuando tú quieras.

Se levantó, aún en plena excitación, golpeó de nuevo la pared y la encaró:

— ¿Qué? Tú, de esto, nada de nada, a ti, olor a sardinas y ¡pimba!

Se miró a los pantalones y comprobó como su excitación le había dejado un círculo húmedo a la altura de la bragueta. Bajó la mirada para evitarle una situación incómoda. Se sentía avergonzado y cubrió la mancha del pantalón con sus manos. Levantó la silla del suelo y se situó frente a mí.

— Ahora el cretino soy yo. ¿Será posible que me crea lo que digo?

También yo me sentí avergonzado y sin derecho alguno para adentrarme en la intimidad de aquel muchacho. Comenzaba a sentirme mal y, durante algunos días, abandonamos la terapia.

Cuando volvimos a iniciar las sesiones, intenté ponerle en la situación en la que nos habíamos detenido. Me seguía sorprendiendo la facilidad con la que recordaba todo, con su capacidad de entrar en la pesadilla.

Después de un corto espacio de concentración, José Francisco miró a su alrededor buscando algo, se agachó e hizo ademán de recoger un objeto. Inmediatamente pensé en la carta, la que había tirado contra el póster del burro. Lentamente comenzó a extenderla con cuidado, incluso se la puso en el pecho, con el fin de quitarla las arrugas pasando su mano una y otra vez sobre la imaginaria carta. Inició su lectura, pero se detuvo violentamente. La arrugó de nuevo y la lanzó contra la pared:

– Como si no me la supiera de memoria.

Buscó con ansiedad sobre la mesa un paquete de cigarros. En el intento, algunos de mis libros cayeron al suelo; hizo ademán de recogerlos, pero desistió. Encendió un cigarrillo y la primera calada fue profunda y pausada. Se sentó en la silla, frente a mí.

– ¡Se jodió la boda! –Dio una calada al cigarrillo y soltó el humo lentamente. ¡Se jodió la boda!, de todas las maneras no pensaba casarme. Casa-coche-piso-niños-mujer, ¡la leche!; para soñar no está mal, hacerlo es otra historia –Volvió la cabeza hacia la pared como si el burro le estuviera escuchando–. ¿No te parece, pedazo de burro? No me siento preparado, tengo aún que madurar –los síntomas de euforia no tardaron en aparecer-. Ahora va a ocurrir que, lo que hace unos minutos me parecía el fin del mundo, es una gracia que me han hecho.

Adoptó una postura más relajada, dejó de frotarse las manos contra los muslos y cruzó las piernas. Las caladas al cigarrillo parecían llegarle hasta las entrañas. Mirando al lugar donde tiró la carta.

– ¡Coño!, mira que... que pensándolo bien, me has librado de una buena.

Se levantó, cogió la carta, la extendió con cuidado, la pegó en la pared y le dio un beso efusivo y prolongado.

– Despues de todo, creo que es mejor lo que tengo, mejor que la aventura inevitable a la que me hubieras llevado si hubiera sido otra la respuesta. Esto hay que celebrarlo.

Siguió sorprendiéndome con su capacidad mímica, con su facilidad de trasladarse y recordar cada uno de los lugares de su apartamento. En esta ocasión se situó detrás de mí. Tenía ante sí un armario, posiblemente allí estaba la cocina. Abrió una puerta y cogió un objeto, al parecer, una botella. La miró y acarició.

– A ti te doblo hoy.

Abrió otra puerta y simuló coger un vaso. Apagó el cigarrillo. Llenó el vaso y se sentó cerca de la mesa. El primer trago pareció costarle, carraspeó; los siguientes fueron más agradables. Encendió otro cigarrillo.

Fue dejando caer el pecho sobre la mesa lentamente y siguió bebiendo.

– La leche jodía, y ahora, ¿qué hago yo? –Volteó la silla con claros síntomas de desequilibrio y, con el respaldo hacia adelante, se sentó frente a la pared. Se rascó la cabeza con riesgo de quemarse el pelo con el cigarro encendido–. ¡La madre que les parió a todos! ¿Ahora qué hago yo? Lo de esperar a que me declarasen especie protegida, era una broma –se balancea en la silla– y, quedarme aquí, sin más, tampoco puedo.

Su estado de embriaguez se hizo patente al levantarse de la silla. Vacilaba. Volvió a sentarse como si montase en un caballo, mirando fijamente a la pared.

– ¡Sooo..!

– A ti, ¿qué te parece?... ¿no dices nada?... pues mejor; así, calladito, es como mejor estás. ¡No te jode éste! –Se le cayó la cen-

za al suelo, quiso levantarse para recogerla, se tambaleó y decidió soplar con un movimiento de manos —. Ya está, como si no hubiera pasado nada, como a mamá le gusta.

Es posible que fuera la dureza con la que revivía cada instante, la que rompió la pretendida objetividad y obligado distanciamiento a la que nos somete la profesión. Por ello, lo más sensato hubiera sido dejar el caso en manos de otro compañero pero, como él, yo también me sentía atrapado en el sinsentido de su vida.

Siguió bebiendo una y otra vez, hasta vaciar la botella. Sus palabras se hicieron pastosas:

— ¡Habla de una puta vez! ¿Piensas que llevo dos años aguantando tu jeta en esa pared para nada? ¿No hablas..? Eres más terco que..., bueno, eso ya lo sabes tú, ¿o no? ¿Qué dices? ¿Que mire las ofertas de empleo en el periódico? Es una buena idea, buena idea... lo que no sé es como no se me ha ocurrido a mí; al fin y al cabo, algo más listo que tú seré, digo yo. Pero tienes razón, si al final resultará que terminaremos siendo buenos amigos, ya verás.

Se sonó las narices y los ojos comenzaron a brillarle con intensidad. Se levantó y fue hacia la mesa, se tambaleó. Buscó el periódico y en el empeño, tiró algunos libros y papeles; intentó recogerlos sin fortuna y decidió dejarlos. No soltaba ni cigarrillo ni vaso. Con dificultad, logró abrir el periódico. Volvió a la silla. Le fue difícil hacerse con el manejo de los tres objetos. Después de una honda calada, decidió dejar el cigarrillo y al no encontrar lugar para hacerlo, lo dejó caer con cuidado al suelo y lo apagó torpemente con el pie.

— Así está mejor, sucio, pero sin peligro de incendio —respiró hondo—. Veamos, yo leo y tú me das tu parecer: “malos tiempos para la industria automovilística sueca”, ¡que se jodan como yo!

—pasó las páginas con ansiedad—. Este otro parece más interesante —miró hacia el póster—, a ver qué te parece: “repartir el trabajo es repartir miseria”, ¡éste es un capullo! —rompió algunas páginas—. ¡Este, este sí!, escucha: “empresa de decoración y reformas precisa gerente”.

La euforia le levantó. Se arregló la ropa, se ajustó el nudo de la imaginaria corbata y se situó detrás de la mesa como si frente a él tuviera un grupo de empleados.

— ¡El dossier, déjeme el dossier, Ramírez! —tomó unos apuntes de la mesa y los revisó cuidadosamente —. Sí... sí... nada mal... —fue pasando hojas—, muy bien... un trabajo excelente, Ramírez, excelente; sólo falta que recorte usted los costes un sesenta por ciento y la obra será suya, ¡a trabajar...! Esto es eficacia en el trabajo.

Le sentí feliz. Se ajustó la ropa con delicadeza y la postura adoptada en la silla no desmereció a la de un alto ejecutivo moderno. Hasta alisó sus cabellos con la mano con poco éxito, pues su pelo rizado volvió a cubrirle parte de la cara y de los ojos que ahora brillaban de esperanza. Deseé parar eternamente aquel instante. Nos miramos y, al unísono, respiramos profundamente. Mantuve por un momento fija la mirada en mis ojos. Y de pronto, se apagaron. Los sentí perdidos, vacíos. Él reaccionó con violencia buscando entre los papeles de la mesa. Se me había escapado el instante, pensé.

— Ahora... ¿dónde están los planos del palacete? ¿A quién se le adjudicó? Ah, a ti —miró al invisible empleado. Cogió otros haciendo ademán de quitárselos al empleado—, ¡venga acá esos papeles! —Ojeó los papeles levantando de vez en cuando los ojos para mirar al empleado—. ¡Ya! Podía haberlo supuesto sin necesidad de mirarlos. Es usted un desastre, ¡no diga nada! Es mejor que no diga nada. Pero, ¿qué es esto? ¿Qué es esto?

Me asustó la agresividad de sus gritos, el cabello a jirones entre sus dedos y ese incansable movimiento de sus manos sobre muslos y brazos. Golpeó la mesa y se desató en violencia tirando y rompiendo todo lo que tuvo a su alcance. Inesperadamente, entraron dos enfermeros en la habitación; les pedí que se marcharan. Siguió gritando y golpeando hasta caer al suelo. Le faltaba el aire y respiraba con dificultad. Comenzó a llorar y, por la comisura de sus labios, descendía lentamente la saliva. El corazón me temblaba y le sentí encogido en el pecho. De rodillas en el suelo, con movimiento lento y torpe, comenzó a limpiar con sus manos la ceniza y las colillas que había tirado mientras clavaba sus ojos sobre la pared.

- ¡La culpa es tuya! Tuya era la idea y has vuelto a estropearlo todo, burro de mierda. Ahora que el trabajo era mío, lo tenía.

Jadeando, como un animal a cuatro patas, siguió limpiando el suelo, guardando las colillas en los bolsillos de la chaqueta del pijama y dejando la ceniza de las manos en su cara. Las palabras que emitía, como su postura, eran de un animal herido, entre el ruido ininteligible y el gruñido.

- Así, limpio, limpio, limpio... como a mamá le gusta, como a mamá le gusta... limpio, limpio....

Ahora que le veo alejarse del brazo de su madre cruzando el jardín lleno de colores, con el temor de volver a encontrármele a la salida de una de mis guardias, creo saber el porqué de mi comportamiento: mis dos hijos, aún en edad escolar, que algún día se harán jóvenes, jóvenes y frágiles.





Institución Gran Duque de Alba



Institución Gran Duque de Alba

D. MANUEL LÓPEZ SANTISTEBAN



Institución Gran Duque de Alba

Me urgía publicar el artículo sobre el Concordato de 1851 entre la Santa Sede y el Gobierno de Isabel II, más por razones de conveniencia personal, que por mostrar mis capacidades de investigador. Aunque nunca he dado demasiado crédito al azar, la aparición de aquellas cartas de forma tan casual, trocó mis intereses y me sumí en lecturas dispersas, sin saber con certeza dónde llevarme. No hacía mucho de mi última visita a la ciudad de Ávila y, tal vez porque ésta tiene la capacidad de envolverte en recogimiento callado, decidí abordar el estudio desde una perspectiva más literaria que histórica.

El abandono de la ciudad por parte de la nobleza para adornar la Corte, dejó la economía en manos de administradores y arrendatarios que, junto con las contribuciones reales y los impuestos, provocaron un éxodo de población a otros lugares. Las sucesivas desamortizaciones y los expolios de la francesada, convirtieron a la ciudad en un espacio lánguido, vacío y en ruinas, pobre. La lectura de los Diarios de Viaje de Dalrymple, el Barón de Bourgoing o A. Ponz, insisten en la idea de este Ávila desolada y al capricho de los avatares políticos, imagen ruinosa de otras grandezas.

En este clima, y después de más de seis años de sede vacante, fue nombrado obispo de Ávila D. Manuel López Santisteban, en diciembre de 1847. Nacido en Guadix –Granada– el 20 de junio de 1783, fue jurista docto, enfermizo de salud y combativo a cualquiera de los modelos de filosofía liberal que vapuleaban el país de norte a sur y en ultramar.

Fueron las cartas que antes he mencionado y las que posteriormente conseguí, las que me llevaron a dejar que la vida del obispo hablase, en vez de aferrarme a los diversos proyectos del aludido Concordato, que durante largos años el Gabinete Narváez y el nuncio Brunelli, enviado por el Papa Pio IX, fueron confeccionando.

De tez pálida y algo verdosa, era su figura espiada más por su languidez que por la altura; encorvado hacia delante, justo donde el tronco se prolonga en las piernas, que hacían cortos sus pasos, pero ávidos de ganar distancias. Mientras las manos, ya en hábito adquirido, entredaban continuamente sus dedos en movimientos rítmicos hasta conseguir tonalidad rojiza en zonas sobre la piel blanca, cercana a lo traslúcido.

Llegó con el atardecer, cuando el sol recorta la espadaña dejando sobre sus ojos una sombra anaranjada. El mes de abril, aunque luminoso, no llegó a romper la frialdad del viento que venía bajo. La comitiva era más bien escasa: un escribano y tres sacerdotes, de los cuales, dos se volvieron a su tierra pasados tres días. Una vez hecho el censo de los bienes que D. Manuel se encontró a su llegada a la diócesis, también partió el escribano. Quedó solo D. Armindo, recogido también de figura como el Obispo, aunque tal vez algunos años menor y de tez tostada, seco y fibroso como una raíz.. Muy parco en palabras, su fama de hombre de letras, no tardó en ser comentario común, sobre todo, entre el clero que, en principio, lo recibió con cierto recelo..

El palacio era grande y vacío de enseres, pero, desde cualquiera de sus ventanas, el valle se abría en luz coronado por montañas. Era aquel paño blanco que cubría tantas mañanas el valle lo que más temía D. Manuel y, entre otras razones, causa de la poca acogida que tuvo en él aquel nombramiento, que aceptó por las presiones del nuncio, como se lee en la primera de las cartas que encontré:

Excmo. Sr.

Manuel López Santisteban.

Excmo. E Ilmo. Sr. Arzobispo de Tesalónica, Delegado Apostólico en estos Reinos.

Excelentísimo e Ilustrísimo Señor: en cumplimiento de la respetable invitación de V.E. para que no insistiera en la primera renuncia que hice del Obispado de Ávila, al que S.M. se dignó presentarme, he dirigido al Sr. Ministro mi oficio de aceptación, y hoy las copias de poder que se me reclaman para impetrar las bulas de nuestro Santo Padre. Además de los motivos que indiqué para no aceptar, padezco mucho en los temperamentos fríos, como lo es el de Ávila; de modo que sólo cuando el termómetro de Reamur señala diez grados sobre cero, puedo dedicarme a el trabajo; y como allí tal vez no lo estará en cuatro o cinco meses al año, de aquí mi mayor temor: cúmplase la voluntad de Dios a la que todos nos debemos someter, sin que más se nos pueda pedir.

Acompaño a V. E. un ejemplar de mis méritos, con lo que se convencerá de que no son proporcionados para ser obispo: más ya lo seré y todo lo que Dios quiera. Me repito a las órdenes de V.E. como su servidor y capellán que S.M.B.

Almería y septiembre, 8 de 1847

El clima cálido de Almería le retuvo hasta el 13 de abril del año siguiente, después de que los fríos duros —pensaba— iban vencidos. Durante este tiempo —entre celebraciones y enhorabuenas a las que D. Manuel era poco proclive, sobre todo por la desgana con la que aceptaba su episcopado—, estuvo empeñado con asuntos económicos, preocupación que mantuvo hasta los últimos días de su vida. Dos urgencias de este tenor se le imponían antes de ocupar su silla: la una, con el Cabildo de la ciudad; la otra ciudad, con la Santa Sede y las bulas necesarias para ejercer su episcopado. Preocupación que dejaba al descubierto la situación en la que el clero en general se encontraba en todo el Reino. Por ello, junto con otros obispos electos, como el de Sevilla, Toledo, Burgo de Osma..., solicita ser dispensado de los gastos de la curia romana, porque no puede pagar la expedición de las bu-

las. Seguidamente escribirá al Cabildo de la catedral abulense manifestándoles su preocupación:

De López Santisteban al Venerable Presidente del cabildo abulense:

Tras lamentarse por haber caído en falta al no hacer partícipes de su consagración al Cabildo, que fue el día 19 de marzo en Guadix y que en Almería no se hace esta invitación, se disculpa por ello, y añade:

...quisiera que se ocupara en designar los gastos y propinas que deban hacerse en mi posesión personal, teniendo bien presente que la congrua de los obispos es muy reducida y tan mal pagada como es la del clero, pudiéndose calcular que será peor en adelante.

Acabo de hablar largo con el Ilmo. Sr. Arzobispo preconizado para Valencia, quien me ha dicho que oficialmente le ha escrito el Gobernador de esta Mítra que, su Cabildo, en consideración de la mezquina renta de los obispos, había determinado reducir los gastos y propinas a una tercera parte de lo que eran antes; más no le designan la cantidad. El mismo señor me ha dicho que las conversaciones que han mediado entre el cabildo de Zaragoza y su nuevo metropolitano, han terminado con la reducción de gastos a una séptima parte de lo que antes se acostumbraba. En vista pues de todo, resolverá V. S. I. lo que estime oportuno, y a ello me atemperaré...

Madrid y abril de 1848.

En respuesta, el Cabildo se compromete a pagar el refresco a la Corporación. De cuenta del obispo quedarán los habituales cien ducados al pertiguero. (Archivo de la Catedral de Ávila, leg. 33, núm. 20)

Sus primeros días, como ya le sucediera en Almería o Guadix, los dedicó al encuentro con las gentes de la ciudad, sacando una buena impresión de aquel tiempo, sobre todo del cariño que parecía había despertado entre los abulenses.

- Vuestra Ilustrísima parece no ver empeorada su salud con el clima, como tanto temía –dijo D. Armindo, mientras paseaban por el huerto a la umbría de la muralla.
- Tal vez, querido amigo, son contrarrestados con los calores con que este país me ha acogido ¿No lo creéis así? Pero demos tiempo al tiempo, veremos cómo me responde la bilis.
- No sea agorero vuestra Ilustrísima, aquí el sol brilla como en ningún otro sitio.
- También es el frío como cristal y... la miseria, D. Armindo, más abundante que los caciques, que ya no hay libertad en el Reino para la Iglesia. Te impiden moverte sin permiso gubernamental y te retienen la congrua entre impuestos y uñas. Esto nos traerá problemas, aunque no me callarán fácilmente.
- ¡Tenga templanza, vuestra Ilustrísima, o se le agravarán los males de estómago, que ahora el apetito es bueno!

Aunque la amistad era mucha, no tardó demasiado tiempo D. Manuel, en iniciar sus primeros enfrentamientos con los responsables provinciales, el ministro de Hacienda y el propio Delegado Apostólico de la Santa Sede, quien le encargó un dictamen sobre el Proyecto de ley de Dotación de Culto y Clero, al que D. Manuel responde con doce folios de observaciones prolijas pero ilustrativas:

El infrascripto Obispo de Ávila ha examinado el proyecto de la Ley para la dotación de Culto y Clero que le ha pasado el Excmo. Sr. Arzobispo de Tesalónica, Delegado Apostólico de esta corte, y con la buena fe que le caracteriza y amor a la verdad que le distingue, conciliando los intereses de la Iglesia Española con los del Estado, emitirá su dictamen con la libertad y franqueza que es debida.

Por de pronto no le parecen bien las ideas adoptadas que expresan las palabras de Culto y Clero, porque se suponen distintas cuando son tan conexas que no puede haber una sin la otra....

Se designa para dotar el culto y clero el producto de los bienes que pertenecen al mismo clero en virtud de la Ley de 3 de abril de 1845.

Se dota con la propiedad perpetua de las obras del Rezo y productos de cruzadas. El producto del Rezo fue de la Iglesia y por concesiones Pontificias cedió en beneficio a la Corona de España, si ha caducado este derecho, usará de él la Iglesia como es su propiedad...

Los expolios de los Prelados Diocesanos.—En el estado actual de las cosas, no se alcanza la idea que encierra; porque la dotación actual de los Prelados estrictamente sufraga a su subsistencia...

Los bienes inmuebles del clero secular estarán sujetos a las mismas contribuciones y cargas que los de propiedad particular, sin que la autoridad civil pueda enajenarlos, como ni tampoco los bienes muebles, sin permiso del Gobierno oído el Consejo Real. Según esto, para siempre acabó la libertad de la Iglesia para tener propiedades en la Nación Católica Española...

Los bienes inmuebles y los medios y recursos destinados al clero se administrarán por seglares. Cuando el clero ha buscado sus administradores con muchas garantías y seguridades, ha sufrido quiebras de mucha importancia, si el Gobierno ha de nombrarlos, sufrirá más.... pues es de todos conocida la administración estatal.

Todo el proyecto de ley adolece de los vicios de insuficiente, demasiado dependiente, o lo que es lo mismo, que sujeta y fiscaliza al Clero con demasia, de incierto y por ello precario y versátil. No guarda conformidad con lo que todos sabemos de promesas muy formales hechas a la Santa Sede, que no están en armonía con este proyecto.

Este es el pensamiento que tiene en su conciencia el que subscribe y que somete al examen de sus hermanos y del Excmo. Sr. Delegado Apostólico.

Madrid y marzo 30 de 1848

Manuel Obispo de Ávila.

Era por las noches, bajo las luces pálidas del carburo, cuando se le hacían más tensas las horas, y más vivas. Nunca había dormido bien, una o dos horas de un tirón y, después, a saltos hasta que el alba despuntaba. Luego de tantos años juntos, D. Armindo había adoptado el

mismo ritmo de sueño. Dormía en la habitación contigua y, en cuanto oía el menor ruido, estaba en pie o sentado junto a él en el despacho desnudo de muebles haciendo de copista, hasta que, después de un vaso de leche tibia, la cara de D. Manuel se enceraba para diluirse sobre sus brazos extendidos en la mesa. Y así dormía, junto a sus cartas.

De López Santisteban a Brunelli

Entré en esta ciudad, el 13 a las once de la mañana, y desde entonces son repetidos y grandes los testimonios de aprecios y amor de todas estas gentes, que guardan proporción con los respetables y antiguos monumentos de la santidad de muchos de sus antepasados. Ya un poco más libre he redactado el certificado del juramento que presté en la consagración, para que se archive en Roma, y la otra carta de gratitud a su Santidad porque me preconizó. Si adolecen de defecto sustancial, espero que la bondad de V.E.I. para enmendarlo, y por el mismo conducto que ahcra va se remitirá.

El Secretario de la Junta Superior de Culto y Clero me dijo que se tenía la comunicación oficial del Ministerio, para no incluir a los Obispos en las nóminas, para su honorario hasta el día de la consagración, excluyendo el tiempo que mediaba desde la preconización. Mejor que yo conoce V.E.I. que este es un nuevo golpe y atentado contra la disciplina vigente de la Iglesia, pues que el episcopado principia desde la preconización, y por ello, se da por vacante desde aquel momento el beneficio que hasta entonces se obtenía.

Ya más adelante dirigiré a V.E.I. los verdaderos y absolutamente precisos gastos que he tenido, sin haber recibido del Gobierno más que mil duros; bien que sobra a V.E.I. capacidad para hacerse cargo de todo esto, y entre tanto se está edificando aquí una casa de Comedias, para ilustrar según el siglo, a estos honrados castellanos, para cuya mayoría o casi totalidad viene muy mal este proyecto. Para dilapidar, la Hacienda pública, si dispone de recursos.

Que su V. E. I. se conserve bueno como yo lo deseo...

Desde Ávila, 24 de abril de 1848

Puntual como un reloj, el paseo matinal era tan sagrado como el tiempo de oración. Aunque en escasas ocasiones, los paseos salían del huerto del obispado hasta el Paseo del Rastro, donde el horizonte se frenaba en la Serrota para elevarse al cielo.

- Si no tengo otra salida, lo haré, D. Armindo, ¡vamos que lo haré!
- No creo que el Delegado Apostólico de su Santidad vea su decisión con buenos ojos. Piense vuestra Ilustrísima que las negociaciones para restablecer la nunciatura están próximas y un asunto así no sé si sería lo más adecuado en estos momentos.
- Y, ¿cuándo será un buen momento? ¿Tendremos que esperar a que los sacerdotes, los pocos que ya quedan en nuestra diócesis, se cansen de mendigar y abandonen el ministerio como ya sucede? No se pide nada extraño más que el Gobierno de su Majestad cumpla su compromiso con la Iglesia que, por otro lado, sólo es una parte infinitesimal de lo que nos han quitado. ¿Es tanto pedir?
- No discuto las razones de vuestra Ilustrísima, sino la oportunidad del caso.
- ¿Cómo se puede hablar de oportunidad ante hechos tan contundentes, D. Armindo? Estamos en manos de una pandilla de incompetentes, desde el Intendente hasta el Gobernador Civil, imbuidos de ideas liberales que no llegan a comprender ni siquiera ellos mismos.

A los Presidentes de Individuos de los Ayuntamientos Constitucionales, que representan a todos los fieles de esta Diócesis, que el Señor nos ha confiado para apacientarla y gobernarla.

Es nuestro deber dirigirnos a vosotros para explorar si podéis y queréis anticiparnos un prestando proporcionado a vuestros capitales y nuestra necesidad, que venga a representar un trimestre y algunos días de la congrua que la ley vigente del Culto y Clero tiene consignada a nuestra dignidad episcopal. Dicho préstamo será

reintegrable con las libranzas que la Junta o Comisión de Culto y Clero que Madrid remita a esta diócesis para llenar los meses de junio, julio y agosto del año anterior.

En el caso de no poder dar la cantidad que os hemos designado, o si podéis, no queráis franquearla por el temor fundado de que el Gobierno no libre en el tiempo dicho, sabiendo que de ordinario no se cubren tales, recordar que somos el primer Pastor, que os apacentamos y gobernamos y, por tanto, podremos exigiros vuestra lana y vuestra leche...

Si queréis realizar este préstamo, os presentaréis a nuestro Mayordomo para pagar la cuota que os hemos designado y que va anotada al final, y con el recibo que pondrá con intervención del Secretario de la Comisión de Culto y Clero para vuestro reintegro en el caso dado, lo guardaréis; y si no podéis o no queréis hacerlo, devolveréis este impresio por el conducto que va, diciendo al final: "Este Ayuntamiento no puede prestarse a dar este Anticipo", y con la firma del Presidente y Secretario servirá para instruir el expediente que ha de acreditar nuestra justificación para estos procedimientos.

Sólo os suplicamos que en todo el mes de la fecha adoptéis cualquiera de los dos extremos y vivid seguros de que en el que elijáis ocuparéis nuestro amor y caridad, con la que os damos nuestra bendición pastoral invocando al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Amen.

Dado en nuestro Palacio de Ávila a 4 de febrero de 1849. Manuel Obispo de Ávila.

La carta, como ya había anunciado D. Armindo, creó un mar de confusiones entre la opinión pública de la provincia y, aún más, cuando enterado el Jefe Político, ordenó recoger todos los ejemplares e impidió su difusión, por considerarla de ofensa pública al Gobierno de su Majestad.

Los oficios cruzados entre el Jefe Político Provincial y el Obispo llenos de acusaciones, culminaron con la exigencia de la entrega de los libros de diezmos al Intendente Provincial, petición por la que D. Manuel no estaba dispuesto a pasar. Por este motivo se concertó un encuentro entre ambos.

D. Manuel ordenó retirar los pocos muebles y adornos que había en la antesala de su despacho, y que sólo dejase dos sillitas. El espacio era amplio, sólo las vigas del techo aportaban algo de calor en el ambiente. Cuando el Intendente llegó a palacio fue acompañado a la estancia prevista para la audiencia. La frialdad de los muros de piedra de sillería, el vacío creado con aquellas dos sillitas en medio ella y el tiempo que, intencionalmente, D. Manuel le hizo pasar en aquel lugar antes de que hiciera su aparición, condicionaron y pusieron en desventaja al Intendente que, nada más aparecer el obispo, lo hizo notar:

- Por algunos momentos pensé que el palacio estaba abandonado –dijo el Intendente mientras se acercaba a saludar a D. Manuel, que venía a su encuentro.
- Es lo que ustedes nos han dejado con tanto expolio, y ahora usted se empeña también en llevarse los pocos libros que nos quedan, porque de la Catedral ya se los llevaron, ¿no cree usted que es algo irónico?
- No imaginé que vuestra Ilustrísima tuviera tan buen humor. Me habían dicho que...
- No se detenga, aunque si lo prefiere, se lo diré yo. Que soy de temperamento huraño y seco y de ideas anticuadas.
- Yo sólo cumple con mi obligación y, si se me manda que recoja esos libros, yo obedezco, porque es mi deber.
- Sí, lo de recoger se os da muy bien. El Jefe Político recoge las cartas que envié a los ayuntamientos y me acusa de ofender al Gobierno de su Majestad. Usted pretende quedarse con los libros de los diezmados y yo... esperando a que el Ministerio de Hacienda envíe lo que debe a esta Diócesis.

D. Manuel acercó una de las sillitas al Intendente y él se sentó en la otra. Aunque aparentemente tranquilo y sin rastros visibles de no haber dormido en toda la noche –su estómago se retorcía en las entrañas en náuseas–, había tomado la decisión y escrito ya al Delegado

Apostólico comunicándole su deseo de dimitir al episcopado, tal vez por ello se sentía ahora más libre.

- Y bien... entonces dice usted que quiere los libros y que la orden viene de arriba. También yo he consultado arriba y espero respuesta y, hasta entonces, no me importa incurrir en desacato a la autoridad civil, como cuentan que usted va diciendo por ahí.
- Comprenderá vuestra Ilustrísima que si no se me entregan esos libros, me pondría en una situación difícil, ¡el desacato se paga!, que no es que lo diga yo, que hay muchos más en la ciudad que ya lo reclaman.
- ¿Recluyéndome en algún convento, por casualidad? En uno de esos en los que ustedes entran con abuso notorio de su autoridad, rompiendo las clausuras, con el único fin de sacar de ellos a sus frailes y monjas y agruparlos en otros, para así proceder a su incautación o ahorrarse la congrua que por derecho les pertenece.
- Pienso, Ilustrísima, que el tono que esta conversación está adquiriendo requeriría de notario que diera fe de sus palabras, de sus acusaciones veladas.
- Mire bien, señor Intendente, esta estancia; deje libertad a sus ojos y vea lo que han hecho con la Iglesia, con su autoridad. ¿Y usted me dice que necesita un notario? Y la Iglesia, ¿qué necesita? ¿Dónde quedan su dignidad y su fe, señor Intendente?
- ¡Yo no hago las leyes, sólo intento que se cumplan! –contestó enfurecido.
- ¿Y su alma? ¿Ha pensado alguna vez en la justicia que encierran esas leyes que con tanto celo defiende? Ya sé... ya sé qué me contestará: que el pensar no es ocupación de vuestro trabajo, es ésta una de las grandes cualidades de la filosofía racional que embota todo. Lo suyo, como la del Jefe Político, es asustar a los pobres curas rurales, que no reciben puntualmente las dotaciones ni para ellos ni para sus parroquias.

He acabado de conocer toda la Diócesis y en los más de los pueblos se han quedado los Ayuntamientos con parte de lo que la hacienda pública ha abonado a los curas desde el 41 al 45, porque los párticos solos y adocenados, que son los más, entre miedo, compasión y promesas con arterias, firmaron lo que no recibieron y después no pueden sacarlo.

- Esas son graves acusaciones que vuestra Ilustrísima tendrá que documentar, porque en mi poder obran recibos de todo, que yo procuro que ello sea así.
- Y yo procuro que los curas sean fuertes y firmes para no firmar sin recibir, pero al momento son mal vistos, reputados por discolors, enemigos de sus propias ovejas, por no firmar, esperando el otoño, y luego queda para el último otoño que tenga el mundo.
- Quisiera, ya que no hay testigos de esta conversación, recibir por escrito tales acusaciones que sin fundamento vuestra Ilustrísima hace en mi persona, para elevarlas, si es necesario, hasta el Ministerio de Hacienda.
- Tranquilícese, señor mío. Esta misma noche escribí sendas cartas al Ministerio de Hacienda y al de Gracia y Justicia. Como ve, no había necesidad de notario para nuestra conversación. También le adjunté mi renuncia al episcopado abulense, si esta situación no cambiaba. Me he adelantado a sus deseos.
- ¡No a todos, no a todos! —contestó el Intendente con los nervios algo desbocados.
- Nunca se puede tener todo, señor Intendente, porque aún teniéndolo, siempre echaremos en falta algo.
- ¿Es su negativa a entregar los libros?
- ¡No! Es mi petición para que las necesidades de la Iglesia sean atendidas, ¡sólo con justicia! Confío en que, después de esta conversación, mis sacerdotes, sus pastores, recibirán a tiempo los honorarios, ya que, manifestada su buena intención a lo largo de nuestra conversación, no me queda ninguna duda de la rectitud de su obrar.

- Vuestra Ilustrísima será consciente del desacato en el que incurre al negarme los libros.
- Soy consciente de que, de ahora en adelante, nuestras relaciones serán más fluidas, pues nos conocemos mejor. Tenía noticias de la honestidad que envuelve todas y cada una de sus actuaciones.

El Intendente se levantó con cierta violencia de la silla, si mediar gesto de despedida, desapareció de la estancia, dejando a su paso un leve quejido sobre el entarimado del suelo.

La mirada de D. Manuel quedó clavada en la puerta por donde el Intendente terminaba de salir. Ningún gesto o movimiento del cuerpo perturbó la soledad que aquel hombre dejó caer sobre D. Manuel. Lo había hecho, se había atrevido a pronunciar en voz alta lo que con tanta fuerza bullía en la caverna de sus pensamientos: su deseo de dimitir. Ahora ya sería público; en poco tiempo, media ciudad lo sabría y la otra, no tardaría en conocerlo. Respiró profundamente, como si por un resquicio de su corazón una bocanada de aire fresco oxigenara sus pulmones; sin embargo, no hallaba del todo sosiego y la inquietud seguía agarrada a su estómago, tiraba de él, como tira una manada de lobos de su presa vencida. Era consciente de que nada había ganado con aquel encuentro y se recriminaba su falta de tacto, su incapacidad para vadear las dificultades con las que la Iglesia debía de moverse, optando siempre por el enfrentamiento, aunque fuera de trato afable. Era en estos momentos cuando la imagen de la mar se repetía hasta hacerse obsesiva en su retina. Por él corrían trochas plateadas en las aguas calmas de azul, como el cielo con el que se fundía allá en el horizonte, punto naranja cálido del sol que ya adormecía.

De nuevo, el crujir de la tarima por otros pasos que se acercaban, dispersó sus pensamientos de aire y sueños.

- ¿Cómo ha ido, vuestra Ilustrísima?

- ¿Cómo quiere que haya ido, D. Armindo? A esta gente no hay quien la detenga, tienen por tiro a la ignorancia y están tan lejos de ser hombres de fe. Me da miedo el futuro de la Iglesia. ¡Han roto ya tantas clausuras que, aunque parezca una idea descabellada, nada me sorprendería que volviera a palacio con la fuerza pública! Y no precisamente a traer la congrua que se nos adeuda.
- Aún tiene dos audiencias más, vuestra Ilustrísima, una de ellas lleva esperando largo tiempo.

D. Manuel se levantó de la silla protegiéndose el estómago con los brazos. Miró fijamente a D. Armindo y le espetó:

- ¿ Se acuerda de la mar, D. Armindo? ¿Se acuerda de la mar?
- ¿Cómo me pregunta eso, vuestra Ilustrísima? La mar no es un recuerdo, D. Manuel, la mar la llevo dentro.

Desde Ávila, López Santisteban escribió a la Nunciatura comunicando su proyecto de renunciar, que siempre era su pesadilla y, añade:

Por el pueblo español, o al menos por el de mi diócesis, todo se puede sufrir, porque son católicos de verdad y en disposición de creer y adelantar. Pero la porción de notabilidades influyentes que, de todo saben menos de religión, tocados del Racionalismo filosófico y sin entenderse a sí mismos son vanos, orgullosos, dominantes y avaros, con los que se choca continuamente; son un obstáculo que arredra y aflige a un obispo que por necesidad está con ellos en contacto.

Por ejemplo, El Gefe Político que, con la edad de 26 años y sin haber cumplido con la Iglesia, se fue a Castellón de la Plana o su Secretario, que con veneno ha escrito al Gobierno degradando al Clero con la clasificación de "ignorante, corrompido" y que "degrada la Religión". Como V. E. está en esa Corte, sabrá de estas cosas más que yo.

Podrá ser que yo no lo entienda, pero me parece que el Episcopado Español es un mero ejecutor de las disposiciones del Gobierno temporal, y acaso sea el menos libre para el ejercicio de sus funciones en toda Europa.

Si V. E. tiene algo que advertirme para mi gobierno o ilustración, lo podrá hacer como y cuando guste, y sepá que voy careciendo de manos auxiliadoras para expedir mi ministerio cuando mí edad crece, mis achaques inhabilitan y la congrua va quedando insignificante.

Dios guarde a V. E.

Como tenía previsto y sin esperar las reacciones de la autoridad civil, a la mañana siguiente, D. Manuel parte para Villatoro en visita pastoral, visita que se prolongará por más de un mes recorriendo Bonilla, donde descansa algunos días, Piedrahita, Barco, Navarredonda, Sierra de Ávila, Las Navas y Olmedo. A su regreso, un nuevo incidente hará olvidar la polémica de los libros de diezmos.

En septiembre mataron los Guardias Civiles a Vallejo, famoso saltador y cómplice en otros crímenes, sin haber dado señal de la más pequeña penitencia. Por la distancia del pueblo de Pedro Bernardo y la falta de destreza del párroco que no supo oponerse al Alcalde y Gobernador, fue sepultado en el Campo Santo con asistencia de sus ministros. Como el hecho ya había sido consumado, ordenó el Obispo poner estacas alrededor de su sepultura, y que no se admitieran limosnas ni ofrendas por el alma de aquel hombre que había sido tolerado y protegido por algunos en el pueblo donde, además, vivía la maja con quien tuvo un hijo.

Otros problemas vinieron a sumarse a las preocupaciones del Obispo, como el de las minas de San Esteban de los Patos. Sin embargo, lo que más mermaba su salud era la falta de arrepentimiento y de moral que veía en muchos de sus feligreses, como el caso de Mombeltrán donde existía un gran número que no se presentaban al cumplimiento pascual. Muchos intentos hizo D. Manuel por remediar esta situación, desde el cambio de párroco, hasta escribir al mayor capitalista rogándole que influyera a fin de que sus vecinos llenaran es-

te deber de la religión. Además envió al cura de Villarejo para que, junto con el arcipreste, comprobasen las listas y subieran al púlpito después de la misa conventual y leyeron a las personas que se habían obstinado y previnieran que, en el plazo que se determinase, confesasen y comulgaran. De no hacerlo, no se les admitirá a ser padrinos en los bautismos, a recibir el Sacramento del matrimonio y ser enterrados con sepultura eclesiástica, a no ser que antes dieran satisfacción a la Iglesia pidiéndola perdón de su desobediencia y prestándose a lo demás. Estando las cosas en este estado, murió de repente Marcelo Arenas, que era uno de los comprendidos en la lista y que en los años anteriores no había cumplido con la Iglesia. El arcipreste se negó a darle sepultura eclesiástica, como había mandado el Obispo, pero el Alcalde ofició al Gobernador y éste, sin audiencia concertada, se presentó en el palacio episcopal requiriendo la inmediata presencia del prelado.

La noticia de la presencia del Gobernador en palacio no pareció inmutar la figura de D. Manuel. Sólo una vez finalizados los despachos que en aquellos momentos le ocupaban y de indagar el motivo que traía, tan inesperadamente, al ilustre visitante, le mandó pasar. Aunque esta vez no tuvo tiempo de preparar un escenario adecuado, no por ello perdió la compostura. Lo recibió en su despacho cargado de vapores de eucalipto, al que tan aficionado era.

- ¡Cuánto me alegra su visita, señor Gobernador! —Le acercó una silla—. Decidme, por favor, ¿cuál es el objeto de tanta urgencia?
- No es por placer, aunque ganas no me falten de ello, Vuestra Ilustrísima.
- Ya supongo, ya supongo. Pero, ¿dígame en qué puedo servirle?
- El Alcalde de Mombeltrán me envía parte consultando lo que ha de hacer, para dar sepultura al cadáver de Marcelo Arenas, vecino del pueblo y que falleció repentinamente. El párroco, fundado en una orden de S. I., se niega a dar sepultura eclesiástica al cadáver.

- A esta decisión llegamos teniendo en cuenta los muchos datos y antecedentes que tengo en mi secretaría y, como está basada sobre leyes terminantes de la Iglesia, no pueden los ministros enterrar a ese cadáver que ha muerto fuera de su armonía y en constante desobediencia a la misma, por lo que no dirigirán sus preces a la Divinidad. Convendrá V. S. en lo correcto de nuestra decisión.
- No deseo entrar a calificar la oportunidad y conveniencia de sus disposiciones, pero creo que estoy en mi derecho de llamar la atención de V. I. sobre los graves inconvenientes y fatales consecuencias que puede producir el cumplimiento literal de dicha orden, tanto para la moral, como para la salud pública del pueblo. Para evitar estos males, ruego a vuestra Ilustrísima se sirva dar otra al citado cura, para que no se oponga a enterrar de manera eclesiástica al cadáver. Si lo cree necesario, firmaré justificación de que el citado Marcelo Arenas, dio muestras de arrepentimiento antes de su fallecimiento. Con ello se desagravia a nuestra Religión, se tranquiliza a la población alarmada y se previene la insalubridad que, en otro caso, puede desarrollarse por la putrefacción próxima del cadáver.
- Puede mandar lo que estime conveniente para cubrir bien de tierra el cadáver, que es lo que importa a la salud pública. Del resto, estimará vuestra Señoría que cae fuera de su competencia.
- Entonces vuestra Ilustrísima no me deja más salida que la de dar orden al Alcalde de que pida las llaves del cementerio al párroco y dé sepultura al cadáver, no puedo permitir más dilación por el estado del cadáver.
- Veo acertada la decisión de vuestra Señoría. Yo mismo enviaré oficio al arcipreste para que le permita la entrada en el cementerio sin presencia de clérigos y, como ya mandé en ocasión cercana, se clavarán estacas alrededor de la sepultura.
- Compruebo, doliéndome, que en la actitud de vuestra Ilustrísima hay mucho de obstinación y poco empeño en colaborar con el bien de la provincia.

- ¿Por qué dice eso? ¿No termino de anunciarle que avisaré al arquitecto, para que le facilite el entierro? Aunque me gustaría comprobar que la actitud que mueve a vuestra Señoría, responde más a intereses religiosos y morales, que a cuestiones de salubridad y orden público.
- Vuestra Ilustrísima no quiere comprender, parece que estamos en la misma situación que con el caso de la mina Santa Agueda, donde la Ley de Minas establece explícitamente en este particular.
- Conozco esa ley, no en vano fue mi ocupación durante años, pero también sabe V. S., que el tercer precepto del Decálogo obliga a santificar las fiestas, lo que se verifica con oír Misa, asistir al templo a ejercicios religiosos, y no a trabajar. Este precepto afecta no sólo a los católicos, sino a los protestantes, herejes, cismáticos y judíos, y sólo varía en el modo y forma de llenarlo, y por consiguiente obliga a todos.
No es mi deseo que piense que no comprendo su posición, pero comprender no significa justificar y callar. En el caso que vuestra Señoría termina de citar, contrayendo la doctrina de ese precepto del Decálogo, pudo y debió hacerse lo siguiente: que el administrador de la mina de Santa Agueda se hubiera dirigido a mi autoridad diciendo cuál era su situación y por qué razón no podía interrumpirse el trabajo en los días festivos sin grave perjuicio.
- ¿Qué se hubiera conseguido, visto lo visto? Tendré que dar la razón al señor Intendente cuando afirma que vuestra Ilustrísima se niega aceptar cualquier decisión que de la autoridad civil proceda. Por tanto, tomaré las medidas que crea oportuno.
- Vuestra Señoría ha obrado de igual manera siempre, por lo menos, en lo que a mí me consta; por tanto, sólo me queda desearte fortuna en sus decisiones y manifestarle mi inquebrantable adhesión al Gobierno de su Majestad en la persona que vuestra Señoría representa.

No mediaron más palabras. Después de una despedida más cortés que sincera, el Gobernador abandonó el palacio. D. Manuel se retiró al reservado desde donde su secretario le oyó toser y vomitar. La expulsión de bilis era cada día más frecuente y prolongada. Incluso en ocasiones, tal vez por el esfuerzo que realizaba, echaba algo de sangre, dejándole bastante debilitado; de ahí su tez canela aceitunada. Así sucumbía en la pesadilla de la fiebre, que le llevaba de la mano por caminos que conducían al fondo de la mar, por entre la marea creciente, y allí su cuerpo se endurecía. A su vuelta al despacho, el secretario le anunció otra visita. Esta sí era esperada, incluso con cierta inquietud.

Ávila, que hasta entonces permanecía arraigada en la tradición, con la llegada del nuevo régimen, con el liberalismo, sufrió la crisis ideológica más profunda tal vez de su historia. Fueron pioneros del liberalismo abulense D. Antonio y D. Gerónimo de la Cuesta y Torre, arcediano y penitenciario respectivamente de la catedral de Ávila. La confusión ideológica y la falta de asimilación de dichas teorías por el pueblo abulense, sumía a éste en grandes confusiones carentes de horizontes claros que, con frecuencia, provocaban serios enfrentamientos e inestabilidad en la sociedad provinciana. La hibridez de pensamiento y de actitudes, decía D. Manuel, es el peor mal de una sociedad porque, carente de principios sólidos, lleva al hombre a la desorientación absoluta y a la justificación de cualquier comportamiento, tomando como único criterio de discernimiento al propio hombre. Así se rompe todo principio de autoridad, salvo el que se impone con la fuerza o la violencia. Y era D. José Somoza para él, el máximo exponente de dicha desorientación, quien más influencia ejercía en el pensamiento de tantos jóvenes confusos por sus escritos. A esta preocupación, obedecía la visita del cura de Piedrahita que le traía un libro de D. José Somoza.

El encuentro entre el Obispo y el Clérigo fue corto. Algunas preguntas sobre el comportamiento de D. José Somoza en la Villa de Piedrahita, sobre el poder que ejercía entre sus vecinos, y la entrega

por parte del cura de la obra corregida "Artículos de Prosa", que era en verdad el objeto de aquella visita.

Leyó aquella noche la obra D. Manuel llenando más de tres folios de notas que alteraban su temperamento y, a la mañana siguiente, decidió entregarla a dos censores, más para tranquilizar su conciencia, que para descubrir algo que él no hubiera anotado ya.

Nombró para el caso a Félix Hernández y fray Joaquín María Zambrano, como examinadores sinodales. Ambos opinaron lo mismo: que de su lectura se deduce que sigue al alemán Carlos Bonet, cuyo sistema filosófico es anticatólico y subversivo, ateo.

Aun teniendo las cosas muy claras D. Manuel, la decisión de prohibir la obra se le hacía dura, quizá porque su enfermedad, su debilitamiento, estaba influyendo notablemente en su voluntad y, por momentos, crecía su deseo de abandonar el episcopado y reencontrar la mar. Fue esta falta de decisión la que le llevó a elevar una consulta a la Nunciatura.

De López Santisteban al Nuncio, desde Ávila:

Por el libro que acompañó, titulado "Obras de don José Somoza" con las copias de la censura y de mi carta al autor de aquel, con su respuesta, verá V. E. que está bien marcada la prohibición de él, sin meterme con su autor. Más por las circunstancias que éste enuncia en su carta, anda intermedio el Gobierno de Espartero, con los productos de la impresión o reimpresiones que puedan hacerse, y en tal estado creo de mi deber remitirlo a V. E. para que, si lo estima conveniente, se vea con el ministro de Estado y con su acuerdo o sin él o con el del Embo. Cardenal, me diga si le parece bien que prohiba el libro por un edicto, de cuya publicación cuidará.

Espero que cuando V. E. tenga a bien contestarme me acompañará el libro por el conducto que va, y que mandará a su servidor y capellán...

Días y días de creciente inquietud y notorio silencio precedieron al encuentro. Una gran tristeza se hizo en el alma, y los sueños, con aquellos caballos indómitos que detienen la noche en mitad de su furia, provocaron la llamada de D. Manuel al ilustre escritor, con el sólo fin de invitarle a retractarse de su publicación. La respuesta de la Nunciatura tampoco llegaba y la inquietud hacía añicos su conciencia.

El verano alcanzaba su cenit y el cansancio, pegajoso como el calor, parecía haber hecho posesión del cuerpo y del espíritu del obispo. Incluso sus habituales paseos se habían interrumpido. Fue sugerencia de D. Armindo la de pasar algunos días en Bonilla, allí el aire era más tibio y el cielo sobre la montaña parecía tocarse. Además, esta población quedaba cerca de Piedrahita, con lo que el desplazamiento para D. José Somoza sería menos costoso. Aunque el castillo estaba ruinoso y carecía de comodidades, y las murallas que rodeaban el pueblo no eran más que bastiones desmoronados, a D. Manuel le gustaba pasear por aquellas calles estrechas y en las que los rayos del pavimento se le clavaban en los pies. Decía que ayudaba a la circulación de la sangre. D. Armindo gustaba tomarlo más como penitencia, y prefería el recorrido entre encinas, donde la sombra es espesa y fresca y la hierba siempre viva y verde por los innumerables riachuelos que bajan a capricho de la naturaleza.

Puntual y de porte severo entró D. José en el castillo. También puntual le esperaba D. Manuel. Un saludo afable, casi cariñoso por ambos, distendió todo posible nerviosismo. Alabaron juntos la belleza de aquel valle de luz y color contemplado desde la almena: las encinas, abajo; el robledal, más en alto; más aún, las retamas y, después, sólo el cielo limpio y terso. Daba la impresión de que ninguno de los dos deseaba romper ese punto en común con el que la naturaleza les regalaba en aquella mañana de brisa baja. Sin embargo, la conciencia de D. Manuel se veía asaltada de deberes y obligaciones a los que no podía renunciar. Tenía la seguridad de que tampoco en este encuentro

encontraría la paz que aquel momento les deparaba a los dos, y le dolía romperlo. Tal vez deseó parar el tiempo en aquel instante, ausente ya de enfrentamientos, y descansar. Pero más que su conciencia, la sombra de D. Armindo le recordó su obligación al traerles una jarra de limonada fresca.

- Como es sabido por usted —dijo D. Manuel arrancándose las palabras del pecho—, tengo en mi poder un ejemplar de la obra que compuso e imprimió titulada “Artículos en Prosa”, nueva edición corregida y aumentada. Pareció al que me lo presentaba que contenía proposiciones falsas, subversivas de la moral y de la fe católicas. Como es mi deber, leí el libro y, para mayor tranquilidad, se lo pasé a la censura de otro examinador y catedrático, quien me pasó informe escrito en el que se podía leer: que es digno de prohibirse por contener proposiciones falsas, temerarias, injuriosas a la autoridad de la Iglesia, próximas a la herejía o serpientes haeresim, contrarias a la fe, perniciosas, malsanas, erróneas e inductoras al materialismo y panteísmo.
- De inicio, permítame decir vuestra Ilustrísima que, el párroco de este pueblo, por quien vuestra Ilustrísima ha recibido el libro, usó un medio tan ilícito para conseguirlo, como es retener lo ajeno contra voluntad del dueño. Añado, además, que está commigo en hostilidad abierta, aludiéndome en sus sermones con frecuencia y con todo tipo de insultos.
Sin deseo de desacreditar, el tal párroco es bastante vehemente y en su exasperación, cae en frecuentes estados de cólera. Hace pocos días, llamó “burros” con todas sus letras en el mismo altar, a los que no habían cumplido con el Precepto Pascual, y les amenazó con no enterrarles en sagrado, por lo que estoy labrando mi sepulcro en una hacienda propia para que no insulte mi cadáver.
- Comprenda que es obligación de un pastor reprender a sus ovejas, y de éstas, no pedir para la muerte lo que en vida aborrecen. Pero no crea que es la opinión del clérigo la que ha motivado

- nuestro encuentro, sino la lectura de su obra, D. José. Debo proceder a la prohibición de todos los ejemplares de dicho libro, mandar que se me entreguen y hacer pública dicha prohibición.
- Siento manifestarle que me es imposible entregar los ejemplares que existan del libro que lleva mí nombre ni refutar por mí mismo sus ideas, pues ni ellos ni ellas son míos.
- Este libro se imprimió de orden del Gobierno de su Majestad y se destinó por el mismo Gobierno, con mí anuencia, el producto de su venta al establecimiento de beneficencia llamado Escuela de Párvulos Gratuita. Así lo habrá visto vuestra Ilustrísima en la portada del libro. Pero aunque no existiese dicha ley, no cometería yo el feo acto de atentar en contra del Gobierno y Regencia del ilustre Espartero, ni del Sr. Quintana, a quien dediqué el libro como mi amigo más íntimo.
- D. Manuel toma aliento, mientras deja caer su vista entre los cerrillos que aparecían a sus ojos pintados de encinas—. Le pido que, como conviene a su conciencia y según lo exige la Religión Católica que profesa, sea usted mismo quien se retracte de las doctrinas que en él vertió y declare que es peligrosa su lectura y que se retenga.
- Esta manifestación franca de parte de usted, D. José, como si mi autoridad no hubiese mediado, será más decorosa que si yo procedo a condensar su libro con las notas que se le pondrán. Recuerde que San Agustín escribió retractaciones o cómo Fenelón y otros hombres de grande ingenio también lo hicieron, y si usted lo hace llena un deber de buen católico e hijo amante de su madre la Iglesia.
- Lo único que puedo hacer como una prueba, la más alta de abnegación y deferencia al Pastor, al consejo, es remitir a la prensa periódica una copia de nuestra conversación y de la prohibición del libro, para que el público vea la censura puesta al libro y precava el peligro de su doctrina que yo creo inocente y aun moral.

- Con vuestra resistencia, D. José, socaváis, si cabe más, mi frágil salud y sobre todo mi ánimo, esperaba de este encuentro más receptividad en vuestro corazón, que como el mío ya va gastado.
- Es todo lo que en mis manos está y siento hondo pesar por el mal que con ello puedo infringir a vuestra Ilustrísima Sé que comprende que, a mi edad, es uno ya lo que ha vivido y, si accedo a su petición, no sólo me traicionaría a mí mismo, sino que perdería toda esperanza, y no me queda tiempo para comenzar otro camino.
- ¡Cómo quisiera, D. José, tener el honor de ser como su capellán y servidor! Ya sé que no es posible, como tampoco puedo evitar no informarle; es, por tanto, mi deber decirle que si para el día diez del mes que entra, no se ha prestado a hacer lo que le he aconsejado, procederé por un edicto a prohibir su libro, guardando todo el respeto a su persona como siempre he hecho.

Terminaron la limonada que D. Armindo les había subido hasta la almena como si nada hubiera sucedido entre ellos y siguieron contemplando la mañana desde aquella privilegiada atalaya donde todo parecía más próximo, aunque no sus pensamientos. Una oscura mariposa apareció de repente y, con su torpe y lento vuelo, comenzó a medir el paso del tiempo, chocando a menudo contra las piedras y parándose en el suelo con las alas recogidas hasta dibujar el perfil de un hierro oxidado.

La despedida fue cariñosa, casi como la de dos viejos amigos de la infancia cuyas vidas se hubieran separado inesperadamente en algún momento del camino. Sintió la partida del castillo de D. José Somoza como propia, y en verdad fue así. De vuelta en Ávila se encerró en el palacio y no quiso saber nada de todo lo que le rodeaba. El humo repartió en la tierra un olor a hombre vencido y taciturno que saca con su muerte la gracia luminosa de las aguas que vienen de lo más añil de la mar. Con la sombra en las paredes, el humo sin alma de los candiles sólo le permitía dos ideas: la aceptación de su dimisión al espisco-

pado abulense y la mar. La mar como fuerza irresistible que tiraba de él, ese mar soñado alguna vez en los verdes trigales de La Moraña, el mismo al que algo más tarde daría vida Sorolla en lienzos.

Entre pabilos de luz mortecina y el parpadeo febril de sus ojos, escribió su irrevocable renuncia, porque la sombra no tenía ya más refugio que su propia soledad:

Manuel Obispo de Ávila al Ministro de Gracia y Justicia:

Excmo. Sr.: Muy señor mío y de todo mi respeto: He recibido la carta confidencial y atenta que V.E. me dirige con fecha del 18, a fin de que desista de la renuncia que hice de este obispado en 29 de octubre anterior. Agradezco este acto de generosidad en que no puede V. E. tener interés personal, sino el que aprehende por el bien Nacional y del Estado, en lo que presumo ha de estar equivocado.

Me parece que, para sincerar mí proyecto de renuncia, he de explicar mejor el sentido de presupuestos, como se acostumbra en las particiones de herencias. "Est modus in rebus, sunt certi denique fines quos ulti citraque necqui consistens recto."

Primer presupuesto. Es verdad que soy bilioso y de estómago debilitísimo, y este temperamento que con todo padece se aumenta mucho más cuando se sufren incomodidades exigentes y que afectan la conciencia, y estando marcada en el cap. 10 tit, 9.º libro 1.º de las Decretales con el nombre de "Corporis debilitas" esta causa de renuncia, quedo a cubierto de siniestras interpretaciones...

Segundo. Un obispo en España es un ente colocado entre dos puntos contradictorios, y que hoy se excluyen el uno al otro. Por una parte, las creencias y doctrinas católicas con la disciplina eclesiástica formada en muchos siglos; y, por otra parte, entre una legislación civil y política que contrarresta en cosas graves a la anterior, creada y sostenida y ampliándose por momentos por hombres notables, decididos, entusiastas de su filosofía y con poder bastante para hacerse obedecer. Ambos poderes son dignos de respeto y sumisión para un obispo, pero cuando se contraponen, que es continuamente, tiene que sucumbir a la ignominia, conciencia manchada y final execración de la Iglesia y su Jerarca si falta a la primera parte, o

a burla y risa sardónica de muchos periodistas y la Autoridad temporal, que no pude o no quiere verse desairada y que supone espíritu de rebelión donde no hay más que conciencia y, de ordinario, formada con exquisito criterio...

Tercero. A cada paso encontrará V. E. hombres de más talento y saber que yo, pero más honrados, probos y con deseos de acertar buscando la verdad, no. Puntualmente no va por aquí la corriente de la opinión dominante entre los que la forman y tratan de ahogar las demás, ya con la pluma y ya con la palabra por un racionalismo insopportable...

Cuarto. En vista de lo dicho, Excmo. Sr., ¿qué debe hacer un obispo que quiere vivir y morir en regla con la práctica de las creencias religiosas de su estado, de su moral austera y de una disciplina que la Iglesia no ha variado y generalmente no se respeta, y se le ponen obstáculos por la parte de sociedad que hay corrompida y una porción de trabas que le han puesto los gobiernos respectivos, acaso con buenas intenciones? Lo que debe hacer es retirarse a la vida privada, tomando el consejo del Espíritu Santo que dice: "Contra ictum fluminis ne coneris", y sin comprometer a su Reina ni a su Gobierno, sin dejar de servir a su patria, aislarse y favorecer a sus prójimos eligiendo ocupaciones, sin regir iglesia ni obispado alguno.

Suplica a V.E. admita esta dimisión o renuncia que libre y espontáneamente hace de este episcopado, para retirarse a vida privada, quedando cada vez más olvidado a los favores que la bondad de V.E. le ha dispensado.

Simultáneamente el Nuncio enviaba al Prosecretario de Estado, Cardenal Antonelli, un cuidado despacho en el que exponía la situación y aconsejaba admitir la renuncia que oficialmente se presentaba. Calificaba al obispo de Ávila como persona dotada de excelentes cualidades, pero a continuación señalaba también: "genio, demasiado ardiente, duro, intolerante, quizá enardecido por la edad y la enfermedad. Carece de maneras urbanas, templadas y prudentes, siempre indispensables en un obispo, pero sobre todo en los tiempos presentes..."

En los primeros días de enero de 1852, al despuntar el alba, una tartana salió del palacio episcopal, para cruzar la puerta del Carmen bajo la sombra de la espadaña que empezaba a dibujarse en el cielo.

Un cielo que no tardaría en fundirse con las aguas quietas del Mediterráneo, donde la luna se adorna de azahar y el pájaro dormido se mece en la hueca inmensidad del aire.





Institución Gran Duque de Alba





ENCUENTRO CON VULCANO



La distancia que separaba nuestra casa de la estación no era grande, apenas diez minutos a pie. Yo llevaba la maleta más pequeña, Luis la otra, la que cerraba con correas de cuero. Cerrarla había sido toda una proeza. Tuve que sentarme sobre ella y empujar con fuerza, mientras Luis abrochaba las hebillas, desvaídas ya de su cromo original. Aquella maleta me había acompañado a muchos lugares. Creo que la compraron para mi hermano mayor, cuando se marchó al servicio militar. Había pasado de hermano a hermano hasta que por fin me tocó el turno a mí. Ahora que se alejaba, la sentía como perdida, porque dejaba un vacío en el rincón de mi habitación, junto al ventanal donde siempre estuvo. Comenzaba a tener una sensación de desprotección ¿qué haría yo ahora sin mi maleta? —me preguntaba una y otra vez caminando a su lado—. Si tuviera que salir de improviso de viaje, ¿qué haría con mis cosas? La marcha de la maleta comenzaba a obsesionarme.

Llegamos hasta el inicio de la escalera que, en descenso, nos dejaría justo frente a una pequeña carretera de circunvalación. La ciudad estaba diferenciada claramente en dos partes, la alta y la baja, la del río y la residencial; en esta última era donde nosotros vivíamos. Delante se nos abrió una larga y empinada escalinata adornada de flores —los tulipanes habían sido ya sustituidos por petunias— a ambos lados y en toda su larguezza. El descenso lo hicimos en silencio. De vez en cuando intercambiábamos algunas miradas, pero ni una sola palabra. Luis no tenía muy buena cara, las ojeras marcaban sus ojos en violeta. Era el precio por tener la piel tan blanca.

La noche anterior la pasamos en vela, de cháchara. Después de algunas copas de Magno, a Luis le entró un "no sé qué", que repitió incansablemente: no quería marcharse, no podía dejarme solo en estos momentos. Por más que le insistí no logré convencerle de que no pasaría nada, que estaría bien y que todo se resolvería. Nada, estaba emperrado en renunciar a su viaje. Menos mal que la luz del día y una buena ducha fueron motivos suficientes para hacerle cambiar de opinión. Yo tampoco fui muy original en las razones que le daba. Intenté decírselas con fuerza, con convencimiento, más para creérmelo yo que para hacerle desistir de su empeño, porque deseaba que se quedara o, por lo menos, que la noche no se abriera nunca. Fue precisamente en estos momentos de frágil lucidez, cuando tuve la genial idea de ofrecerle mi maleta. Estaba allí, solitaria, empolvada y me miraba. Tal vez me engañé en el gesto, más que llevarse mi maleta, yo pretendía que me llevara a mí. Por ello, ahora, cuando veía alejarse mi maleta, me sentía desprotegido en medio de tanto color con el que las flores pintaban la escalera.

Cuando llegamos a la carretera, un paraguas esperaba, paciente, colgado de la valla protectora, a que su dueño lo recogiera. Perdido, de seguro, por descuido. Negro y de mango de madera labrada a modo de piel de serpiente, tenía un aspecto sucio. Parecía llevar días en aquella posición callada, sin ser capaz de despertar codicia alguna o lástima simplemente. Yo, mientras tanto, me angustiaba por una maleta de cartón-piedra forrada de cuero, desgarrada a trozos. Decidí coger el paraguas; más exactamente, acogerle como si se tratase de un animal perdido y deseoso de afecto. Alargué mi mano, temblaba. Lancé una mirada al entorno y un escalofrío me paralizó: mis ojos se encontraron con otros ojos, los de una mujer madura y severa. Desistí en mi empeño y me sentí descubierto.

No sé muy bien cómo, pero las imágenes fraccionadas de un cuadro de Piero di Cósimo, *El Encuentro con Vulcano*, bombardearon mi retina. La primera desgracia de un dios narrada en la mitología clásica.

ca: arrojado desde el Monte Olimpo, Vulcano acaba de caer en un prado donde seis Náyades recogen flores. Aunque no se percibe herida, posiblemente por gozar del don de la inmortalidad, su aspecto está ligeramente aturdido y es incapaz de ponerse en pie. Según Virgilio, fue precipitado por Júpiter a la isla de Lemnos por ser deforme y porque Juno no le había sonreído. El efecto combinado de su inesperada aparición, su constitución defectuosa, su expresión de pasmo y su situación desesperada, son las causas de las diferentes reacciones de las doncellas: sorpresa muda, leve compasión, diversión ligera y, en la figura principal, el despertar de instintos maternales. En aquellas imágenes me fue fácil ver a parte de mi familia, a algunos amigos... y traté de imaginarme sus reacciones cuando todo se hiciera público. En cualquier caso no me correspondería la suerte de Vulcano, él no fue culpable de su deformidad, yo sí de mi estupidez o torpeza.

Entre tanto pensamiento confuso y, por qué no, también estúpidos, comenzaba a experimentar sentimientos nuevos: me agarraba a las cosas, como si de ellas dependiera mi seguridad. Durante meses y meses la maleta permaneció aparcada en aquel rincón de mi habitación como algo inservible, incluso molestaba cuando tenía que pasar la aspiradora: había que moverla de un lado a otro si quería limpiar bien la moqueta. Ahora resulta que necesitaba sentir el tacto de su piel descarnada como aliento de ternura.

Por fin cruzamos la pequeña carretera bajo la atenta mirada de aquella señora, convertida en guardián de la honestidad pública. Ya que, a pesar de nuestra privilegiada condición de estudiantes, éramos unos extranjeros y, como tales, despertábamos recelos, más yo que Luis, por mi piel de barro cocido y mis rasgos norteafricanos. Con frecuencia me confundían con un árabe y se dirigían a mí en francés; las primeras veces, no lo di importancia; con el tiempo, respondía affirmando mi condición de judío; con más tiempo, comencé a sentirme cómodo con aquella pregunta; después, pasé un mes, solo, en la ciudad de Fez y fui libre.

Atravesando una callejuela, la gran plaza se nos abrió.

Nosotros seguíamos sin cruzar palabra, sólo intercambio de miradas: exculpatorias en Luis, supongo que lastimosas en mí. Otra vez *El Encuentro con Vulcano* se me hizo tan real como las personas que cruzaban a mi lado. Ahora la imagen se detuvo en las figuras de la parte superior derecha del cuadro. La sonrisa de una de ellas, sus cabellos rizados de sol, el vestido recogido a medio muslo y escote generoso, me trajo nuevamente el recuerdo de Helena. Sentí como el corazón se me apretaba dentro del pecho.

Desde hacía unos días, Helena sonreía de la misma manera. Era la sonrisa de quien por fin había conseguido lo buscado con empeño. Intuía una pequeña venganza plácida en su gesto. Desconozco qué despertaba aquella sonrisa en Vulcano. En mí, un sentimiento de atrapado y como él, me sentía incapaz de todo intento de huida. Nuestra relación se había polarizado tanto, que no dejamos espacio para la palabra, sólo la cita. Citas entre velas que desprendían olor de perfumes, con los que inútilmente pretendía limpiar el humo de mis cigarrillos. Ahora lo veía como una estúpida relación donde, precisamente, las citas, borraron todo vestigio de ternura, si es que alguna vez existió. Al comienzo aguantaba porque era más fácil que romper, más complaciente siquieres; las cosas se fueron complicando, hipotecándome y fue más difícil volver atrás. Ahora me reventaba su sonrisa ancha, generosa, pero ya era demasiado tarde.

Con Luis siempre se llegaba con bastante tiempo de antelación a las citas. Hasta en esto, éramos diferentes. En esta ocasión quedaban tres cuartos de hora para que partiera su tren, por lo que decidimos ir directamente al bar a tomar una cerveza. Nos sentamos en una mesa, cerca de una de las ventanas que dan a los andenes. Yo no tardé en perder la vista a través del cristal vaciéndome de pensamientos. Luis se limitó a jugar con el posavasos. Fue él quien rompió el silencio:

- Creo que debería quedarme. Me siento mal dejándote solo precisamente ahora.
- No empecemos otra vez. No es la primera vez que tengo algún problema. Siempre me reprochas lo mismo, que no hago otra cosa que meterme en problemas.
- Precisamente por eso.
- ¿Por eso, qué? Verás como no son más que ganas de llamar la atención. Tirar otra vez de la cuerda, para que no me escape.

La verdad es que por más convencimiento que intentaba poner a mis palabras, no terminaba de creérmelo. Tenía miedo y deseaba que se quedase, pero me sentía incapaz de pedirle o consentirle aquel cambio de planes. Eso y que se llevase mi maleta, me llenaba de rabia. Le hacia culpable de algo a lo que era ajeno, pero tenía que culpar a alguien. Todo había sucedido demasiado deprisa: primero una duda, luego otra, días después, más dudas.

- Estás completamente ido, ¿no te das cuenta?
- Y tú te comportas como mi abuela. ¡Bebe, coño, que mareas el vaso! No sé cómo decirte que no estoy preocupado. Además, ¿qué puedes hacer tú si ya lo he hecho yo todo?

Mi última frase estuvo a punto de dibujar una sonrisa en el rostro de Luis, pero forzó los pámulos y quedó ahogada en los labios como un leve rictus.

- Lo único que me preocupa es quedarme solo en esa casa tan grande, donde no podré hacer otra cosa que estudiar.
- ¡Qué miedo! Deja de engañarte.
- Bueno, ¿por qué no dejamos de decir tonterías y subimos al andén?
- Aún hay tiempo para anular el billete.
- El del tren sí, pero el del avión es... algo tarde, ¿no te parece? Además estoy seguro de que si lo hicieras, me cobrarías la re-

ducción que te hagan por la anulación, que nos conocemos. Ni siquiera estaré solo, Isa aparecerá en cualquier momento.

— Es verdad, se te pegará como tu sombra.

— Isa como mi sombra y Helena como una guardería. Soy de lo más afortunado. Me dan unas ganas de salir corriendo... Pero he tenido la genial idea de invitar a Toño a pasar el verano conmigo y ya le he encontrado trabajo. La verdad es que acierto todas.

Me imaginé entre las dos, o mejor, contando mis problemas a Isa bajo la atenta mirada de Helena hipócritamente sonrojada. La escena me provocó risa. Luis me miró extrañado.

— No sé dónde ves la gracia, yo estoy preocupado.

— Perdona, me veía frente a Isa contándole mi situación y no lo grababa imaginarme cuál sería su reacción. ¿Tú qué piensas? Yo creo que no diría nada, se sentaría a mi lado y acogería mis manos entre las suyas.

— Te soltaría una leche a mano vuelta y desaparecería para siempre de tu vida. Porque paciencia ya ha tenido bastante la tía contigo.

— Yo nunca le he pedido nada, si se ha convertido en mi sombra ha sido porque ella ha querido. Además, no entiendo a qué viene esto ahora.

— Porque Isa me cae bien. Porque me parece una tía estupenda y porque tú no te enteras de nada.

— ¿Se puede saber qué te ocurre?, si tanto te gusta, líate con ella, pero a mí déjame en paz.

Luis se levantó, dejó unos francos sobre la mesa, cogió mi maleta y se encaminó a la salida del bar. Yo tardé en levantarme. Me sentí incómodo. Había hecho enfadar a Luis y no se lo merecía; al fin y al cabo, él sólo quería ayudarme. Apresuré el paso hasta darle alcance. Alargué la mano y acaricié mi maleta. Luis me miró largamente.

Ahora le tocaba el turno a la Náyade que de rodillas compartía la mirada con Vulcano caído. Su gesto limpio, próximo a la ternura, mientras sus manos recogían flores sobre un manto de bordados delicados, me trajo la figura de Isa. Es como si siempre hubiera estado allí, paciente y serena, esperando su llegada. De mirada dulce, sus ojos verdes casi líquidos, la piel blanca, el cabello corto y sedoso, las caderas, ni estrechas ni anchas, y siempre dispuesta a corregir la ortografía de mis trabajos en francés o alemán. Guapa, lo era y, además, rica. Me estaba volviendo loco. A este ritmo de descubrimientos, terminaría queriendo a Isa tanto como a mi maleta, pero ella no me abandonaría. A mi vuelta de la estación, estaría en la casa, preparando algo de cena, o quizás, buscando uno de esos poemas de Giacomo Leopardi que tanto le entusiasman. Recuerdo que el último que me leyó decía algo así: *de mirarte viva,/ ninguna esperanza me queda;/ (...) Ya apenas al abrirse/ de mi jornada incierta, oscura,/ viajera en ese árido suelo/ te imaginé*. Este era su poeta de inspiración con el que mezclar colores, insinuar formas, creando un ambiente donde la luz y la línea daban nacimiento al cuadro. Sin pretenderlo comenzaba a comprender que mi admiración por su pintura me había ocultado a la mujer, a la amiga. Así también comenzaba a entender por qué Piero di Cósimo trató con tanta delicadeza a aquella joven que de rodillas y entre flores acogía al caído. Tal vez mi fortuna no fuera tan diferente de la de Vulcano.

Aún tuvimos que esperar durante algunos minutos. El tren llegó con habitual puntualidad. Entró con fuerza por el andén en el que esperábamos su llegada y una bocanada de aire cruzó mi rostro hasta instalarse, casi con violencia, en todo mi cuerpo. Noté tibieza en el alma. Le ayudé a subir las maletas y nos despedimos con un largo abrazo. Me costó separar mi pecho del suyo y, al hacerlo, algo se me rompió por dentro. Ahora estaba solo, irremediablemente sólo, instalado en esa caverna del alma donde los pensamientos duermen y la noche cierra con su sombra al alba para que no despierte.

Deambulé por calles largo tiempo, como camina la noche sin estrellas. Me sentí cansado. Descansé sobre un banco de madera, frente

a un escaparate donde se amontonaban televisores que emitían cientos de imágenes. No sé cuánto tiempo pasé allí; sé que la tarde se cerró y comencé a sentir frío. Me había alejado bastante de casa y era hora de volver. Con la conciencia aparecía también el miedo, que se me había instalado como intruso, incómodo siempre. La verdad es que era cierto: cualquier salida elegida, sería la peor. Tenía la sensación de haber perdido todo.

Me faltaba el aire y volví a Vulcano acariciado por aquellas manos sedosas en ese intento de ayudarle a caminar. Ella estaba inclinada sobre él y sus pechos, redondos y tersos, pequeños y despojados, despertaban instintos maternales, deseos de un regazo donde acunar mi inocencia manchada. Porque yo me sentía inocente, o así me lo parecía a mí mismo; ingenuo e inocente bajo una apariencia, pero sólo apariencia, de vivo y fuerte. Se acrecentaba mi envidia hacia Vulcano: colmado de ternura en su desdicha, con la esperanza de retornar un día al Monte Olimpo donde Juno le esperaría con una sonrisa. Pero a mí la vida me vino en pocos minutos de azaro inconsciente y convulsivo, porque desconocía el camino.

Y así anduve, queriendo volver, y me adentré por calles que alargaban la distancia y confundían el rumbo. Pero la plaza, la de la estación de trenes, terminó por encontrarme. Aunque vacía y fría, pude reconocerme en ella. En principio me dirigí hacia la entrada de la estación. No había nadie, ni siquiera la policía. Tampoco estaba mi maleta. Así es que, nada tenía que hacer allí. Me alejé deambulando de nuevo. Comencé a sentir hambre y tuve que hacer esfuerzo para no fumar. No quería aumentar el malestar del estómago. Cuando me quise dar cuenta, estaba frente a la casa. La calle, vacía. Las farolas recortaban espacios de presencia sobre las aceras que lucían los brillos de la noche entrada. ¡Y tanto!, era casi madrugada y desde abajo pude ver que había luces en la casa. Extrañamente no me sobresalté. Abrí la puerta del jardín, también la de la casa y subí las escaleras. En el salón, de espaldas, Isa pintaba. Era la primera vez que lo hacía a esas horas, por

lo menos que yo supiera. Le gustaba madrugar y acostarse temprano. Aunque supo de mi presencia, pareció no importarle. Siguió pintando. Yo tampoco le dije nada. Cogí una silla, me senté detrás de ella. Y miré. Pintaba lirios. Unos lirios violeta sobre un fondo paja aguado. Tuve la seguridad de que Helena había estado allí. Muchas veces le había pedido que pintara unos lirios y, siempre tuve la misma respuesta: no me gustan. Sentí que algo se había quebrado entre nosotros y no pude impedir romper el silencio con una pregunta:

– ¿Ha estado aquí Helena?

Sin romper su ritmo de trabajo ni torsionar su cuerpo me contestó:

– Sí, estuvo aquí esta tarde. Le ofrecí un café, espero que no te importe.

Creo que ni siquiera escuché toda su respuesta. Me bastó la confirmación de mi intuición, para que el sudor inundara mis manos. No entendía por qué me preocupaba tanto que hubieran hablado entre ellas. Isa era mi amiga, pero no mi madre o mi novia, no tenía por qué angustiarme, me lo dije varias veces, pero no logré espantar el susto del cuerpo. Estaba claro que no era mi mejor día, y seguro que lo peor no había llegado aún. Me podía la ansiedad.

– ¿Qué quería? ¿Te dije algo para mí?

– Quería verte. La noté algo decepcionada, pero me dijo que ya no había nada de que preocuparse. Que sólo era un retraso.

Me dejé caer sobre la silla desplomado, rendido, como si todo el cansancio del mundo hubiera caído sobre mí. Por fin respiraba sin la presión en el pecho. Por unos instantes me olvidé de Isa y de los lirios, sólo deseaba respirar. Fui hasta la ventana y la abrí de par en par. Sentí el viento cortante en la cara y estribado en el alféizar, me quedé mirando a Isa. Entonces me di cuenta de que estábamos más cerca de lo

que yo creía. Isa había terminado. Limpió los pinceles con aguarrás y los fue guardando en su caja lentamente; me miró y, quizá, el cansancio apagó la luz de sus ojos verdes. Terminó de recoger sus cosas, cogió el cuadro, me lo enseñó y dijo:

— Ya está. Es tuyo.

Me quedé mirándolo un poco aturdido. Por fin me había dado lo que quería, pensé y, sin embargo, me confundí. No era el cuadro lo que quería, pero cuando me di cuenta de ello, era demasiado tarde. Isa salió de la habitación y de la casa sin mediar palabra. Así salió de mi vida. Desde aquella noche nunca más he vuelto a verla. A diario contemplo el cuadro que mantengo cerca de mí: lirios sobre fondo color de paja, que aún no he enmarcado. Como Luis decía, es algo así como mi sombra, aunque más añorada que sentida. Vulcano, a pesar de su cojera, fue más afortunado que yo y, aunque hoy no me quedan restos de envidia, tal vez porque él fuera dios y yo sólo hombre, me alegra pensar que, quizá, un día yo pueda volar hasta el Monte Olimpo.





• Institución Gran Duque de Alba



LAURA

Institución Gran Duque de Alba



Le pregunté si era feliz. Me contestó con un sí, sin titubeos y después me miró desvelando su perplejidad ante mi pregunta. La voz de los hombres, sus deseos desde las oscuras habitaciones de aquella vasta oquedad, me traían de nuevo el sordo peso del corazón. La música susurrona, casi babosa de Los Planetas, rompió su mirar.

Siempre pienso que me mira y... que algo tan pequeño no podía hacerme daño sin querer...

Desde que pusieron el Campus en el barrio habían crecido los bares como hongos: bares de pinchos, de copas, de cafés y... ¡de la leche!; de música Pop, Hip-hop, Tecno, Indie, Rock... Laura había conseguido armonizar sin traumas las clases y la partida de pocha en el Corral de Comedias. Aquí sonaba música ambiente, pero también Los Planetas, de modo especial cuando José, el camarero, las veía entrar con ganas de echar la tarde sobre el tapete saturado de café. Lo de la Estadística no era lo suyo, de ninguna, y si además coincidía que después venía Macroeconomía, la tarde estaba hecha.

El bar era lo más parecido a una tienda de anticuario barato; hasta las mesas de mármol veteado y soporte de hierro fundido –un excelente subproducto que no desmerecía del resto de la decoración– ponían el puntillo de frío sobre manos y brazos. Un elemento más para sumergirse en esa atmósfera decadente, corta de luz, que ejerce con violencia su atracción. Visto desde fuera, a vuelapluma, podría decirse que todo lo que existe, existe fuera, en el ambiente, en la decora-

ción y en los tiempos reglados para pinchos, cañas, cafés o copas, con sus espacios y músicas.

La tarde se presentaba buena: después de Estadística, Macroeconomía y por la noche fiesta de Farmacia, ¡qué más se puede pedir! Hoy no hacía falta pensar a dónde ir o como enredar el tiempo para llegar a donde se quiere llegar. Pero, como dice Julián, la música de Los Planetas es cojonuda, aunque se necesite audífono para entender la letra.

... pero ahora siento una sensación intensa entre los sentidos y a partir de ahora todo es distinto...

Estoy seguro que piensas que la pregunta se la hice a Laura y te equivocas, la pregunta se la he hecho a Leonardo que está commigo aquí, en esta casona. Laura está en el Corral de Comedias, aunque compartiendo la misma música. Incluso es posible que a partir de ahora todo sea distinto, no porque sienta *una sensación intensa entre los sentidos*, ¡que no sé qué coños quiere significar!, sino porque cuando algo no se cuida, termina por joderse. Y ésta parecía que era la situación en la que se encontraban Leonardo y Laura.

La partida iba bien, incluso estaba bastante reñida hasta que Rosa, la más generosa en carnes, hizo la preguntita. Porque hay que decirlo todo, salvando a Laura, las otras son como *Las Gracias* de Rubens: hermosas y sobrantes. ¡Ya sé que me paso! ¿Pero qué quieres que haga? Te digo que Laura es distinta; tal vez sea por su pequeña nariz y mentón fuerte; tal vez por su poderosa risa que evoca la frescura del viento que anuncia la tarde; tal vez sean sus ojos tristes que a ti tanto te atraen; tal vez no sea nada de ello, porque a mí, a primera vista, no me ofrece belleza grande, pero detrás de su cuerpo brilla una llama azul que arrasta el deseo, como arrastran ciertos sueños imposibles pasiones.

— Leonardo ya no aparece, ¿eh, Laura?

— Eso no es asunto tuyo, ahora estamos jugando a la pocha —contestó Laura secamente.

- ¡Bueno, chica!
- Te he dicho mil veces que no me digas "chica. "¿Te digo yo a ti: bueno, gorda?
- ¡Si vamos a empezar así, yo me marcho, tías! ¡Yo no te he insultado!
- ¡Ni yo a ti! Y la que se marcha soy yo.

Laura tiró las cartas sobre el tapete, se puso el abrigo y cogió el clasificador. Un viejo clasificador que tenía desde los tiempos en que estudiaba tercero de bachiller, repleto de fotografías de tíos buenos. Salió del café mascullando su frase favorita en momentos de cabreo: ¡no te jode la gilipollas ésta! Mientras tanto, en el Corral de Comedias, un esperpento de imputaciones iniciaba su abertura:

- ¡Pues claro que la culpa la tienes tú, tía! ¡Ya sabes cómo es, hay cosas que no aguanta, como todas!
- Pero... ¿qué la he hecho yo para que se ponga así?
- Tocarle las narices con lo de Leonardo, ¿te parece poco?
- ¡Y ella me llama "gorda", y no pasa nada!
- Gordas somos las tres, no seas boba.
- ¡Pues a mí me molesta que me lo digan!
- Y tú a ella le llamaste "chica".
- Pero no tenía ninguna intención de...
- ¿Y ella sí, cuando te dice "gorda"?
- ¡Pues claro que sí! No hay más que oír el tono con que lo dijo.

Rosa tenía razón. En Laura, la intencionalidad en las palabras, sobre todo cuando estaba enfadada, era algo que se presuponía como en el acusado la inocencia, aunque no siempre se cumpla.

Laura se detuvo en las escaleras de la entrada a la facultad. Había ido derecha y decidida a tragar Macroeconomía por un tubo y, sin embargo, se dejó caer en uno de los peldaños y descansó los brazos sobre el clasificador que sostenía en las rodillas. La sucedía siempre lo

mismo: cada vez que se enfadaba con alguien lo pasaba peor que el otro. y, sin embargo, era incapaz de dar marcha atrás. Nunca supe bien si era por timidez o por orgullo. Sí, quizás sí, porque orgullosa sí que es. Dejó aquella escalera, pero no se dirigió al bar ni tampoco al aula, sino que emprendió carretera abajo, hacia el río donde el musgo cobijaba las paredes ganadas a la ribera por las aguas de las últimas lluvias. Nada hubo para el sosiego de su ira; la ira venía por los más escondidos caminos de la soledad y su andar, su andar era cadencioso y grave.

Se detuvo, como se para el sol en las mañanas de agosto, quieto, desafiante, para ver el río, que camina hacia hondas cañadas de agua arcillosa, lenta con el peso de las hojas de álamos que viajan majestuosamente por su lomo queriendo ganar la carrera al viento; flotan así también paralelos sus *sentidos*, con los ojos clavados en el correr de las aguas. De cuando en cuando el rumor del agua se apodera del corazón de Laura y lo tumba.

He encerrado al diablo en esta caja y me he dormido. Cuando me desperté la veo sentada, sonriendo sobre mi cama, me mira dulcemente y me besa y me abraza...

Laura escogió la fresca espuma que saltaba contra las piedras y se sentó esperando al diablo que no tardaría en salir del cubo en el que había sido encerrado.

A menudo sus ojos asustados de otros días traían con su voz, con su pelo, en vanos intentos por hallar un olor, una casa y así llegó el pájaro que venía de lo más alto del cielo como el primer mensajero de la desesperanza. Después, el gemido de un árbol llenó de lágrimas sus ojos que fueron limpiados furtivamente, como limpian las mujeres sus penas. En aquel estado, los recuerdos despertaban desde la infancia: *las sombras no tenían ya más refugio que las solitarias estructuras vencidas por el capricho de aquel estremecer de la tierra, de la ino-*

cencia de sus pocos años, de la ceniza y polvo en el que todo se envolvía rápidamente; su tacto seguro sobre las cosas cotidianas también fue engullido por la oquedad que se abrió bajo sus pies de niña, a ella que nació en medio del mar donde nace el sol del mediodía, la tierra le engendró el olor de la fragilidad que la soledad transporta dulcemente.

Y así se repetía y sumaba aquel dolor al presente y entre tanta confusión y sentimiento, creía ver vagar la figura de Leonardo sobre aquellas aguas que paseaban en lento remolino de deseos y sueños.

Entre tanto, leonardo, *la soñabas sentada, sonriendo sobre tu cama* mirándote dulcemente y te besaba y te abrazaba. Mientras, a ella, el agua le devuelve lo que guarda de ti para ayudarle a llegar hasta el fin de cada día. A su rabia, a sus dolores de infancia y olvidando quién es, de dónde viene, espera. Hasta que una noche te pierda en sus sueños desterrado por siempre en el olvido.

Detenida se quedó la tarde, detenido también algo dentro de ella, un espeso remanso que hace girar de pronto, lenta, dulcemente, rescatando de la superficie agitada de sus aguas, ciertos días, ciertas horas del pasado, a los que se aferra furiosamente como única materia de su vida, en la espera, tan sólo, de que todo irá desvaneciéndose en ese olvido y dejará a su lado la sombra de una ilusoria esperanza, tu figura.

Pronto siento que algo me está robando el alma, con esfuerzo consigo separar sus labios de los míos, logro separarme escupiendo sangre, el roce de su piel quema mi carne...

En el patio de Comedias continúan el esperpento imparable —la vida que se vacía en culpabilidades— y la música de Los Planetas; tú y yo aún seguimos juntos y ella, en el río, intentando rescatar desde lo más hondo de su alma las palpitantes raíces de pasiones olvidadas, que siempre surgen del fondo más profundo de la noche, donde el tiempo

y tu obstinación las depositaron, como quien descuida el aliento donde germina la ternura y por ello es *sangre* y aún en sus sueños *tu piel quemá tu carne*, hurtada ya el *alma* de fantasías.

Piensas que quiero culparte tanto como al agua que arranca de cuajo el árbol y lo arrastra hasta otras tierras donde sus raíces no hallarán cobijo. Y te justificas diciendo que ella no es de ningún lugar, que nació en Santiago, después Venezuela y Gijón y Vigo y Avila y Salamanca y... que aquel árbol no tenía raíces, que por eso se lo llevó el río, tendrás razón en ello y yo me iré y tal vez ella vivirá en el río, pero tú... respiraras la noche con sabor a fragilidad, la suya, la de tus soledades.

...cuando vuelvo la mirada, no está ella...

Unos pasos volcaron su mirada hacia atrás, a su espalda.

- ¡Qué haces aquí? –preguntó Laura sorprendida.
- Llevo una hora buscándote. Me dijeron que estabas enfadada, que las habías dejado colgadas en el bar, que Rosa no sé que te había dicho y que tú...
- Pues ya me has encontrado, ¿qué quieres? –respondió secamente.
- ¿Cómo que qué quiero? Me preocupo por ti y me respondes que qué quiero. ¡No irás a pagarla conmigo ahora, verdad? Además, no llego a comprender por qué lo das tantas vueltas. ¡Pero, no eras tú la que decías que las cosas son mientras duran? ¡Se acabó, se acabó! Leonardo es un payaso que no merece nada de ti.
- ¡Tú que sabes!
- ¡Claro que sé!
- ¡Bueno, ya está bien!
- ¡Sí! Así zanjamos todo y tú a sufrir y yo.. ¡Jodida mierda!
- Ya está bien, Álvaro, dejémoslo.

- No ves que no puedo dejarlo, ¿por qué estás tan ciega?

Laura, vencida, apoyó la cabeza sobre el pecho de Álvaro y dejó que las aguas bajasen libres. Así permanecieron un tiempo sin peso.

- ¿Nos vamos? -preguntó Álvaro.

- Vete tú, yo me quedaré un rato más.

- Pero tienes que prometerme que todo se ha terminado y que nos veremos luego.

- Prometido.

Pareció tornar así el brillo de su sonrisa en el agua que golpeaba las piedras del río.

Pero, al quedarse sola, la humedad del viento rompió un escalofrío en su cuerpo. La tarde avanzaba con sus sombras como un jinete desfavorido tronchando tierras ya arrasadas por el fuego en otro tiempo. Laura supo que nada le quedaba allí; que, sin raíces, el agua era su cuna, pero debía volver. La clase de Macroeconomía habría terminado ya, la partida de pocha, la farsa, el esperpento... ya sólo le quedaba esperar la noche y la fiesta de Farmacia; quizás allí se encontrarán de nuevo y lo vivido junto a las aguas no será más que tormenta de paso que sólo la tierra siente por su frialdad, porque el tiempo que rueda interminablemente, persistente, usando y cambiando como a rollo de río forma y suavidad, lo engulle todo en un pasado.

... ya no hay nada, sólo una brisa que me hiela el alma.



Institución Gran Duque de Alba





Institución Gran Duque de Alba

MAÑANA

Aunque el asunto del homenaje se llevó con cierta discreción para que yo no supiera más que lo necesario, procuré buscarme información adicional; que las cosas no me cogieran de improviso y que el tontolicón de Roberto no montase su numerito de hijo prodigo y astuto financiero. Me molestaba que se pasase el día empeñado en demostrar lo capaz que era, cómo si yo no le hubiera quitado los mocos durante años, antes de sentarse a la mesa para comer. Ahora tenía que tragarse, porque hay que reconocer que, aunque no fuera mi ojo derecho, sí era lince para los negocios. Mira si será, que no esperó a que cumpliera los sesenta y cinco y ya me preparó el homenaje de los cojones. Si supiera la gracia que me hace a mí esto, ¡como una patada allí mismo! Sí, mujer, sí, que aunque las cosas se hagan a lo fino, no hay derecho. Llevo un par de semanas que no doy una en el clavo, hasta los Acedo me la jugaron pagando una comisión más alta de la que yo ofrecía sabiendo que estábamos en tratos. Esto antes no se hacía, una palabra dada era una palabra, ahora hay que ponerlo todo por escrito y con el visto bueno del abogado. Pero lo peor no fue eso, sino que por fin llegó el homenaje e imagínate con quien me encontré, de frente, nada más cruzar el umbral del Gran Hotel, con los Acedo que, brazos extendidos, me arrugaron la chaqueta con tanta "enorabuena" y venga palmas en la espalda y yo, a callar y sonreír, Felisa, que se dice bien, pero hay que pasarlo. Había allí, por lo menos, media ciudad incluido el alcalde, y la cena a base de lo mejor, claro, como tu hijo no lo pagaba. Algo aturdido sí que estaba, Felisa, pero no porque creyera que toda esa gente que estaba frente a mí me mostraba cariño, no, bien sabía que yo les importaba un comino, como la mayoría de ellos a mí. Buitres, Felisa, buitres. Aunque te diga estas cosas, sé bien que a ti sí

te hubiera gustado, no te hubiera quedado más remedio que ponerte el abrigo de piel, todas lo llevaban y, no creas que no lo agradecieron, hizo una noche de perros. No puedes ni imaginarte lo que me costó aguantar todo aquello. Estaba solo, Felisa, solo. Sí, ya sé, tenía a los hijos, pero no es lo mismo, ellos tienen su vida; no creas que lo digo como un reproche, no, que yo también tuve la mía. Sabes qué fue lo único que me gustó, unas rosas, Felisa, un ramo de rosas que me regalaron para ti. Te lo llevé a la mañana siguiente, limpié con cuidado la lápida sucia de lluvia y de polvo, que no creas que no me costó sacar la cara al mármol, ¡vamos!, que entre unas cosas y otras, eché contigo la mañana; te dediqué más tiempo que cuando estábamos juntos, pero ahora no tiene mérito, me sale el tiempo hasta por los bolsillos. Lo que oyes, Felisa, son las diez de la mañana y aquí me tienes, en el salón de la casa, mirando tu fotografía, haciendo tiempo, esperando a tu hija que se ha empeñado en acompañarme. Hasta discursos y todo. Felisa. Habló el concejal de urbanismo, yo no pude decir más que "gracias", se me puso un nudo, un nudo en la garganta más de rabia que de otra cosa. La rabia me vino de verme vencido, caído. Te aseguro que más de uno se alegraba con el homenaje, que lo notaba en sus ojos, en el modo como me sonreían mientras pasaban su mano por mi espalda diciendo: "ahora, a vivir", "qué suerte tienes, si yo pudiera", "cuándo me llegará a mí la hora"... y más cabronadas de ese género. Si hubiera sido por ganas, a más de uno le hubiera partido la cara, ¡que sí Felisa!, ¡que del árbol caído todos hacen leña! No faltó de nada, tuvimos hasta baile y barra libre. Menos mal a Anselmo que me acompañó durante la velada, ya sabes que no habla mucho, pero pude beber en compañía, nunca he sido capaz de beber solo ni siquiera aquellas noches en las que te enfadabas y te ibas a dormir a la otra habitación, se me caía la copa de la mano y me sobraba orgullo para ir a buscarte, que más de una vez lo intenté. Claro que, a orgullo, tú tampoco te quedabas atrás, porque estoy seguro de que te pasabas la noche en vela y te aguantabas las ganas, que en eso saliste a tu padre, el pobre. ¡Sí, el pobre!, aunque te moleste tanto ahora como antes, porque no me negarás que no fue un pobre hombre toda su vida, aguan-

tando como una burra, resistiendo y dando todo lo que tenía sin aprovechar ninguna ocasión, que las tuvo, Felisa, incluso mejor que las mías y ya ves como terminó. Ahora que ha pasado tanto tiempo, lo recuerdo como si fuera ayer, no aceptó mi ayuda, ni en préstamo, se fue plácidamente, ya no tenía nada que le atara aquí; bueno, te tenía a ti, pero te habías casado y yo me encargaba de que nada te faltara, eso le bastó. Te aseguro que hice todo lo que estaba en mis manos, incluso te mentí; sí, no te dije la verdad sobre su muerte, aunque siempre tuve la duda de si me habrías creído.

- Papá, espera un poco. En la maleta grande he puesto tu ropa, en la más pequeña, algunas de tus cosas que he pensado que te gustaría llevar la voz salía de la cocina.

Cuidado que es pesada. Se me fue una y me vino otra. Hasta que las haces arrancar, ¡manda narices! ¿No me negarás que esta muchacha no ha salido clavadita a ti? Hasta en los andares se te parece, que bien lo oigo yo cuando recorre el pasillo, que siempre te me vienes al recuerdo. Hoy están tan contentos. Ella y el pocholo ese que tiene por marido. Se piensan que les hago un favor con irme a la residencia esa. Me dan ganas de darles las gracias por el empeño que han puesto para encontrar lugar y plaza, que no te creas, esto no es tan fácil como donde tú estás, aquí todo está muy solicitado, por los hijos, ¡claro! No te preocupes, que aunque no lo sepan, me hacen un gran favor. Además, no pienso decírselo, así algo de remordimiento les quedará. A estas alturas de conversación, ya me lo habrías llamado veinte veces. ¡Llámamelo!, que sé que té quedas con las ganas. Dime que soy un animal, un animal sin sentimientos. Hace mucho que no me lo dicen y estaba tan acostumbrado a ello, que lo echo en falta, Felisa. ¡Eché en falta tantas cosas! ¿Quién coños me mandaría a mí dejarles quedarse a vivir aquí cuando tú me dejaste? Porque fuiste tú la que me dejaste, tú la que no quisiste luchar cuando el cáncer te mordió fuerte. Te escapaste sin avisar y sin resistencia, también en eso saliste a tu padre: mantuviste la alegría hasta el final, para que el susto me cogiera

de golpe. Yo en ese tiempo estaba medio atontado, ¡que no era yo!, y les dejé instalarse. En menos de un mes ya había hecho un viaje a La Alcarria con el Inserso y era socio de un club para personas de vida ascendente del que nunca he logrado recordar el nombre. ¿Me imaginas entre personas cargadas de pastillas y quejoso de todas las partes del cuerpo, incluida la que tú sabes? Yo, Felisa, pasando un día de excursión, esperando a que llegase el momento de jugar una partida como único aliciente. Y después, lo de los médicos; me han hecho revisión de todo, hasta sangre me han sacado, de aquí para allá todo el día y, no te creas, de la Seguridad Social nada, médicos de pago todos, como si el dinero hubiera que tirarlo. Ya no queda ni un rincón en esta casa que considere propio. A Luisa la jubilaron también; la verdad es que ya estaba pesada, no podía con las piernas, pero al menos yo tenía algo de compañía en ella. No vayas a empezar con lo de siempre, que aquello pasó y pasó y nada más. La cosa no fue tan grave, tú estabas embarazada de la muchacha y un hombre tiene sus necesidades, ¿querías que lo hubiera ido a buscar fuera de casa? Ya sé que tú nunca lo olvidaste; aunque no te lo creas, ésta no era de las que se abrían de piernas a la primera, como pensabas, yo creo que le di lástima y no otra cosa, ya me hubiera gustado que hubiera sido diferente, porque me reconocerás que fue una buena mujer y que te ayudó mucho. Como le quedaron cuatro perras de pensión, le abrí una cartilla con algún dinero; ves como no soy tan animal. Si hubieras luchado como yo quería, ahora no estaría así, deseoso de libertad. Si hace algunos años te llegan a decir que lo que más iba a desear en este mundo era libertad, no me lo hubiera creído. Y aquí me tienes, como un muchachuelo, deseando libertad. ¡Le zumban los cojones! Por eso tengo ganas de dejar esta casa. Lo único que me duele de esta situación es el precio que tengo que pagar por la dichosa libertad. Se me queda la vida pegada a estas paredes, frente a estas maletas en las que sabe Dios qué habrá metido ésta, supongo que no serán otra cosa que una colección de estupideces —coge una de las maletas, la deja sobre la mesa y la abre—. Mira, ya me parecía a mí. Cuidado con el trasto este que, en cuanto lo enchufas a la luz, quema como un diablo. ¡Será posible que

no se dieran cuenta de la cara que puse cuando me lo regalaron! Me lo regalaron justo nada más marcharte. Pensarían que sin ti, tendría frío en la cama y, con esto... ¡calor eléctrico! Seguro que fue idea de tu yerno, que más que sangre, tiene horchata. Claro que tu hija... esa tiene menos cabeza que tú. La primera ocurrencia genial que tuvo nada más de instalarse en la casa, fue poner su dormitorio al lado del nuestro. Pensaría que además de viejo, viudo y con frío, era también sordo. Durante las primeras noches que les escuché, me entraba un no sé qué por dentro que... Después me fui acostumbrando y consolándome con el recuerdo y la imaginación, ya me entiendes, me costaba lo suyo, ¿comprendes?, pero me sentía entero aún a pesar de tu ausencia, pero con tu recuerdo. Algunas veces te creía a mi lado y tenía que extender el brazo para darme cuenta de que ya no estabas ¡No necesitaba este cacharro para nada! No tardé mucho en descubrir, ¡sorprendentemente!, que los suspiros... y los sollocitos... no eran de tu hija, sino de tu yerno. Se me revolvían las entrañas, Felisa. ¡Y una vez más, me di la razón! Sí, ya sé, a ti no te gustaba que dijera que el muchacho ese era un poco tontaina y un mucho indefinido. Tú siempre me decías que era muy sensible. Y tanto, Felisa, que yo creo que algo no funciona bien. ¡No! No son como nosotros cuando teníamos su edad. ¡Ni mucho menos! Estos, o pasan más hambre que un "maestro escuela", que decíamos, o no tienen hambre. En cuanto me di cuenta del asunto, me cambié de habitación. Me fui al fondo del pasillo, a la habitación de Roberto. Aquellos sollocitos me producían retortijones de tripa. Pero allí no olía a piel, a la tuyta, Felisa. Al principio me costó, pero ahora me alegro, me solté un poco de ti y eso me vino bien. Además, la habitación de Roberto siempre me gustó. ¿Te acuerdas? Da, justo frente a la puerta del teatro. Sí, mujer. Donde ponen las grandes carteleras. ¡Tienes que acordarte! Los días de estreno ponían la alfombra roja y aquellos cordoncillos amarillos que nos llamaban tanto la atención, el frac y los largos vestidos negros, y algún que otro snob que vestía pantalón vaquero para llamar la atención, que no era por otra cosa. Ahora puedo decírtelo, antes no, porque te hubieras reído de mí. Durante bastantes años fui a diario al teatro. ¡Sí, mujer, no te extrañe! Me imagi-

no la cara que estarás poniendo. Iba a los ensayos, me dejaban pasar; incluso en alguna ocasión, eso sí, de forma accidental, llegué a actuar, sólo de apuntador, claro. Sin embargo, soñé tantas noches que era el protagonista. Más de una vez estuve a punto de decirte que fuéramos al teatro, pero tuve miedo a que descubrieras mi afición y me tomases en broma, no me gustaba que ni siquiera tú supieras mis debilidades. Pero, en mis sueños, interpreté cientos de obras; de algunas guardo un buen recuerdo, otras no me salieron muy bien, pero de todas conservo algo de sabor del miedo que me producía la sola idea de que el apuntador no estuviera atento a alguno de mis olvidos. Y tú que siempre me reprimías que no agarraba un libro. ¿A que te hubieras reído? Hay tantas cosas que no sabías de mí. Supongo que yo tampoco te conocí lo suficiente. No pienses que era un mal actor. ¡Vaya que si se me daba bien! Te lo demostraré. Veamos... Sí, yo creo que sí. Puedo interpretarte al Pingajo, de *Bodas que fueron famosas del Pingajo y la Fandanga*. Tienes que situarte. El Pingajo es un pobre hombre, uno de esos soldadillos de tres cuartos que, por desgracia o suerte, se salvó del desastre de Cuba. ¿Te haces a la idea? El Pingajo quiso casarse con una gitanilla y darle una boda en condiciones, pero como no tenía dinero, decidió asaltar el Casino de Madrid. Y ahí le tienes, pasándose por un militar de alta graduación y codeándose con los señoritos de Madrid: *Gracias caballeros... Es la primera vez que pongo los pies en este casino. Acabo de llegar repatriado. Después de aquella campaña, uno no acaba de hacerse a estos refinamientos...* Y cuando ya se ha metido a todos en el bote, contesta a uno que le pregunta por un familiar: *Cualquiera sabe. Ojalá se lo pudiera atestiguar. Después del desastre cada cual se fue por su lao... Yo estaba en el hospital. Me hice cargo de aquello. Les hicimos frente...* Pero me ordenaron la retirada. *Si por nosotros hubía sido... Pero quien manda, manda. Ahora con proponerme pa la Medalla Individual estoy pagao. ¡Maldita sea la estampa de los politicastros...!* ¿No me digas que no he estado bien? Tú que siempre me decías que sólo sabía de números y facturas. Este calentador, para tu yerno, quizás tu hija lo agradezca. Mira, mujer, en esto sí ha acertado, esta maleta está llena de sorpresas. De la tripa siem-

pre ando algo apretado. Y la navaja... , ésta era la mejor; si tuviera el pulso como hace cinco años, pero ahora... ¡Hasta una bufanda!, será para tenerme contento, que no me arrepienta y me quede. ¿Será posible? Seguro que también está... Mira, Felisa, es la baraja, ¿de dónde la habrá sacado?, si hacía años que no la veía por ningún lado. Y el trofeo: "Campeonato de Mus. Campeón 1960". Lo recuerdo como si fuera ahora mismo. Adolfo, que están a falta de dos chinos y no se nos pueden ir. ¡Corta cuando llegue a ti! Estábamos a cuatro juegos iguales y llevaban tres chinos más que nosotros. La mano era decisiva y había que entrar a saco. Yo tenía fama de poco farolero, de que amarraba siempre los tantos. Se había formado el corro de mirones que calentaban el ambiente. Mi compañero, que aunque me había dado la ciega, estaba tranquilo. Sabía que si cortaba, era porque tenía jugada. No se me olvidará nunca. Comencé echando órdago a grande. Órdago que no quisieron. A chica, me pasé. Tenía que hacerme fuerte a los pares. A pares, tampoco quisieron el órdago, aunque Faustino estuvo a punto de hacerlo. Esta jugada fue motivo de una buena discusión entre ellos, yo creo que después de aquel campeonato no han vuelto a jugar juntos. La suerte nos sonrió cuando sólo yo llevaba juego, ¡treinta y tres! Treinta y tres y dos sotas era todo lo que yo llevaba. Ellos, dos reyes y veintiocho al punto. Ganamos el juego, la partida y el campeonato. Adolfo y yo terminamos de festejarlo en no sé qué club de carretera bien entrada la mañana. ¡Esta muchacha! A veces tiene destellos de inteligencia que me sorprenden. ¿De dónde lo habrá sacado? A los hijos, Felisa, no hay quien los entienda. Tú pasas la vida a su lado y te ignoran. Te marchas, y se ponen zalameros. ¡Lo que daría por saber qué harán y qué dirán el día en que me muera! Mira, mira que cartera, de piel de becerra, de lo mejorcito... y mis fotografías. Esta es la mejor: "Inmobiliaria Hernández". El rótulo no era muy grande por entonces. Aquí sí que hay recuerdos y vida. ¿No piensas tú lo mismo, Felisa? ¡Mira!, comenzamos aquí, en los bajos de aquel edificio que terminamos comprando para solar. Fueron años duros, pero tenían su atractivo, sobre todo para gente arriesgada y con pocos escrúpulos, no como tu padre. Tú siempre me lo decías, incluso, me lo echabas en ca-

ra. La verdad es que al principio lo hacía por ti, por la familia. Después no; era como un vicio. Necesitaba gustar el poder que da tener gente que depende de una decisión tuya, arriesgarme, aprovecharme si encontraba la ocasión. No pienses que era algo fácil, que no me costaba mi dinero. La clave estaba en rodearme de gente con poder, pero sin dinero. Es el mejor camino para hacer buenos negocios. Los actos de caridad los hacías tú, que parecías una manirrota. ¡Venga a trabajar para que tú fueses buena! ¡No dirás que alguna vez te lo eche en cara! Aunque la verdad es que si no lo hice, no fue porque estuviera de acuerdo con lo que hacías, sino porque en el fondo, me hacías sentir más honrado. ¿No estarás pensando que teuento estas cosas porque tengo remordimientos? Los únicos remordimientos que tengo son: el haber dejado venirse a vivir a esta casa a tu hija y a ese pardillo que tiene por marido y... ¡porque tú lo quisiste!, dejar la empresa en manos de tu hijo Robertito. ¿Tú sabes lo primero que hizo? Cambió el nombre de la empresa por algo en inglés y me eliminó, eso sí, con el famoso homenaje que yo pagué. No sabes las ganas que tengo de dejar esta casa, de ser libre otra vez, como lo fui contigo. Pero hay algo que me agarra las entrañas y todos estos recuerdos hacen más violencia o el tirón. Si estuvieras aquí, las cosas serían distintas. Aunque no lo sé de cierto; no estoy muy seguro de que tu presencia hubiera cambiado esta situación, porque aunque nada te comentase, hacía ya años que te sentía extraña y distante, como quien ya ha gastado todo lo que de común había. Tenía la seguridad de que sabías mi juego: las cenas de negocios, los viajes fingidos... todo. Callabas y consentías en vez de rebelarte, que nunca fuiste de las que se enfrentan; te conformabas con que no hubiera escándalo y construías tu vida paralela a la mía. ¿O era yo quien la construía? Tú tenías los hijos. Yo ni siquiera eso. No digas que porque yo quise, que no me preocupé de ellos, que pasaba días sin verlos ni olerlos, porque eso lo hacen muchos padres y sus hijos les quieren. Tu actitud callada me remordía, Felisa, que no era resignación lo tuyo, no, que nunca fue tu estilo. Se había agotado todo y lo sabías, pero era ya algo tarde para encontrar otro camino, ¿a dónde iríamos por separado?, tú no lo consentirías y yo... yo estaba ya he-

cho a ti, porque una cosa es la madre de tus hijos y otra..., éas son de una tarde, de unos días, nada más, Felisa, nada más. Buscaste la mejor salida. Comprendes ahora por qué te reprocho tanto tu falta de lucha contra la enfermedad. Te culpo de mi situación. Sí, fue la enfermedad quien acortó distancias y me hizo sentirme perdedor, una sensación que no tenía desde hacía muchos años, porque fue ahí donde me venciste; después, todo vino en picado. Lo tuyo fue de familia, Felisa, os vais, pero dejáis heridos de muerte, como hizo tu padre, que no se me olvidará en lo que viva; sois de los que os marcháis matando, dejando a la intemperie la fragilidad del otro. No pienses que creo que lo hiciste por venganza, no, sé muy bien que no fue así, que lo tuyo era más cuestión de dignidad, ¿me comprendes, Felisa?

A esta muchacha no se le olvida nada, ni mi próstata. Un orinal, ¿para qué quiero yo un orinal? Aún puedo ir al baño tantas veces como sea necesario y no tengo necesidad de este trasto. ¡No tengo ninguna gana de renunciar a nada, Felisa! ¡A nada! Todavía soy un hombre con derecho a la vida, a acariciar unas nalgas, Felisa. No me van a atar en esa residencia como ellos pretenden. Me dices que no grite, ¿que me calle?, ¿que no diga más burradas?, ¿que nos escucha la gente..?, ¿a qué gente te refieres? Nunca me ha importado la gente y a ti no te parecía mal que fuera así, ¿o ya lo has olvidado? La gente no existe... o... ¿te refieres a tu hija, al personal de servicio, como ella los llama?, a ellos, Felisa, les da igual, contemplan pasivamente. ¡Tú te crees que les importa algo lo que yo diga o cómo sea yo? ¿Piensas que alguno se reconoce en mi vida, en mis sentimientos? No, Felisa, no, no te engañes. Ellos, sencillamente, miran. Si les provocas, dirán que somos locos o inmorales, pero nunca reconocerán su historia aunque se la dibujes esperpéticamente. ¿Que lo haga, entonces, por ti? Me pides que me calle por ti. También para eso ya es tarde, tú ya ni siquiera estás aquí. Me voy, Felisa, solo y hasta donde llegue, te dejo todo, son demasiados recuerdos para quien quiere seguir viviendo, y yo quiero hacerlo, Felisa.

— En dos minutos estoy contigo, papá. Enseguida nos marchamos.



Talavera



Institución Gran Duque de Alba



Institución
Fundación
Gran Duque de Alba

MARIO ÁLVAREZ IGLESIAS



Institución Gran Duque de Alba

Si tienes ganas de encontrar pareja, marca el 93516465.

— *¿De qué quieres hablar?*

— *Hola, buenas noches, me llamo Mario.*

— *¿Qué te pasa, Mario?*

— *Llamo porque me gustaría recibir cartas, soy tímido y tengo veintitrés años.*

— *¿Qué aficiones tienes, Mario?*

— *Pues no sé. Me gusta mirar por la ventana de mi habitación ver a la gente que está en la plaza. Me gusta ir al cine y escuchar la radio los viernes por la noche, también tengo trabajo fijo y...*

— *No te preocupes, Mario, verás como pronto recibes montones de cartas. ¿De acuerdo, Mario?*

— *Gracias.*

— *Gracias a ti, Mario. Buenas noches.*

Mario Álvarez Iglesias, nació el 14 de noviembre de 1974, en un barrio periférico de ciudad. Era el segundo hijo de una pareja que hoy denominaríamos de hecho, pero sin formalizar, pues la madre estaba casada, ni separada ni divorciada. No se les conocía trabajo fijo y su modo de vida era comentario continuo entre los vecinos, sobre todo por las broncas entre la pareja a cualquier hora del día o de la noche. Nadie, entre la vecindad, sabía de dónde habían venido o de dónde eran, ni siquiera conocían sus nombres. Cuando se referían a ellos, decían: los del “tercero c” o, sencillamente, “esos”. Durante toda la noche había gente que entraba y salía del piso, con rapidez y sin causar demasiado ruido. Se supone que no querían llamar la atención del

vecindario, algo imposible en un edificio plagado de personas venidas de todas partes, casi todos de entornos rurales, para quienes abrirse camino, encontrar trabajo en la ciudad no era nada fácil. En opinión generalizada, aquella pareja tenían que ser "camellos", pero su forma de vestir casi harapienta, parecía no confirmar esta opinión. Había quien pensaba que aquel piso era una tapadera y que vestían así para despistar, para que nadie les denunciase a la policía.

La niña sería cinco o seis años mayor que Mario, aunque con toda probabilidad sufrió malos tratos según la información aportada por algunos vecinos. No tuvimos posibilidad de verificar tal hecho. Comprobar malos tratos en el caso de Mario, fue más sencillo. En tres ocasiones le atendieron en urgencias de quemaduras y contusiones varias. En la última hubo de ser internado y se le practicaron dos operaciones en la muñeca izquierda, por lo que su estancia en el hospital se prolongó más de siete meses. Durante todo este tiempo el padre no apareció por allí y, a la madre, le terminaron prohibiendo la entrada por el estado de embriaguez, o algo similar, en el que se encontraba habitualmente. Las visitas más frecuentes que el niño recibió fueron las de una anciana, la señora Juana. Una mujer de rostro seco y cuerpo de raíces, visibles sobre todo en sus manos de largos dedos. Fue ella quien llamó a la policía y atendió al niño después de dos días de lanto continuo.

- No sé por qué te tuviste que meter en esa casa, esto no nos traerá más que problemas y si Luis se entera, ¡lo que nos hacía falta! ¿Pero es que no te das cuenta, madre?
- ¡De qué tengo que darme cuenta? El niño lloraba, dos días llorando, dos días con dos noches, ¿no es suficiente? Le oía por la noche y el llanto se me había metido en la cabeza.
- ¡Por qué tuviste que llamar a la policía? Ahora, ¿cómo se lo explico a Luis, madre? Esa gente es mala gente. Sólo Dios sabe lo que podrán hacernos cuando se enteren.
- Yo no tengo nada que perder y el niño lloraba, no pensé en más cosas. Sabes, hija, tu padre era muy severo, pero nunca le tuve miedo, Luis, hija, Luis... es tu marido no el mío.

- ¿Pero no te das cuenta cómo vivimos? Vivimos estrujados en el piso. Los muchachos durmiendo en el comedor, tú y la niña en esa habitación que apenas podéis revolveros y yo... Ni siquiera los domingos podemos dormir a gusto por esa manía que tienes de escuchar la misa y, si por lo menos pusieras la tele baja.
- Recuerda que yo no quería dejar el pueblo, que vine porque me trajiste.
- Después de que murió padre no podía dejarte sola y en las condiciones en las que estaba la casa, madre. Tampoco podía enviarte dinero, ya ves cómo andamos, sólo Luis trabaja y yo, a horas.
- En el pueblo yo necesitaba poco, tenía las gallinas y el cacho huerto y la gente, aunque es verdad que cada vez menos, y la soledad y la Iglesia y...
- Pero no te das cuenta de que no podía dejarte sola, no podía, madre, soy tu hija.
- Más pronto o más tarde, todos nos quedamos solos. El llanto del niño me entró por la cabeza, pero se quedó en las entrañas. No pude hacer otra cosa.

Fue algo imprevisto. Juana bajaba a buscar el pan y la leche como hacia cada mañana. La puerta estaba entreabierta y, quizá por ello, el llanto del niño se le hizo más agudo en el alma. Se detuvo frente a ella y llamó, llamó repetidas veces sin escuchar otra cosa más los gritos del niño, por eso entró. El pasillo era largo y estrecho, y a sus lados, bloques de periódicos y cajas de cartón aplastadas dificultaban el paso. Tropezó con algún objeto, tal vez por el miedo que sentía. Al final del pasillo, se abría una pequeña estancia que, recordando el piso de su hija, debía corresponder al comedor, pelado y sucio con una mesa—camilla desnuda y dos sillas. La persiana estaba medio bajada, la luz era escasa, aunque más generosa que en el pasillo; el niño tenía que estar allí, lo sentía y también sintió olor fuerte a mierda y orín que le picaba en la nariz. Levantó la persiana y muy cerca de sus pies estaba el niño. Sólo llevaba puesta una camiseta del mis-

mo color que la suciedad que cubría el pequeño cuerpo de apenas un año. Parecían no quedarle lágrimas. Se habían pegado a la cara los moscos, secos, del color ocre como sus propios excrementos. Una sensación repelente le hizo retroceder a la anciana, pero el niño con un brazo, del otro colgaba su manita como un apéndice malva, retuvo a Juana.

Con la llegada del buen tiempo, Juana volvía al pueblo cada año. Pasaba tres o cuatro meses allí, hasta que su hija iba a recogerla, pero después de lo sucedido, a pesar de que la familia del niño desapareció del bloque de la misma manera que había aparecido. Juana no regresó a la ciudad.

La familia entre tanto perdió la potestad sobre el hijo, que fue acogido en una "casa cuna" hasta los tres años y, después, pasó a un orfelinato hasta cumplir la mayoría de edad. Las posteriores intervenciones en la muñeca no fueron capaces de hacer de su mano más que un muñón, que sólo adquiría vida con la ayuda de la otra.

A veces/ la vida niega con tanta fuerza el sentido/ que termina obándose el alma./ Entonces, no hay razones,/ no existen sentimientos/ ni impulsos capaces de romper/ el vacío en el que todo se ha inscrito. Después,/ todo es posible.

Ahora Mario pasaba las noches del viernes escuchando la radio y los sábados, desde hacía algún tiempo, solía ir al cine. La pensión donde vivía se la buscó el asistente social, también el trabajo. Fue más fácil, por lo de la mano. Consistía en repartir y recoger correspondencia y paquetes de los distintos despachos en una empresa de servicios importante. Aunque no le desagradaba el empleo y tampoco le suponía esfuerzos físicos, no era sin duda lo que había soñado. Pero la gente le trataba bien, incluso, si algún paquete era demasiado grande, encontraba siempre ayuda. En la pensión era diferente. Tenía habitación propia, un espacio de intimidad sólo roto por Josefina, la señora de la lim-

pieza. Aunque no demasiado grande, la primera vez que entró en ella, le pareció un mundo, un mundo que podía hacer suyo; además, él tampoco tenía tantas cosas, algo de ropa, un radio-casete, algunas fotografías, tres o cuatro libros y poco más. La ventana de la habitación daba a una recogida plaza sembrada de plataneros que en primavera alargaban las ramas hasta su alféizar. Durante el invierno, la plaza se vestía de soledad a veces rota por el paso de la gente, pero en primavera o verano se llenaba de vida y Mario pasaba las horas pegado allí, cerca de la ventana, escuchando otras vidas que subían hasta él. Unas en forma de lamento, otras de esperanza, recreando con aquellas voces y su fantasía, la suya, cerrada en el limitado círculo de su timidez. Porque el silencio de Mario siempre me trajo a la mente el miedo a lo no conocido, mezcla de desconfianza e incapacidad, tal vez provocado por su mano habitualmente oculta en el bolsillo del pantalón o la chaqueta. Sólo Josefa, mujer tan callada como él, era capaz de sacarle por instantes del mutismo habitual, arrancándole, a veces, alguna palabras, a veces, una sonrisa que hacía que su rostro perdiera el semblante de indefinición que atesoraba. Porque en la cara de Mario no había nada que retuviera nuestra atención, era una de esas caras ni feas ni guapas, inexpresivas, como una puerta cerrada que impide el acceso a la intimidad. "Tienes que salir más, echarte amigos, novia", le repetía casi machaconamente Josefa, "ir a discotecas a bailar y hacer las cosas que hacen los muchachos de tu edad". "Metido aquí, terminarás ajándose, como yo, que me quedé compuesta y sin novio por tímida y, ahora, ya me ves, ni para vestir santos. Porque a mí no me engañas, lo que no hablas, lo piensas, lo sientes, lo dueles y lo guardas, después cría costra, como la mierda en los rincones, que no hay quien le saque la cara por mucho que restriegues, ¡qué me vas a decir a mí!, que me paso el día rodilla en suelo. Si es por no tener una familia; aquí me tienes a mí, con familia y más sola que tú. Me vine a la ciudad a los dieciséis años a servir, fui más tonta que la chata, me hicieron una barriga y nadie me quiso. Mi familia menos. Al pueblo no he vuelto desde entonces, ni siquiera cuando murió mi madre. Después perdí al niño, los médicos me dijeron que porque era muy joven y algo estre-

cha de caderas; para mí, que apreté demasiado las fajas, para que no se notara, que desde entonces lo llevo clavado en las entrañas. Gracias a doña Paca que me acogió y, aunque trabajo más que una burra, ya lo ves tú, me siento en mi casa. Tú estás aún a tiempo, échate a la calle y busca una muchacha, feo no eres y tienes un buen trabajo. ¡Hazme caso, niño! haz caso a la Josefa, que te quiere bien". Esta misma historia se la repetía casi todos los sábados, cuando entraba en la habitación de Mario con algo de comida, pues sólo le correspondía desayuno y cena en la pensión. Durante la semana era lo más conveniente, porque comía en la empresa, pero los fines de semana tenía que salir por ahí a comer y no le gustaba, no terminaba de acostumbrarse a comer solo, después de tantos años en el orfanato, de tantos años junto a Pedro.

En el orfanato no tuvo más familia que a Pedro, aunque los recuerdos que tenía de otros compañeros y educadores eran buenos. Era Pedro, su recuerdo, quien llenaba su soledad. Le dieron apto para la "mili", se fue a Cádiz y allí se casó de penaliti; ahora tiene dos hijos, trabajo y está contento. ¿Por qué no habría tenido él la misma suerte? Claro que, Pedro era más vivo que él, más atrevido, no se le ponía nada por delante, y Mario se sentía arrastrado, gratamente empujado de u timidez a un mundo que no parecía pertenecerle, pero con el que se sentía a gusto. Si no hubiera sido por lo de la mano, habría ido a la "mili" y... ¿quién sabe lo que podría haber ocurrido? También fue la mano lo que impidió en varias ocasiones su adopción. Lo de Pedro fue distinto, era más avisado, tenía, siempre se decía, las características de un potencial delincuente y eso retrajo la adopción. No tenía más de ocho años cuando se escapó la primera vez del orfanato. En esta ocasión volvió acompañado de la policía, en las siguientes, regresaba solo, bueno, los dos, porque Mario se escapaba con él, no era más que un deseo de conocer, de ver cosas; encerrados allí siempre era lo mismo y cuando a Pedro se le metía algo en la cabeza, no había forma de convencerle de lo contrario. "Tú déjame a mí", era la expresión de Pedro; tú déjame a mí y después las consecuencias las pagaban los

dos, porque Mario nunca le recriminaba, ni le echaba en cara los castigos que por su culpa tenía que sufrir, sobre todo si les pillaban dentro de la cocina, con la Rosa, que la pobre era algo retrasada y jugaba con los muchachos mayores a cambio de un puñado de galletas. Aunque entre los chicos era comentario público, la dirección parecía no enterarse y así, la Rosa se convirtió en la pedagoga sexual del orfanato. "Vamos a la cocina, que ahora no hay nadie, he visto como salía Antonio". "¡Que no, Pedro, que nos "chingan" otra vez y nos acusan de robo!" "Mientras nos pillen con las galletas en la mano, no pasa nada, peor sería que nos pillarán trajinándonos a la Rosa, ¿no te parece?" "Por eso, yo no quiero más problemas aquí." "Pues vámmonos a los servicios." "No tengo ganas." "Pues yo sí." "Sabes que no me gusta, que luego me siento mal." "¿Qué pasa, ya no eres mi amigo?" "No es eso, yo sólo te tengo a ti, pero..." "Pues yo tengo ganas, tú déjame a mí, ¡venga, vamos!" "Está bien, pero a la cocina, con la Rosa y a condición de que yo sea el primero, que luego, cuando ella se hará, empieza a decir que si mi mano, que está muerta, que le dan esca lofríos... y me quedo a medias." "Pero siempre te ayudo, ¿o no?" "Pero no es lo mismo, que te lo hiciera a ti." "Venga, que estoy que me salgo." Ahora Pedro tenía dos niños y, como decía Mario, era un padrazo. Nunca quiso ir a verle, él tenía ya su sitio; en el fondo, sentía miedo a que las cosas no fueran lo mismo, y no lo serían, por ello prefería seguir guardando en la memoria aquellos recuerdos y rescatarlos a solas. Las dificultades, o los miedos, siempre le retrajeron. A Pedro, sin embargo, le empujaban al desafío, a probar continuamente su temple y romper así los nervios de educadores y maestros hasta el punto de estar varias veces a las puertas del correccional.

"No te quejarás, cada día un puñado." Era la primera frase que Josefa le soltaba en cuanto lo veía deambular por los pasillos de la pensión. Fue ella la culpable de que se atreviera a llamar a la radio, se pasaba los días repitiéndole lo mismo: "tienes que salir, echarte amigos, echarte novia..." La idea rondó muchos viernes por su cabeza, a Mario le gustaba escuchar esos programas, pero de ahí a que se atre-

viera a llamar, era otra historia. El teléfono estaba en el pasillo, aunque a esas horas de la madrugada era casi imposible que alguien pudiera estar levantado y escucharle, la sola posibilidad de que alguien pudiera hacerlo, le paralizaba en la cama. Pero ocurrió, tenía que ocurrir. Serían cerca de las tres de la madrugada, comprobó que nadie estuviera levantado y llamó. Pasaron algunos días y después llegaron las cartas, muchas cartas, cada día más cartas. A Josefa le parecía demasiado, con dos o tres ella se habría conformado, suficientes para que el muchacho comenzase a hacer amigas; tanta carta llegaría a confundirle y no habría logrado su propósito. No pudo evitarlo, limpiaba la habitación de Mario y un puñado de cartas le esperaban sobre la mesa. A escribir no había logrado aprender bien, pero leer era otra cosa, siempre que no fuera una de esas letras que se parecen a las que los médicos hacen en las recetas; si era clarita, estaba chupado; además, las mujeres siempre hacen letra redondita. Josefa pensaba esto más para apartar sus escrúpulos teniendo las cartas a su mano, que por las dificultades que podría encontrar en la lectura. No pudo resistirlo y comenzó a leer una a una todas aquellas cartas. La mayoría eran algo tontas, pensaba, y sin embargo, en su corazón también se despertó ese deseo de compañía, viejo y en letargo ya en ella durante tantos años. Josefa se convirtió en el guardián de la correspondencia de Mario. Bajaba a buscarla, le llevaba las contestaciones a poner sello y las echaba al correo. Leía todo lo que Mario dejaba a su vista, pero ni una sola salida, ni un solo encuentro con ninguna de aquellas chicas a las que escribía. Esto comenzaba a obsesionarla, había cogido cariño a aquel muchacho, quizás vio en él el hijo que nunca tuvo y que ahora tendría su misma edad, o tal vez, su deseo de ver dibujada en aquella cara inexpresiva alguna sonrisa. Lo pensó durante días, eligió la carta, la chica... y la escribió. Su torpeza en la escritura no le impidió ser directa, clara, y así se estableció una relación íntima y cercana, de la que Mario jamás supo hasta algunos meses después, cuando Josefa le dio la carta. En esta época ya no llegaban tantas y Mario en cuanto cayó en sus manos la leyó, delante de Josefa. No tardó en dibujarse la sonrisa esperada y a Josefa se le

hinchó el alma. Era lunes y la cita sería el sábado. Nunca había visto tan feliz al muchacho. "Todo había merecido la pena", creía Josefa, hasta el punto de que después de la cena charlaban durante horas en la cocina, como si el tiempo o la hora de comenzar el trabajo, no tuvieran importancia. Para Josefa, quizás más que para Mario, fue el tiempo más feliz.

Josefa le había planchado algunas camisas y cepillado la chaqueta, sin que doña Paca la viera, claro, más que nada por lo del gasto de luz, que se pasaba el día apagando luces, como ella no tenía otra cosa que hacer durante todo el día. Eso y cuidar de Fofo y Miky, sus gatos. Cuando Mario abrió la puerta de su habitación, se encontró de frente con ella, "está guapo", pensó Josefa, y cruzó los dedos para que todo le saliera bien.

Era cerca de la una de la madrugada y Mario no había llegado aún, por lo que Josefa decidió irse a la cama. A pesar de que para ella tanta tardanza podía ser un buen indicio, no lograba coger el sueño y así escuchó el abrir de la puerta y los pasos siempre iguales de Mario, aunque algo indecisos, tal vez por miedo a molestar. También sintió cerrar su puerta. Con tantos años en la casa, identificaba cada ruido, cada movimiento. Lo que tenía que haber sido motivo de tranquilidad, se convirtió en cosquilleo y la pasión logró vencer la timidez que la elevó de la cama hasta la puerta de Mario. Llamó con cuidado y al no recibir respuesta, bajó el picaporte y abrió. Mario estaba hecho un nudo en la cama, temblaba. Josefa se acercó y le puso la mano en la frente, estaba ardiendo. Sentada a su lado intentó inútilmente sacarle algunas palabras, pero Mario solo titibaba, titibaba y decía algo de su mano que Josefa no llegaba a comprender. Le empujó hacia un lado y se tumbó junto a él abrazándole fuertemente, como si quisiera contener la fiebre entre sus brazos.

Dos semanas después Mario dejó la ciudad. No volví a saber de él. Tampoco Josefa.



Institución Gran Duque de Alba





Institución Gran Duque de Alba



Institución Gran Duque de Alba

OTOÑO

Bajé de la otra ladera decidida a no olvidar.

Me senté en su silla.

Aparté algunas pipas que aún desprendían olor a Borkum whiskey y ocupé su mesa con un puñado de folios.

La luz, aunque matizada en crudo por los visillos, resaltaba más, si cabe, la blancura de los folios.

Busqué entre los discos y puse música.

Después dejé que los sentimientos vagasen libremente.

La casa había sido construida en lo alto de una ladera, sobre el candal que, durante siglos, constituyó el medio más común de subsistencia para buena parte de los habitantes de aquel valle, en el que descansa la sombra de la Serrota.

A diferencia de otros valles, éste es sólo luz; espacio y luz coronados por blanco de nieve y azules tersos. Es sólo la carretera, con su tránsiego, quien rompe la quietud del paisaje tachonado de verdes y ocres en primavera.

Algunas notas sueltas de *La Bella Durmiente* de Tschaikowsky acompañaron los pasos de Antonio hasta la solana presidida por un móvil, que sin ser de Calder, se le parecía mucho. Nunca llegó a pre-

guntarle por qué llamaba a esa escultura de formas ovaladas de rojos y azules vivos, "espantamuertos".

Aquel espacio, al noreste de la casa, guardaba por largo tiempo el calor sobre el muro de piedra.

El viento se había parado. La solana, arropada por la vieja parra apenas vestida de amarillos y ocres, dejaba aún pasar algunos rayos de sol que caían ya bajos, cortados por los dientes de la Serrota. Antonio se sentó sobre una hamaca a la que antes limpió de hojas y ramas, que cayeron con delicadeza sobre el césped. No tardaron los párpados en pesar bajo la caricia del tiempo afable.

Yo le observaba desde la ventana, como todas las tardes, temblorosa.

Y los sueños, que estaban dando las horas, acudieron como siempre a su cita.

—Te he dicho que me dejes en paz, que yo allí no voy. Siempre que los metemos en la tartana, aparece la señora y nos riñe. Después hay que salir corriendo y al final, mi padre se entera.

La verdad es que nunca me asustaron los riesgos, es más, creo que en parte, forman mi ser; sin embargo, prefería pasar por miedica, que decir la verdad. Entonces yo ya sabía bien que los hombres y las mujeres éramos diferentes, que teníamos cosas diferentes, y lo sabía bien porque tenía hermanos y hermanas, pero sobre todo por Petri, que siempre se ponía pesada cada vez que nos encontrábamos solos. Pero la dueña de la tartana era diferente. Todos los días salía a las mismas horas, se situaba detrás de la tartana, abría las piernas y, sin necesidad de agacharse o levantarse las faldas, echaba una impresionante chorrrada lo más parecido a una vaca. A mí aquel hecho me creaba ciertas confusiones, o se trataba de un hombre disfrazado de mujer o, de lo contrario, tanto degeneraba la especie, que nunca me alegré lo suficiente de haber nacido hombre. Ahora pienso que mi rechazo hacia Petri se provocaba al imaginármela vieja o meando como una vaca.

Normalmente con la caída de la tarde el viento se paraba. Hoy parecía que el tiempo andaba al revés. Con la llegada de las primeras sombras, volvió el viento a soplar haciendo con las hojas un curioso carraspeo, mientras los colores se adormecían lentamente.

El viento sopló frío y obligó a Antonio a colocar sus piernas sobre la hamaca. La postura no era muy cómoda, pero se sentía abrigado o, quizás, aquella posición le hacía sentir la protección necesaria para olvidar por un instante su fragilidad.

Allí se derrumbaban los precipicios llorando soledades.

Hacía ya algún tiempo que Antonio buscaba los rayos del sol hasta su último ocaso. Fijaba sus ojos en Ostri, ese cielo azul en el que se mueven los astros, los cuales, al ponerse en occidente, se introducen en los mares bermejos para seguir su curso a través del mundo subterráneo al que Antonio parecía pertenecer. De él nacían los vientos y las nubes que venían de las simas de Okina y Txindoki, porque fue Mari, con su figura alargadamente femenina, vestida de fuego, quien heló su alma y lo convirtió para siempre un arimaerratu, alma errante a quien Iguma visitaba todas las noches dificultándole la respiración hasta la angustia. Era entonces cuando los Gaueko aparecían como pequeñas lucecitas que se posaban en árboles y piedras en torno a él. Conversaba con ellos hasta el alba o hasta que la repentina presencia de Illargi lograba romper el cerco, apagando con su luz las luces de los Gaueko, pues era ella la que alumbraba el alma de los muertos.

Siempre era el viento frío que llegaba de Villatoro, quien me obligaba a retirarme de la ventana; quien exigía a Antonio alejarse de aquel rincón, a cubrirse del sereno y de las estrellas errantes, a buscar cobijo en el interior de la casa que, poco a poco, se le había hecho más inmensa a pesar de ocupar sólo dos espacios: el salón y su dormitorio. Todo estaba lleno de recuerdos. Quizá sea esta la razón por la que limitaba tanto sus movimientos.

La noche se vertió sobre el valle, que parecía un reguero de azúcar.

Allí, en el salón, junto a un enorme ventanal vestido con visillos, le aguardaba otra hamaca, ésta, de piel. Allí esperaba paciente la llegada de la noche Antonio. Se dejaba caer sobre ella. Un leve chirrido parecía saludar la compañía que su soledad le permitía. La radio comenzó a emitir una de esas tertulias sobre política, que tanto le aburrían y no tardó en cerrar sus párpados, llegaron los sueños.

- *Si tú no vienes, iré solo.*
- *No seas tonto, no haces más que complicarte la vida. ¿No ves que te está buscando las vueltas? La verdad es que no llego a saber que has visto en ella. A mí me parece que tiene más de chico que de chica, aunque esté muy buena.*
- *Sabes bien cómo hacerme daño. La culpa la tengo yo por contarlo todo.*
- *No digas tonterías. No puedes pasarte la vida soñando. No tengo nada en contra de Andrea, aunque no me guste ni un pelo, pero tienes que decidirte de una vez, saber frenar el corazón.*
- *Vamos a dejarlo. Como siempre, la razón la tienes tú. Yo soy el inconsciente, el que no sabe frenar el corazón. Es posible que algún día lo logre y entonces... la pasión se habrá alejado definitivamente.*
- *Eres único dramatizando.*

Tenía razón cuando Alejandro afirmaba que estaba algo loco. Creo que yo ya entonces era consciente de ello, pero sentía necesidad de hacerlo, de ir en su busca.

Berna estaba lejos. Era un viaje pesado, pero a mí no me lo pareció. Ida en tren, ocho horas de paseos en torno a la estación, y vuelta en tren. Todavía recuerdo los nombres de aquellas calles: salía de Bahnhof hasta Babenberg Platz, desde allí atravesando la Heil Geist por Bogenschstrasse, Bahnhofstrasse y vuelta a empezar.

Es posible que Andrea tuviera algo de masculino, pero aún hoy recuerdo sus labios como una línea carmesí, sus delicadas y huesudas manos, frágiles y de tacto duro; tenía la risa blanca, ligera de peso y, bajo la blusa, el temblor de sus pequeños pechos.

La mirada ausente y en continua evocación de tristeza. Pude borrarla definitivamente de su vida y no lo hice.

En una ocasión volví a verla, por casualidad, a través del cristal de un escaparate en Santiago de Compostela. A pesar de los años transcurridos, conservaba el mismo semblante. Pero mi situación había cambiado y tuve miedo de mirar atrás. Y me alejé.

Yocasta junto a Edipo profiere palabras contra el oráculo, pero no por ello es una blasfemia. Sus palabras querían eludir la amenaza:

Vosotros, ¡dioses, dioses!
Estáis sentados ahí arriba en tronos de oro,
y os regocijáis con el que ahora está en la red,
al que acosáis con perros de la mañana a la noche.
El mundo entero es vuestra red, la vida es vuestra
red, y nuestros hechos
nos dejan desnudos ante vuestros ojos sin dueño,
que nos miran a través de la red.

*Fui en tu busca queriendo seguir tus pasos, encontrándolos luego,
pero ya habías partido al eterno retorno del tiempo.*

Terminaba siempre esta fase del sueño con una cita del Hiperión de Hölderlin: *¿Debo decir que me ha matado la pena por ti? ¡Oh, no, no! Yo di la bienvenida a esa pena, ella dio forma y encanto a la muerte que yo llevaba en mí.*

Volvió su mirada al salón, miró el reloj, eran casi las dos de la madrugada y desde el mediodía, no había comido nada.

Todas las noches sucedía lo mismo. El movimiento del agua forma la ola, la distancia la enseñorea y la roca fría rompe todo impulso en estruendo y espuma. Así, sus sueños.

Con paso torpe se acercó a la cocina, encendió la luz y se dirigió al frigorífico. Lo abrió y observó su interior bajo la luz, que nacía de lo alto e iluminaba los recipientes de plástico. Después de algún titubeo cogió unas piezas de fruta y un cartón de leche. Caminó unos pasos más hasta situarse ante el fregadero. Allí se amontonaban los charcos sucios. Eligió el vaso más limpio y, sin prisa, volvió al salón. Se sentó en la hamaca, colocó la fruta sobre sus piernas y vertió la leche en el vaso. Bebió con sorbos, cortos y rítmicos. La fruta, sin pelar, fue reduciendo poco a poco sus formas. El banquete no duró demasiado.

Antes de atrapar el sueño de nuevo, a la hora en que la noche comienza a disolverse, fijó su mirada sobre el ventanal.

Era tiempo de estar en la cama, pero se encontraba tan a gusto acariciando una banda de luna que entraba por la rendija que dejaban los visillos, que prefirió quedarse inmóvil. Cada noche alargaba más la espera, porque era espera lo que le ataba a aquella hamaca. Una espera sorda y muda que mantenía su ánimo anclado en un tiempo ya inexistente, en unos recuerdos que nunca podría volver a vivir y lo sabía. Pero esperaba un último instante, quizá un instante eterno capaz de trocar su suerte, de romper los límites a los que la vida, o mejor, el sinsentido de su vida le había atado.

Había algo de inconsciencia en su comportamiento, pero la razón nunca la perdió. Era una inconsciencia querida y consentida, quizá el único hábito que alimentaba la espera apegada en aquellas lucecitas que no tardarían en aparecer en su imaginación sobre los árboles y las piedras. En ellas, Antonio había identificado rostros y nombres. No comprendió que, como Sísifo, estaba condenado a subir una y otra vez

la ladera, en un eterno ir y venir, pues cuando la soledad y la angustia llenan el corazón del hombre, Dios es expulsado y, entonces, presente y futuro son palabras carentes de contenido. Como Edipo, ya rey, escucha una voz desconocida que pone los cabellos de punta. Un dios le llama: *vamos, vamos, Edipo, ¿para qué retrasar la partida? Ya hace tiempo que la andas diferenciando*. Por eso, Antonio hizo de aquel salón su Etxe particular, albergue de vivos y muertos, esperando paciente su visita cada noche. Amarrado, como Ulises, al mástil, para no escuchar el canto de otras sirenas que le llamaban.

Sentiría que a la altura de estas notas, Antonio apareciese como un ser extraño. Quizá en apariencia pudiera parecer así, pero yo lo comprendí siempre afortunado, con un hondo sentido de la existencia, como se percibe en un poemario escrito cruzando el meridiano de la vida:

*Fui ciego,
incluso hoy no encuentro
sendero firme,
trocha que abrir.
Tampoco sé lo que espero
o si acaso algo espero;
es más,
todo ello carece de la importancia suficiente
como para que algo importe.
No se trata de un juego de palabras
sino de sentimientos
tan confusos como el río
después de la tormenta,
tan violentos como el aire circular
en tierra árida.
Sigo solo y sin horizonte,
rodeado de gente y más gente,
de fortuna para muchos,
acogiendo el destino como parte de otro,
forzado a caminar,
a seguir deseos tan ajenos a mí,*

*tan distantes a mi voluntad
que carece del impulso
suficiente para romper
el hastío donde todo se ha inscrito.
Y a pesar de todo, vivo aún.*

Tal vez porque el sentido que él deseaba no tenía mucho que ver con lo conseguido; tal vez porque deseaba vivir cada instante con pasión, tal vez porque fue incapaz de adentrarse en la intimidad del Dios que supera toda soledad; tal vez porque mi cercanía no fue otra cosa que espacio común de soledades, nunca me dolieron sus versos.

La insatisfacción del corazón humano puede llegar muy lejos, tan lejos como convertir en ceniza todo esfuerzo, toda cercanía, todos los sueños. Recuerdo..., ya han pasado años, que Antonio trabajó durante meses en un proyecto para una escultura. Durante ese tiempo se comportó de manera extraña: sordo, ciego y rabioso se echó al trabajo. El conjunto de maderas había adquirido unas dimensiones difíciles de manipular por una sola persona y, sin embargo, nunca aceptó ayuda. Se trataba de una de esas esculturas de piezas ensambladas que, por la fuerza de su peso, lograba un perfecto equilibrio. Una noche de mayo la terminó. Sin prisa, comenzó a montarla en el jardín, en la parte donde el valle se abre, que en la noche se ve como un montón de estrellas caídas. Una vez finalizado el montaje, se sentó frente a ella y permaneció durante horas mirándola. El valle comenzó a cubrirse de grises. Antonio se levantó, cogió una lata de gasolina y la vertió sobre la escultura. Después, encendió un fósforo. Un reflejo de chispa y ardor acuchillaba sus ojos.

La luz de las llamas se fue apagando bajo el despunte del sol que dotaba al valle de color. Antonio permaneció inmóvil junto a las cenizas hasta consumirse el último resollo, como quien manda al diablo... ¡todas sus esperanzas!.

No llegué a saber el significado de aquel hecho, no obstante le sentí en paz, sosegado, como si todos los demonios que durante ese tiempo agarraban sus entrañas, formaran ahora parte de aquellas cenizas. La destrucción sucedió en silencio. Sólo una cita de Siebenkás, de Richter, la rompió: *¡Oh, Nada rígida y muda! ¡Oh, Necesidad fría y eterna! ¡Oh, Azar loco! ¿Conocéis estas cosas que quedan debajo de vosotros? ¿Cuándo romperéis este Cosmos y a mí con él?*. En la semioscuridad brillaron sus ojos con la luz de la última pavesa mortecina.

Hay noches en que revolotean los espíritus, entre las oscuras cavernas del pensamiento.

Me desconcertaba con facilidad, me exasperaba a veces. Pero veía cómo cada uno de sus actos era impulsado por una fuerza que ni siquiera él lograba comprender y, mucho menos, controlar. Entonces me consolaba pensar en el agua que, naciendo de la montaña, bajaba sin cauce, desparpamada, perdida, incapaz de hacer arroyo y, sin embargo, a su paso la hierba crecía y las piedras se vestían de musgo. Luché por verle arroyo y después río que fuera a la mar, para ser mar después.

Tampoco masoquismo encontré en su espera, sino más bien ganas de vivir. Es posible que en muchos momentos fueran inconscientes o se tratases simplemente de puro instinto natural, pero en el fondo quería vivir, estaba convencida de ello. Quería vivir a pesar de proclamar su muerte a gritos, de anunciarla como quien suplica ayuda. Sí, tal vez por ello la proclamaba, para espantarla. Quizá sea esta la razón de llamar a la escultura de la solana “espantamuertos”.

Tuve siempre la intuición, que no la seguridad, de su falta de horizonte. Rehuía cualquier conversación sobre el tema y yo me habitué al silencio. Me acostumbré a seguir a su lado como un punto más de referencia en su mundo, aun a costa de perder significación propia. Tengo que confesar que no me fue fácil asumir este papel, nunca me

sentí cómoda con él, pero reclamar otro lugar en su vida, me hubiera llevado a abandonarle, y le quería y sabía que él también me quería, a su modo.

El puesto que me sentí obligada a ocupar, me permitía cierta libertad. Con sus ausencias, a veces largas, también construía yo mi mundo particular. Ello compensaba, aunque no en exceso, ese deseo de atención, de posesión a la que todo amor está abocado.

Extraño pacto con la vida, en el que en pocas situaciones me vi satisfecha, porque me sentía atada a esa espera, que sin ser propia, se impuso a cualquier otro interés. La llegada de los recuerdos con los que Antonio se alimentaba, las largas noches de espera... me llevaban a estar a veces resuelta a ofenderle, a arrancarle a la fuerza confesiones; decidida, a veces..., dispuesta al silencio compartido, siempre.

Sin embargo, nadie puede detener los pasos de Edipo, como tampoco lo consiguió Ismena con Antígona o Crisotemis con Electra. Nadie puede detener que la ternura se aleje y la vida vague sin asidero donde acunar caricias. Tampoco yo pude. Lo que allá arriba, en los espacios inmensos, se mueve en forma extraña y violenta, dirá Goethe, anima y mata sin consejo ni juicio. Quizá sea medido y calculado conforme a otra medida, conforme a otro número, pero es un misterio para nosotros.

Sus ojos se habían vuelto a cerrar, evocando otras presencias, dando tumbos por la noche.

Los ojos eran redondos y pequeños, la piel color tinaja y nariz afilada. Huidizo, calladamente tímido. Siempre tuvo la virtud de pasar desapercibido, quizás porque siempre montó su mundo de espaldas a todos menos así mismo, un mundo creado de indiferente lejanía, protegiendo así su débil y tierno corazón. Era como el juego del escondite: entre sombras, guardaba celosamente sus secretos. Lleno de altibajos, armonizaba la cercanía y la indiferencia con pericia de maestro.

tro vendedor de alfombras, como aquellos que conocí en las retorcidas calles del zoco de Fez. Siempre creí, o quise creer, que su forma de ser no era otra cosa que coraza protectora de un maravilloso mundo interior, aunque alguna vez también lo confundí con la farsa más burda y el engaño más soez. A veces solía compararle con una planta. Allí donde la situaba, se quedaba. Un ligero movimiento de hojas hacia los rayos del sol, era suficiente para lanzarse en los brazos de la ternura más generosa o envolverse en tormenta de aire y arena. Diestro en establecer distancias, como los animales marcaba los límites de su territorio sobre los troncos de los árboles. Infranqueable, cualquier otro corazón no tiene más alternativa que esperar que el tiempo pase veloz y borre los límites impuestos. También ahora su luz era más esquiva, más desconcertante.

Se atormentaba ingenuamente, como un chiquillo asustado, necesitado de cercanía, de una presencia capaz de romper la soledad cuando la ternura se ha mudado. Había en todo ello un juego irresistible de luces y sombras. Miraba la montaña deseando escalarla, sabiendo que al llegar a su cima no encontraría más que un instante de libertad y el abismo sólo a dos pasos. Era como todo hombre, existencia, deseo, amor, esperanza absoluta, necesidad de compañía. Siempre un tú que no deja de ocultarse tras las sombras en atardeceres que se elevan como murallas cada día más confusos; por ello, como si de una letanía se tratase, repetía una y otra vez aquel poema anónimo del XVI, consciente del engaño donde se implantaba, porque necesitamos engañarnos. Nos resistimos a aceptar que la presencia real de la vida es siempre entreluz, por más que a veces nos parezca luminosidad inextinguible y otras noche oscura:

*Muéveme, en fin, tu amor y en tal manera,
que aunque no hubiera cielo yo te amara
y aunque no hubiera infierno te quisiera.
No tienes que me dar porque te quiera;
pues aunque cuanto espero no esperara,
lo mismo que te quiero te quisiera.*

Algunos instantes de paz para volver al vacío después. Otro recuerdo y mantendrían la espera del sueño, que comenzaba a dejar sentir su peso sobre el pecho de Antonio.

Las frases fueron saliendo a pedazos, lentas y crudas.

Me siento cansado y ni siquiera los recuerdos, que tantas noches me mantuvieron despierto hasta el alba, fluyen con generosidad. ¿Será que los muertos se han ido? ¿Será, quizás, este estúpido catarro que, a modo de grifo, se ha apoderado de mi nariz?. Con todo y ello, me siento extraño. Reconozco mi cuerpo, mis manos, mis ojos..., son míos, los siento y, sin embargo, no puedo evitar el sentirme extraño. Perdió el estanque su agua y se llenó de lodo y, aun siendo el mismo estanque los pájaros ya no vienen a beber en él, volaron también los peces y las plantas, aquellos juncos que crecían cerca de la desembocadura del agua.

¡No me dejéis aquí! Repetí una y otra vez. Pero nadie parecía escucharme. Estaba solo en medio de una multitud de voces, risas y músicas que salían de cada una de las atracciones que se habían asentado, con toda la temporalidad de lo efímero, en aquel recinto ferial. Aunque sabía llegar por mi cuenta hasta la estación de trenes, sentía el miedo de la soledad. Aquellos rostros alegres, incluso los de los niños como yo, se tornaban en quimeras de farsa grotesca. Fijé mi atención en una niña morena sobre un caballo rojo y blanco del tiovivo. Giraba y giraba, acompañando sus giros con sonrisas. Por instantes desaparecía para volver a aparecer con su cara risueña. En el cielo, las estrellas desvaídas por cientos de bombillas que adornaban las carpas de colores. Volví mis ojos al tiovivo en busca de la niña, pero ya no estaba. El caballo seguía dando vueltas, subiendo y bajando con su ritmo de siempre y, sin embargo, ya no era el mismo caballo ni el mismo tiovivo ni la misma feria ni el mismo cielo. Había perdido su manto negro manchado de lucecitas. Tampoco yo era el mismo, volvía a sentir miedo y el correr del sudor por mis manos. Confuso y extraño,

caminé sin prisa y sin rumbo. Se han borrado los caminos y no me quedan lápices de colores.

Su cabeza cayó de golpe dando con la barbilla contra el pecho. Todo él se estremeció sobre la hamaca de piel, que también dejó sentir su lamento. Endureció el cuello y reposó la cabeza sobre su hombro izquierdo. Una mueca de dulzura se atisbaba en las comisuras de su boca. Había pasado el susto. Rodó Sísifo con su piedra desde lo más alto de la montaña hasta lo más bajo de la ladera, recobró el ánimo y cargó con su piedra dispuesto a iniciar la subida. Pero eran sus pasos en el tiempo más lentos y sus brazos, sus piernas, más flácidas.

Por fin llegas, creí que hoy no vendrías.

Lo sé, lo sé, no hace falta que lo repitas tantas veces, que hagas de tu palabra reproche. Claro que sé muy bien que siempre estás ahí, pero no puedo evitar el temor de que un día olvides nuestra cita o te canses de un viejo que no respira otro aire que el lamento. Un día cogí prestada tu luz llena de colores y figuras vivas, como un lienzo costumbrista, y mi pupila se habituó de tal forma, que sólo a través de ella puede ver.

Acércate algo más, apenas si tu luz templá mi rostro. Así, así podré contarte algo que ayer me sucedió. Fue en la otra ladera. Ayer visité la otra ladera y me encontré con una ermita vieja y sin tejado como yo. Quizá la recuerdes, está cerca del castillo de Malqueospese. Ahora la hiedra, como una tortura pegada a sus rendijas, se ha apoderado de sus muros, aunque aún no han entrado en su interior. Fue un largo paseo, pero hermoso. Son sólo cuatro paredes y, sobre la del ábside, se percibe la silueta posible de un hermoso retablo. Descansé en su interior y la soñé viva en un día de romería, pues estoy seguro que estuvo dedicada a la Virgen. Soñé que era primavera avanzada, con olor de la pólvora de cohetes y gaitilla; también subasta de banzos. Pasé largo rato contemplando su cara, sin duda de porcelana, me miró y

extendió sus brazos hasta llevarme a su regazo. Roce de la felicidad. Los rayos de sol que entraron por el techo me devolvieron a la realidad. Al salir, no encontré a nadie. Todos se habrían marchado. Sólo quedaba el olor a retama y espliego, el silencio acunado por las encinas. Entonces recordé uno de esos poemas que me habían acompañando un largo trecho de mi vida:

*Me queda el recurso de seguir solo,
de vaciar de ternura el alma,
de llenarla de hastío
en este tiempo de hostilidad
donde las laderas se separan tanto
que en ninguna hallo cobijo.
Intento agarrar el tiempo con fuerza
y al abrir las manos,
sólo viento escapa entre mis dedos.
Lo intento de nuevo,
con más fuerza
y el tiempo ya no es viento,
sencillamente, nada.*

*Mis poemas, Sófocles, Goethe, Hölderlin...., sin poder explicarte
cómo, se hicieron pasado. Tengo miedo, amigo, pero volveré allí.*

En esta ocasión no fue Illargui quien llegó, sino el alba que le cogió por sorpresa, como la tarde al campo.

Durante los meses que siguieron, el deseo de la vuelta a la ermita se hizo obsesivo. Cada noche repasaba sus rincones y nombraba cada una de sus piedras. Cada noche sentía el calor hallado en aquel regazo, su ternura. Nunca le vi tan activo, tan lleno de vida y sus poemas hablaban de esperanza:

*Tal vez mañana, de madrugada,
oiré otras voces, sentiré otros rostros
y no por ello extraños,*

*buscaré la solana esperando que
la luz caiga y la noche
borre definitivamente todo vestigio de hastío
por el que reconocí tantos años mi soledad.*

*Pero será mañana,
hoy sigo esperando,
esperando
a que un viento cálido toque mi corazón
y convierta mi alma en presencia
de quien puede hacer del hoy, mañana.*

No tardamos demasiado en encontrarle. El coche estaba aparcado a unos tres kilómetros de la ermita. Para engañar el miedo de la oscuridad, tarareé una canción. Yo le vi primero. Apenas ocupaba un pequeño espacio en aquel rincón. Un grito aspirado se me metió en las entrañas. Había encogido las piernas hasta pegarlas contra el pecho. Su rostro plácido, como una ternura echada al fondo de un precipicio. Sobre el abrigo, situado a pocos metros de él, algunos frascos vacíos que apresuradamente recogí y guardé en mi bolso. No sentí dolor alguno. La expresión de su cara, la posición de sus manos abrazando las piernas...era todo tan esperado... La neblina, una neblina caótica revolvía su densidad, como imagino la confusión del cuerpo cuando muere el alma.

Poco a poco vino el día.

La niebla que nos había acompañado desde el amanecer, comenzó a levantarse. Aspiré profundamente el primer rayo de sol. Y poco después la claridad inundó el valle, La Serrota lucía toca blanca. La luz llegó también hasta aquel rincón, me senté a su lado y dejé que aquellos rayos, que entraban por la maltrecha techumbre, nos acariciaran.

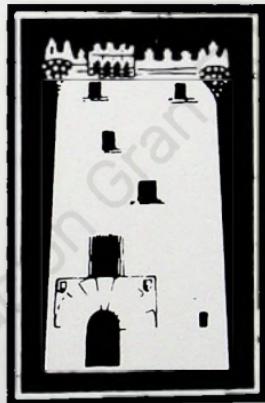
El otoño llegaba a su fin.



Institución Gran Duque de Alba

ÍNDICE

Prólogo	7
Teresa	15
Goyo	47
En pareja	65
Ad Maiorem dei Gloriam	81
La Tarde	115
Las oposiciones	129
D. Manuel López Santisteban	147
Encuentro con Vulcano	179
Laura	193
Mañana	205
Mario Álvarez Iglesias	219
Otoño	233



INSTITUCION GRAN DUQUE DE ALBA
EXCMA. DIPUTACION PROVINCIAL DE AVILA

Inst.